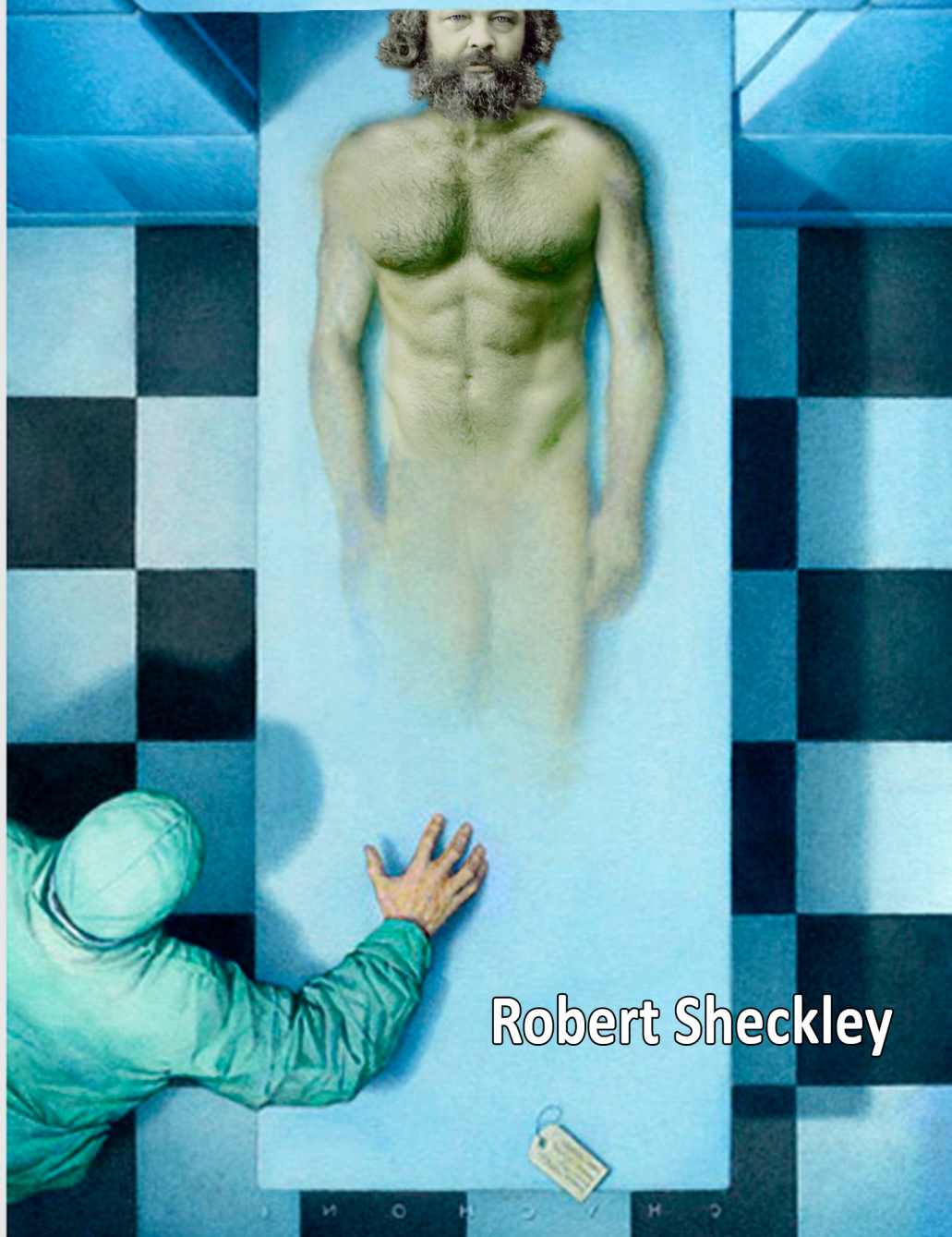


LA MÁQUINA DE LA RESURRECCIÓN



Robert Sheckley, es un clásico entre los clásicos de la ciencia ficción del siglo XX.

A partir de 1951 comienza a producir docenas de excelentes relatos, publicados en algunas de las revistas más prestigiosas del género, como *Amazing*, *Astounding*, *If*, *Fantasy and Science Fiction*...

Se recogen en esta selección cinco de sus narraciones que pueden resultar de interés para aquellos lectores que propugnen modelos de sociedades antiautoritarias.

En el relato que da título a la colección, se implementan dos Inteligencias Artificiales, pero los resultados, al menos en un caso, no parecen ser los previstos por los estados y las corporaciones promotoras. Al fin y al cabo ¿qué podría esperarse de una IA llamada Mijail Bakunin?

nebulæ
ciencia ficción



ciudadano del espacio
robert sheckley

edhasa

nebulæ
ciencia ficción

paraíso II
robert sheckley



Robert Sheckley
Peregrinación a la Tierra



Robert Sheckley
La tienda de los mundos

Robert Sheckley

LA MÁQUINA DE LA RESURRECCIÓN

Y otros relatos

Títulos:

- *The Resurrection Machine, 1989*

Traducción: C. Carretero

- *Citizen in Space [Spy Story], 1955*
- *The Monsters, 1953*
- *The Specialist, 1953*
- *Permiso para delinquir [Skulking Permit], 1954*

Traducción: Norma B. de López

Selección y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

- I. [La máquina de la resurrección](#)
- II. [Ciudadano del espacio](#)
- III. [Los monstruos](#)
- IV. [El especialista](#)
- V. [Se busca criminal \[Permiso para delinquir\]](#)

[Acerca del autor](#)

LA MÁQUINA DE LA RESURRECCIÓN

El programador levantó la vista del holotankue.
"¿Alguna vez te sientes como... Dios?"

En los apacibles Estados Unidos del siglo XXII, la maquinaria del comercio avanza con lentitud, pero sigue en marcha. ¿Y qué mejor camino que el que va desde las pruebas experimentales hasta las aplicaciones gubernamentales? Quizás este sofisticado software pueda despertar a los gigantes dormidos de Silicon Valley... o, al menos, aportar una o dos nuevas facetas a la aún floreciente industria del entretenimiento.

2135 d.C.

Simms pulsó el botón y la diminuta figura brillante de Marco Tulio Cicerón emergió de las profundidades del tanque holográfico sin un solo parpadeo. Mientras la figura con toga comenzaba a explorar su reino nuboso, Simms le gritó a Murchison: «Está listo».

Murchison dejó el periódico y cruzó la habitación. Mirando por encima del hombro de Simms, observó la pequeña figura con toga que vagaba por el paisaje brumoso en la oscuridad del tanque holográfico.

—Así que ese es Cicerón —dijo Murchison, apartando la mirada de la figura con aspecto de muñeco, vestida con ropas de la antigua Roma—. No es exactamente lo que tenía en mente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Simms—. El simulacrum es perfecto.

“No estaba hablando de tu simulación”, Murmuró Chison. “Quiero decir, habría sido más comercial si hubieran elegido a alguien más conocido, Shakespeare, por ejemplo, o alguna estrella del pasado, Jim Morrison, tal vez. ¿Ha oído hablar de Morrison, doctor?”

Simms se encogió de hombros. "Me parece recordar su nombre de un curso de humanidades".

“¡Si tan solo pudiera vender los servicios del simulacro del hijo de Jim Morris! Supongo que ustedes, los científicos, podrían soportar su voz, ¿no?”

“Para eso ni siquiera necesitaríamos a Morrison.”

“En fin, no lo tenemos. Tenemos a Cicerón y al otro tipo, el ruso. Ninguno de los dos es muy conocido. Y se supone que debemos generar dinero para los patrocinadores gracias a ellos.”

“Podrías contratar a Cicerón para un programa de televisión”, dijo Simms.

Murchison frunció los labios. «Puede que tengas razón. Esta tecnología ofrece muchas posibilidades para ganar dinero, además de las partidas uno contra uno. Déjame echarle un vistazo más de cerca».

Simms se puso los guantes de datos y amplió la imagen. La expresión de Cicerón era tranquila, casi indiferente. El romano se había ajustado la toga y se había sentado sobre un objeto parecido a una nube, parte del entorno primario.

—De acuerdo —dijo Murchison—. Inclúyanme.

¿Voz e imagen?

“Que sea solo voz.”

Cicerón siempre se había enorgullecido de su capacidad para despertar de un sueño con sus facultades completamente alerta, preparado para todo y para cualquier cosa. Siempre había afirmado que un hombre versado en filosofía, *El hombre* no debería sorprenderse de nada, ya que las capacidades de las cosas se extienden mucho más allá del límite del conocimiento humano. Solo un dios puede tener una comprensión perfecta. Pero un hombre, particularmente un romano, un hombre de *virtud*, no debería asombrarse de nada. La antigüedad ofreció muchos ejemplos de esta actitud, que los estoicos denominaron *apatía*.

Se había despertado y se encontró flotando, más o menos insustancialmente, en un lugar que no se parecía a nada que hubiera visto antes. O, para ser más preciso, un lugar que no se parecía a nada ya que jamás lo había visto antes.

Parecía estar en el reino de las nubes, en los cielos superiores. Así se suponía que debía verse el Olimpo, hogar de los dioses. O eso decían los antiguos poetas. Pero Cicerón nunca había creído en los dioses, ni griegos ni latinos.

¿Olimpo? Este lugar no parecía tanto olímpico como aristofánico. ¿Podría ser que estuviera presenciando, o tal vez incluso participando en un espectáculo? ¿La

representación de las "Nubes" de Aristófanes? ¿Pero cómo lograban estos efectos asombrosos?

“¡Marco Tulio Cicerón!” La voz venía de ninguna parte y de todas partes, de tono grave, ligeramente siniestra.

A pesar de la firmeza de su voluntad, la naturaleza había dotado a Cicerón de respuestas rápidas que no siempre podía controlar. La voz lo asaltó como un shock. Una sensación de pánico lo invadió, la impresión de ser impotente en manos de algo monstruoso. Luchó por controlarse. Se recordó a sí mismo que era romano y que, si bien no podía controlar las circunstancias externas, al menos podía preservar la calma interior...

“¿Me oyes, Marco Tulio?”

—Sí, señor —dijo Cicerón—. Te escucho.

“¿Por qué me llamas señor?”

“Es el término común para referirse a alguien que es superior a uno mismo en poder.”

“¿Y por qué presumes que tengo poder?”

Cicerón ya tenía la situación bajo control. Expuso sus argumentos con la destreza de un orador experimentado.

“La primera prueba es que tú sabes quién soy, pero yo no sé quién eres. Segundo, parece que tú puedes verme, pero yo a ti no. Tercero, tú sabes lo que está pasando y yo no.”

—Me caes bien, Marco Tulio —dijo la voz—. Pero quizás podríamos continuar nuestra conversación en un entorno más mundano.

—Una idea muy aceptable —dijo Cicerón—. ¿Tienes algún lugar en mente?

“El lugar, Marco Tulio, te lo dejo a ti.”

Cicerón respondió con cautela: "¿Podrías explicar con más detalle a qué te refieres? ¿Y quién eres tú, por cierto?".

“Lláname Martin. Ya he dicho todo lo que tenía que decir sobre el tema. Considéralo un pequeño problema que debes resolver, Marco.”

«¡Pero yo soy incorpóreo!», dijo Cicerón, «y estoy suspendido en la insustancialidad. ¿Cómo puedo realizar alguna acción en esta condición?»

“Te aseguro que, incluso dadas tus circunstancias actuales, el problema tiene solución.”

Y entonces la voz desapareció y Marco Tulio Cicerón se encontró solo en la nada.

Los epicúreos sostenían que los dioses existían en el espacio, con forma humana, pero sin cuerpo. Cicerón no solo refutó esta idea, sino que también señaló lo absurdo de la concepción en su tratado «Sobre la naturaleza de los dioses». Y ahora, él mismo, era un ser incorpóreo que existía en algún lugar del espacio, con forma humana, pero sin cuerpo. ¿Acaso demostraba esto que los epicúreos tenían razón? Y de ser así, ¿significaba, por definición, que Marco Tulio Cicerón era un dios?

Algo había sucedido, eso era evidente, pero en cuanto a su naturaleza y significado, tendría que esperar a tener más pruebas. Mientras tanto, estaba la cuestión de cómo llegar de la nada a algún lugar.

La solución al problema de la locomoción era, de hecho, absurdamente simple, y Cicerón la encontró muy rápidamente. Dado que era incapaz de realizar ningún cambio físico, la respuesta debía ser mental. Se propuso descender a través de las nubes. Se deslizó con facilidad entre ellas, vio cómo la tierra se acercaba y aterrizó, ligero como una telaraña, en un claro al borde de un pinar.

Aquel terreno le resultaba desconocido. Delante divisó una vivienda, pero de una forma inusual, incluso excéntrica. Era un lugar de aspecto primitivo, construido con troncos toscamente labrados, grandes, con decoraciones talladas y serradas. La casa tenía numerosas ventanas, cada una cubierta con cristales de una pureza y uniformidad que

jamás había visto. Esto no estaba en Italia ni en Grecia, ni en la Galia ni en Germania. ¿Acaso había renacido en la tierra septentrional de los escitas?

Cicerón caminó hacia la casa, o mejor dicho, flotó, con la manera fantasmal y sin esfuerzo a la que se estaba acostumbrando rápidamente. Al llegar a la puerta principal, vio a un hombre de pie frente a ella. El hombre vestía pantalones y abrigo negros, holgados y de aspecto bárbaro. Era grande, de rostro redondo, con una barba rala y tez pálida. Su rostro no era apuesto, pero sí cautivador. Su rasgo más interesante eran quizás sus ojos. Había algo oriental en ellos, con ese sutil pliegue epicántico.

“Saludos”, dijo Cicerón. "Soy Marco Tulio Cicerón".

Al menos el bárbaro reconoció su idioma. Respondió de inmediato: «Soy Mijail Bakunin. Supongo que tú también te habitarás aquí».

“Sí, eso creo.” Cicerón entró, pasando rozando y atravesando parcialmente a Bakunin, que bloqueaba parcialmente el paso.

—Así que vamos a compartir esta villa —comentó Cicerón más tarde—. Dime, Miguel, ¿tienes idea de dónde estamos?

«Se parece muchísimo a mi antiguo hogar en Premukhino»¹, dijo Bakunin. «Hay un seto afuera, igual que uno que yo conocía. Y ese reloj de pie en la repisa de la chimenea... Sí, y el retrato de Catalina la Grande en la pared».

“Así que han creado una réplica de tu casa”, dijo Cicerón. “Me pregunto por qué”.

Bakunin lo miró y sonrió. "Porque son listos".

"¿Ellos?"

“La policía secreta que organiza estos asuntos.”

—Ah, ya veo —dijo Cicerón—. Pero ¿por qué se han tomado tantas molestias estos supuestos “policías secretos”?

Los grandes rasgos de Bakunin se curvaron en una sonrisa infantil. "Es obvio que debo ser importante para ellos. Por eso han creado esta ilusión para mí".

“¿Mientras que yo no?”, preguntó Cicerón.

—Probablemente seas uno de ellos —dijo Bakunin—. O eres parte de la ilusión.

1 Premukhino, Priamúkhino o Pryamukhino, en la provincia de Tver, en Rusia. Actualmente Distrito de Kuvshinovsky, Rusia [N. T.]

Cicerón dijo: "Si estás empeñado en creer eso, nos resultará difícil mantener una conversación".

—Bueno —dijo Bakunin—, con reservas, aceptaré tu realidad.

—Eso es muy amable de tu parte —dijo Cicerón—. Ahora bien, en mi caso ¿por qué me querría tu policía secreta?

“Porque eres importante para ellos”, dijo Bakunin. “Pero como codificador de los sistemas legales existentes, sin duda. No como innovador, como lo soy yo”.

“¿Tú? ¿Un innovador?”

“Mi querido Cicerón, incluso en vida fui reconocido como el fundador del anarquismo.”

«Eso es un disparate», dijo Cicerón. «El anarquismo es una doctrina antigua. Nuestro poeta latino Ovidio, en sus "Metamorfosis", habló de la edad de oro en la que los hombres vivían sin ley ni coacción externa, sin temor al castigo. Era una época en la que los hombres se respetaban mutuamente por voluntad propia y no había necesidad de grabar las leyes en tablillas de bronce».

Bakunin se encogió de hombros. «Nunca fui muy bueno en el conocimiento de los clásicos. De todos modos, eso no importa. Soy uno de los padres del anarquismo en los

tiempos modernos. Incluso Marx lo reconoció. Quizás las fuerzas secretas me trajeron de vuelta porque soy famoso».

“Sin querer disgustarte”, dijo Cicerón, “creo que es obvio que soy mucho más famoso que tú”.

Bakunin suspiró. El entusiasmo se desvaneció. «Quizás tengas razón. Pero lo cierto es que vivimos en una dacha rusa, no en una villa romana. ¿Cómo lo explicas?».

“Quizás ese solo era uno de los decorados que tenían disponibles”, dijo Cicerón.

En aquella silenciosa casa rusa, era imposible saber cuándo pasaba el tiempo. Cicerón y Bakunin se movían como fantasmas por sus pasillos, a través de sus habitaciones, entrando y saliendo de su cocina desabastecida. A veces, Bakunin le hablaba a Cicerón de sus esperanzas para la humanidad, de su desconfianza hacia Marx, de su admiración por Fichte y, sobre todo, de su veneración por el gran Hegel. Hablaba de la necesidad del anarquismo, de la necesidad de abolir la aristocracia, la burguesía y, finalmente, el proletariado.

Cicerón no intentó debatir con él. Bakunin parecía impermeable a los argumentos razonados. Su sentido de la lógica era nulo. Sin embargo, Cicerón percibió algo desesperado, puro e infantil en aquel hombre atormentado y desesperado. Aun así, Cicerón prefirió estar solo. Empezó

a pasar la mayor parte del tiempo en las espaciosas habitaciones del piso de arriba.

Bakunin solía dar largos paseos por el bosque con frecuencia. Al regresar, se dejaba caer en el sofá y miraba por la ventana los abedules cubiertos de nieve.

En la pared frente al sofá colgaba un espejo largo con un elaborado marco dorado. Un día, mientras Bakunin yacía en su sofá, vio que el espejo se empañaba. Luego se llenó de luz, que se desvaneció y dio paso a una imagen en blanco y negro de un hombre, que Mijail creyó libre.

—Bueno, Michael, ¿cómo te va? —preguntó Murchison.

“Bien, de acuerdo”, dijo Bakunin. “¿Pero no es hora de que nos pongamos a trabajar?”

"¿De qué estás hablando?"

“He atado cabos. Me resulta evidente que provienes de un futuro que finalmente ha alcanzado la madurez y ha reconocido la inevitabilidad de mi doctrina. Ten la seguridad de que estoy dispuesto a aconsejarte, aunque, fiel a mis principios, me niego a liderar o participar en ningún gobierno.”

“¿Crees que de eso se trata todo esto?”

Los ojos de Bakunin brillaron. “¡Sé que por fin soy reconocido! ¡Mi modelo de pensamiento ha llegado a buen término! ¡Exonerado, justificado, por fin!”

—Me temo que lo entiendes todo mal —dijo Murchison. Como doctrina política viable, tu anarquía es tan útil como una máquina de nieve en el Polo Norte. La anarquía es algo que estudian nuestros alumnos de ciencias políticas. Puede que suene duro decírtelo así, pero es mejor aclarar las cosas.

“Si mi doctrina no tiene importancia, ¿por qué me trajeron de vuelta?”

Murchison no pudo explicarle a Bakunin la verdadera razón. Los simulacros no comprenderían la extraña mezcla de intereses gubernamentales y empresariales que regían su selección.

“Usted reviste un interés histórico para algunos de nuestros investigadores”, dijo Murchison.

“Ya veo. ¿Y qué es lo que quieres que haga?”

“No es gran cosa. Solo hablar con algunas personas.”

Bakunin se rió. «Eso es todo lo que ustedes quieren. Solo una charla. Solo que les cuente algunas cosas. Pero las preguntas continuarán y no terminarán hasta que haya traicionado, incriminado a mis amigos y violado todos sus principios. Sí, sé bastante sobre interrogatorios».

“No es así”, dijo Murchison. “Me refiero a charlas agradables con hombres y mujeres académicos muy inteligentes”.

“Por supuesto que usarían ese tipo de pantalla de teléfono. ¿Acaso crees que no puedo ver a través de ella?”

“¿A quién te refieres con ‘ellos’?”

—La Cheka, por supuesto, la policía secreta del zar —dijo Mijail con un gemido.

—Escucha, Michael, estás completamente equivocado. Y de todos modos, todo eso ya es cosa del pasado.

"Entonces ¡Dices eso! "

“Maldita sea, Michael, sabes que te hemos devuelto a la vida. Podríamos sacarte cualquier secreto que quisiéramos directamente de la cabeza. Te das cuenta de eso, ¿verdad?”

Bakunin lo pensó. "Sí, parece probable."

“Entonces, ¿por qué no cooperar conmigo?”

—No —dijo Bakunin.

"¿Por qué no?"

“Porque soy Bakunin. Subvierto o muero, pero no coopero con el sistema establecido.”

—Estupendo —murmuró Murchison—. Es maravilloso. Mira, Mijail, esto es importante para mí. Si me ayudas, podría hacerte mucho bien.

“Me doy cuenta de que eres poderoso. Aparentemente, de alguna manera, puedes resucitar a los muertos.”

"Sí."

“Entonces cooperaré contigo...”, dijo Bakunin.

“Gracias, sabía que lo harías...”

“Si me devuelves a mi Antonia.”

“¿Perdón?”

“Mi esposa, Antonia. Supongo que nunca habrás oído hablar de ella. Era solo una chica de un pequeño pueblo siberiano. Pero hizo que mi vida fuera soportable.”

“Veré qué puedo hacer”, dijo Martin. “Mientras tanto, prepárate para tu primera entrevista”.

“Hasta que Antonia no esté aquí...”

Murchison había perdido la paciencia. «Michael, podría apagarte con la misma facilidad con la que te encendí. Desde tu punto de vista, sería la muerte».

—¿A esto le llamas vivir? —dijo el ruso, soltando una carcajada repentina—. No, vuelve con el zar o con quien quiera que trabajes. Dile que Michael Bakunin, un fantasma que yace en un sofá en un lugar que no existe, lo desafía en esta nueva vida como lo hizo en la anterior.

* * *

El presidente de Estados Unidos había nombrado a Murchison director de marketing del programa de simulacros. Murchison era experto en desarrollar mercados y encontrar nuevos usos para algunos de los excedentes agrícolas que Estados Unidos, a pesar de su posición subdesarrollada en la economía global, seguía produciendo. Era un hombre resolutivo.

Pero trabajar con fantasmas electrónicos, si es que los simulacros eran eso, fue una experiencia diferente para él. Sobre todo cuando uno de los fantasmas le pidió que resucitara a otro fantasma llamado Antonia.

—¿Antonia quién? —preguntó Simms.

—¡Qué sé yo! —dijo Murchison—. Tiene que estar en algún libro. O en una base de datos.

“Lo revisaré”, dijo Simms, “pero que no se hagan ilusiones”.

Dos horas después, obtuvo la respuesta. "Imposible", dijo. "Datos insuficientes".

El ruso estaba sentado en su sofá, con los brazos cruzados y el rostro melancólico. «Ya te he dicho mis condiciones».

“Y ya te dije que son imposibles. Escúchame, Michael, no es para tanto. Empecemos con una fácil. Una entrevista con un chico. Ganó el premio de honor en historia de la escuela secundaria en estudios eslavos.”

«Ya no me importan los eslavos», dijo Michael Bakunin. «Yo mismo soy uno de ellos, pero eso no cambia nada. Tuvieron su oportunidad, en Polonia, en Rusia, en Alemania. ¡Se traicionaron a sí mismos y a la humanidad al no ir más allá del marxismo, hacia la revolución definitiva anarquista!».

—Díselo al chico —sugirió Murchison—. De todas formas, no es eslavo. Acabo de recordar que se llama Peterson. Peter Peterson. Es un buen chico, ¿por qué no darle una oportunidad?

—Un sueco —comentó Bakunin—. Pasé diez años en Estocolmo. No me interesa hablar con suecos.

“¡No es sueco! ¡Es estadounidense!”

“Ya te dije mis condiciones”, dijo Bakunin, “quiero que mi compañera esté aquí conmigo”.

“Michael, he estado tratando de explicártelo, no podemos hacerlo. He hablado con nuestros científicos, simplemente no se puede hacer.”

“Si pudiste traerme de vuelta”, dijo Bakunin, “no entiendo por qué no puedes traer de vuelta a mi Antonia”.

“Es un tema demasiado técnico para que yo lo explique”, dijo Murchison. “Pero, el hecho es que no tenemos suficiente información sobre ella”.

“Era una persona humilde”, dijo Bakunin. “Una de esas personas sencillas que creerías que no importan”.

“No, no tiene absolutamente nada que ver con eso. Para traer de vuelta a una persona, necesitamos mucha información. De lo contrario, no hay ninguna posibilidad.”

“La Cheka tendría un expediente sobre ella”, dijo Bakunin.

“Pero no podemos conseguirlo”, dijo Murchison. No le contó a Bakunin sobre la partición actual (Rusia). La parte musulmana no tuvo acceso a los registros antiguos. La parte que se llamó URSS perdió la mayor parte de sus registros anteriores al siglo XX durante los disturbios en el final de siglo.

“Si no pueden traer de vuelta a Antonia”, dijo Bakuni, “no cooperaré”.

“No deseo recurrir a las amenazas”, dijo Murchison.

Bakunin sonrió de repente. “¿Crees que puedes amenazarme? ¿Ahora? ¿En este estado, sea cual sea? Eso, Martin, es una tontería.”

—Te equivocas, Michael —dijo Murchison. Y desapareció.

Simms estaba molesto. Murchison había solicitado esta reunión en el laboratorio y ya llevaba media hora de retraso. A Simms no le había caído bien Murchison desde el principio. Conocía su reputación, por supuesto. ¿Quién no? Artículos en docenas de revistas de lujo, confidente de presidentes, un hombre con fama de conseguir lo que se propone. Justo el hombre que necesitaban para sacar provecho de este proyecto, algo que pudiera generar dividendos y ayudar a reactivar una economía estadounidense moribunda. Un torbellino, lo llamaban los periódicos. Simms tenía una concepción mejor: el hombre era un monomaniaco con tendencias psicopáticas; un ególatra que no se detendría ante nada para salirse con la suya.

Murchison entró apresuradamente al laboratorio con un libro bajo el brazo. «Disculpen la tardanza. Echen un vistazo a esto». Abrió el voluminoso libro de historia y le mostró a Simms la ilustración a página completa.

“Muy bonita”, dijo Simms.

“Eso no tiene importancia. ¿Puedes simularlo?”

Simms examinó la ilustración con más detenimiento. “¿Hay algún plano disponible?”

“No los necesitas. Lo que quiero que hagas es simular esta vista exterior y una habitación interior. Tengo una descripción del interior. Y quiero que configures el acceso unidireccional solo a la habitación interior. Conviértelo en *un* dominio protegido, creo que esa es la terminología correcta. ¿Puedes hacerlo?”

“No hay problema”, dijo Simms. “Simulamos la casa rusa con el interior para Bakunin. Dijiste que sería más cooperativo en un entorno familiar”. Pero esto...”

“¿Qué tiene de malo?”

“Acceso unidireccional. Es una prisión, ¿no? Una prisión para un simulacro.”

—Lo has entendido —dijo Murchison.

“¿No hay alguna otra forma de conseguir el resultado que buscas?”

—Claro —dijo Murchison—. Que vuelva Antonia.

Ya te expliqué por qué no podemos hacerlo. Con los datos que tenemos, sería como revivir un monstruo. La Antonia que crearíamos estaría plagada de carencias en su personalidad. Su apariencia de Eva sería inaceptable.

“Muy bien. Construyan la nueva estructura.”

“No me gusta”, dijo Simms.

“No importa. Hazlo de todos modos. No hará falta lon para hacer cambiar de opinión a Bakunin. Y, como te sigo recordando, no estamos tratando con un hombre, es un simulacro, una creación de electrones y fotones o lo que sea que haya dentro de tu ordenador.”

Murchison se sentía más seguro de sí mismo con Cicerón.

Bakunin tenía algo entrañable, algo infantil e inofensivo. Y, después de todo, ¿qué había sido Bakunin históricamente? Un bicho raro de mirada salvaje que viajó por el mundo, pasó tiempo en prisiones de Alemania, Austria y Rusia, y nunca llegó a enderezar su vida. En cambio, Cicerón era otra historia.

Murchison había revisado un documento impreso sobre los principales estados de Cicerón. Este había sido uno de los hombres más poderosos de Roma en su apogeo, alrededor del año 65 a.C., y ni siquiera era un patricio. Había ascendido desde abajo por mérito propio, llegando a la cima gracias a su inteligencia, mérito, audacia y su oratoria inigualable.

Aquel hombre había estado a la altura de César, Bruto y Marco Antonio. Había sido filósofo, dramaturgo y poeta, además de Primer Cónsul de Roma.

Podría ser un éxito de taquilla. En el sentido académico, claro, pero éxito de taquilla al fin y al cabo.

Murchison comprendió que las posibilidades eran infinitas, si tan solo el simulacro de Cicerón cooperara.

Y claro, Cicerón había sido un gran político. Probablemente sería bastante fácil tratar con él.

Escribir siempre había sido el consuelo de Cicerón en tiempos difíciles. En la casa había instrumentos de escritura y papel, algo muy superior al pergamino o las tablillas de cera. Cicerón escribía, intentando pensar, reflexionar sobre su situación y encontrar una solución.

“Muy bien, allá vamos.”

Bakunin alzó la vista y vio al guardia de la policía alemana, con su uniforme gris, de pie junto a él. ¿Era un sueño o una

visión? Se levantó y se fijó en los otros guardias que estaban fuera de la puerta de su celda.

Había esperado que vinieran a por él, desde el fracaso del levantamiento de Dresde...

Pero no, recordó ahora, eso ya había sucedido, justo ayer, y lo habían llevado a la antigua fortaleza de Königsberg. Al menos la habitación había estado limpia y cálida, y había comido bien y le habían permitido fumar todos los cigarros que quisiera. Los sajones trataban a los prisioneros políticos con decencia, eso se podía decir de ellos. Pero en su contra —ahora lo recordaba— estaba el veredicto del tribunal poco después de su arresto. Según la ley sajona, debería haber recibido más de un año o dos. Pero el tribunal había descubierto... Bakunin podría haber previsto, si su mente no hubiera estado nublada por su optimismo incurable e infundado, diversos tecnicismos legales inventados o creados. Pudo ver al juez presidente, un burgués de la peor calaña, sonriendo mientras decía: «Michael Bakunin, el tribunal ha examinado las pruebas y está claro que usted es un agitador político de la peor calaña». Una pausa. «Sin embargo, existe otra posibilidad, de la que se enterará a su debido tiempo».

—¿Adónde me llevas? —preguntó Bakunin.

El sargento se retorció el largo bigote y dijo, con voz no hostil: «No tengo permiso para hablar contigo, Bakunin. Ven conmigo en silencio».

“¿Adónde vamos?”

“Lejos de aquí.”

¡Iban a liberarlo! Seguramente lo que les esperaba sería mejor que lo que habían dejado atrás: los cuerpos de los obreros de Dresde, los gritos de las mujeres mientras la infantería prusiana con fusiles bayonetados rompía las barricadas, y luego la matanza sin sentido incluso después de que la débil y pequeña prueba se hubiera extinguido.

Pero ¿adónde lo llevaban?

Un carruaje esperaba a las puertas de la prisión, escoltado por una caballería prusiana armada. Bakunin pensó: «Me van a mandar de vuelta a Francia. ¡A París, y a la libertad! Ni siquiera estos bastardos prusianos quieren mi sangre en sus manos. Quizás uno o dos de ellos en el tribunal comprendieron mi declaración, mi súplica, mis esperanzas y sueños para toda la humanidad».

El sol comenzaba a asomar, una mancha blanca y tenue en el cielo alemán, completamente blanco. A Bakunin le permitieron sentarse junto a la ventana, con tres guardias armados sentados a su lado y frente a él. Las cortinas estaban corridas, pero no bien sujetas, y Bakunin pudo ver

que cruzaban la plaza de Königsberg hasta el cruce de caminos y giraban hacia el sureste.

Estaba seguro de que lo llevarían a París. Pero Francia estaba en la dirección opuesta. El terror lo invadió. Murmuró al sargento: «Este no es el camino a París».

El sargento se divirtió. "¿Qué te hizo pensar que te enviarían allí?"

“Para deshacerse de mí”, dijo Bakunin.

“Sí, lo están haciendo”, dijo el sargento.

“¿Pero adónde vamos?”

El sargento no respondió de inmediato. Estaba evaluando a sus soldados subordinados. No se permitía hablar con el prisionero. Ninguno de esos hombres se atrevería a hacerlo. Y... les esperaba un largo viaje.

“Eres una vergüenza para los prusianos, señor Bakunin. Pero las autoridades no quieren tener tu sangre en sus manos.

Una esperanza abrasadora inundó el gran y frágil pecho de Bakunin, y luego un miedo horrible.

—¿En qué estás pensando? —preguntó el sargento, observando el reflejo de las emociones en el rostro triste y atormentado.

«Preveo dos posibilidades», dijo Bakunin. «Primero, y menos probable, me llevarán a algún lugar —Suiza, tal vez— y me dejarán en libertad, quizás con la orden de no regresar jamás. Esa sería la mejor solución para todos».

—Ah, Bakunin —dijo el sargento—, eres *un* soñador.

“La segunda posibilidad, y me temo que la más probable, es que encuentres algún lugar a lo largo del camino, un grupo de árboles, tal vez, y allí...”

—¿Sí? —preguntó el sargento.

Bakunin no pudo decirlo. Hizo el gesto de pasarse un dedo por la garganta.

—Toma —dijo el sargento, sacando una pequeña funda de cuero del bolsillo interior de su abrigo—. Fúmate un cigarro.

—¿El último cigarrillo del condenado? —preguntó Bakunin, aceptando el cigarro, con la mano temblando a pesar de su determinación de no mostrar miedo.

—No exactamente —dijo el sargento. De repente, se cansó del juego que estaba jugando con aquel hombre—. Nos

dirigimos a la frontera austríaca, donde se han hecho los preparativos para entregarlo a las autoridades.

Bakunin dijo lentamente: “¡Austria! ¡Pero me matarán!”

El sargento se encogió de hombros. «Es culpa tuya. No debiste haber publicado ese panfleto incendiario que abogaba por el derrocamiento del imperio austríaco. Ni siquiera el asesinato es tan grave como incitar a las masas a la rebelión contra sus autoridades legalmente constituidas».

Bakunin se dejó caer hacia atrás. Ahora lo sabía. Estaban de camino a Praga. Era lo peor, lo peor.

Recordándolo ahora, recostado en un sofá de la casa que tanto se parecía a Premukhino, se dio cuenta de que incluso entonces había sido ingenuo. Austria no sería el final. Aún le esperaba el horror definitivo: Rusia y el odio implacable del zar Nicolás I.

—He oído que has estado escribiendo —dijo Murchison.

Cicerón no se molestó en preguntar de quién había oído eso Martin. Martin se comportaba con cortesía, como era su

costumbre. Cicerón había supuesto que si Martin, o los poderes que representaba, eran capaces de hacerle lo que le habían hecho hasta entonces, espiarlo a él y a sus escritos les resultaría sencillo y natural.

—Unas cuantas notas —admitió Cicerón.

“Me encantaría verlas”, dijo Martin. “Cualquier texto del famoso Cicerón sería bienvenido”.

«Tengo la vanidad natural de un autor», dijo Cicerón. «Uno siempre espera que sus palabras perduren más allá de su propia vida. Supongo que ustedes han mejorado nuestro sistema de escribas en esta nueva era suya, ¿no?»

—En efecto —dijo Martin—. Hoy en día contamos con medios mecánicos de transcripción y publicación. Podríamos publicarte a nivel mundial. Esto podría traerte mucha fama.

—¿Como ya lo han hecho mis obras anteriores? —preguntó Cicerón amablemente.

Martin asintió antes de poder contenerse. Simms y otros le habían advertido sobre revelar demasiado a los simulacros. Aun así, era imposible impedir que un hombre inteligente como Cicerón atara cabos.

“Tus obras, las que han sobrevivido, se estudian en nuestras escuelas.”

¿Qué escuelas? ¿En qué provincias? ¿En qué siglo estamos, Martin? ¿Me has resucitado? Quizás no, puesto que parezco tener una corporeidad inasible. Pero has resucitado algo de mí: mi fantasma, tal vez, o mi espíritu. ¿No es así?

—Algo así —dijo Murchison, ya que la negación era inútil. Pero no puedo entrar en detalles ahora. Quizás más tarde. Ahora, por favor, muéstrame lo que has escrito.

“¿Y si decido no hacerlo?”

“Solo lo pregunto por cortesía”, dijo Murchison. “Todo lo que has escrito estará a mi disposición cuando quiera usarlo”.

“¿Y si lo destruyo?”

“Podríamos reconstruirlo. Por favor, Marco Tulio, creo que comprendo su postura. ¿Por qué no simplemente entregar el escrito y evitarse cualquier inconveniente?”

—Pues entonces no me queda otra opción —dijo Cicerón, señalando una pequeña pila de papeles que tenía sobre su escritorio.

—Gracias —dijo Murchison, y desapareció.

En el reino de nubes era imposible medir el tiempo, pero Martin regresó muy pronto, tal como Cicerón había previsto.

Llevaba consigo los escritos de Cicerón, que consistían en pequeños dibujos, como jeroglíficos.

“Cicerón, ¿qué demonios es esto? ¿Un código? ¿Es eso? Si es así, te aseguro que podemos descifrarlo.”

“No es ningún código”, dijo Cicerón. “Es una taquigrafía de mi propia invención”.

¿Me lo podrías traducir?

“Con mucho gusto, Martin. Después de que terminemos de discutir los términos.”

¡Al infierno con eso!, dijo Murchison. “No necesito poner condiciones. Puedo conseguir que los mejores criptógrafos del mundo trabajen en esto”.

—Vuelve a verme después de hablar con tus expertos —dijo Cicerón—. Quizás podamos llegar a un acuerdo.

—Siento tener que decírtelo —dijo Simms, esforzándose por ocultar su sonrisa—, pero ese viejo y astuto latino te ha engañado.

Estaban en el despacho de Murchison. Murchison le había entregado a Simms los escritos o dibujos de Cicerón, o lo que fueran, y le había pedido que averiguara qué eran y cuánto tiempo le llevaría descifrar el código. Simms había

consultado con un colega del departamento de Estudios Clásicos de Harvard.

“Tenemos millones de dólares en capacidad informática a nuestra disposición”, dijo Murchison. “Tenemos expertos que pueden descifrar códigos en cualquier lenguaje conocido por el hombre. ¿Cuál es el problema?”

“Lo que tenéis aquí es el sistema taquigráfico de Cicerón. Es un conjunto de símbolos que se refieren a un sistema mnemotécnico personal...”

—¿Te importaría transcribirlo al inglés? —preguntó Murchison.

“Escribir era difícil en el mundo antiguo”, dijo Simms. “La gente no llevaba consigo libretas. No había máquinas de escribir ni ordenadores. Ni siquiera había bolígrafos ni blocs de notas. En aquel entonces, un hombre culto estudiaba el *arte memoria artificialis*, el arte de la memoria artificial.”

“¿Qué es eso? ¿Algo que llevas contigo?”

“No. Es algo que se guarda en la cabeza. Es un sistema asociativo mediante el cual un hombre puede recordar cosas. A menudo, cosas muy largas. Algunos de esos ancianos tenían una memoria prodigiosa. Se dice que uno de los reyes persas de la época helénica conocía el nombre de cada hombre de su ejército. Eso serían al menos diez mil

nombres, considerando cómo funcionaban los ejércitos en aquellos tiempos, quizás muchos más.”

“¿Quieres decir que Cicerón se ha memorizado todo esto nuevo que está escribiendo?”

“No exactamente. Lo que ha hecho es utilizar un sistema asociativo que involucra nombres e imágenes. Les daré el ejemplo clásico. Imaginen una casa o palacio enorme con cientos de habitaciones. Cada habitación es un *lugar*, un espacio. Un hombre estudioso desarrollaría una visualización vívida de estas habitaciones para poder recorrerlas mentalmente. Cada habitación sería diferente, de modo que podría distinguirlas entre sí.”

—Muy bien —dijo Murchison—. Tenemos ese palacio mental lleno de habitaciones. ¿Y ahora qué?

“Cuando un hombre —Cicerón, por ejemplo— quería recordar algo, creaba mentalmente una imagen: una estatua, un volcán, tres ancianas o una mano de oro, y la ubicaba mentalmente en el *lugar de los recuerdos*. Cuanto más grotesca era la imagen, más fácil le resultaba recordarla. Luego, cuando quería acceder a su contenido, recorría mentalmente las habitaciones y, en palabras de los autores antiguos, exigía que las imágenes revelaran su contenido. Es una interesante forma primitiva de usar la mente de manera similar a una computadora.”

“¿Y Cicerón sabía de todo esto?”

“Él escribió el *Ad Herennium*², uno de los textos estándar sobre el tema.”

“¿Me estás diciendo que no podemos descifrar estos garabatos?”

“A menos que sepamos qué palabras asociaba Cicerón con qué imágenes.”

«Esto no es Austria», dijo Bakunin. Pero su guardia policial había desaparecido. Los policías alemanes, el carruaje y los caballos también. La casa de Bakunin en Premukhino había desaparecido. Bakunin estaba de pie a la orilla de un río gris y lento, mirando una isla pantanosa justo enfrente. Más allá, en la orilla opuesta, se alzaba un enorme edificio de piedra.

2 La obra conocida como *Rhetorica ad Herennium* (Retórica a Herenio) es un texto muy importante en la historia de la mnemotecnia, pues constituye el documento más antiguo conocido en el que se describen unas técnicas de memorización. En el siglo IV parece que esta obra, atribuida a Cicerón, sobrevive por el norte de África y Oriente Próximo, pues la citan Prisciano – gramático que enseñó latín en Constantinopla– Rufino de Aquilea y San Jerónimo, que la elogia dando por buena la autoría de Cicerón. [N. T.]

“Creo que conoces este lugar, Mijail.”

Era la voz de Martin. Pero el hombre no estaba por ninguna parte.

—¿Dónde estás? —preguntó Bakunin.

—No importa —dijo Martin—. ¿Sabes lo que estás viendo?

Bakunin asintió con la cabeza profundamente. «El río es el Neva, que atraviesa San Petersburgo. La isla es Janisaari, y el edificio es la fortaleza de Pedro y Pablo».

“¿Te acuerdas del lugar?”

“Después de siete años en sus mazmorras, es poco probable que lo olvide. ¿Es ahí adonde me envías, Martin?”

“Solo si me obligas. Sabes, Michael, no hay necesidad de esto. Lo que te pido no es descabellado.”

—No estás pidiendo —dijo Bakunin—. Estás exigiendo. No soy un esclavo al que se le puedan dar órdenes. Los derechos del hombre...

—*No* eres un hombre —dijo Martin—. Eres un espíritu, un espíritu reconstituido, y como tal no tienes derechos.

“Mientras tenga consciencia”, dijo Bakunin, “tendré derechos”.

“Solo habla con algunas personas que quiero presentarte”, dijo Martin. “No te estoy pidiendo que traiciones a nadie”.

“Excepto a mí mismo.”

“Hazlo a tu manera”, dijo Martin. “Ya sabes lo que viene después”.

Bakunin estaba demasiado familiarizado con la gran y lúgubre fortaleza. Esta era la infame fortaleza de Pedro y Pablo, donde tantos habían sido encerrados, torturados, fueron asesinados o, con suerte, liberados tras meses o años en las mazmorras, destrozados de salud y espíritu, para ser enviados a Siberia a pasar sus últimos días. Peter Kropotkin había estado encarcelado aquí y vivió para contarlo. Karakozoff³ fue torturado y ahorcado, aunque apenas lograron llevarlo vivo al cadalso. Aquí los decembristas y otros revolucionarios fueron enviados a pudrirse. Aquí...

Y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, se encontró en una celda que le resultaba horriblemente familiar. Era el crepúsculo, una tenue luz se filtraba por la ventana, situada a cuatro metros y medio del suelo. El suelo y las paredes estaban cubiertos de fieltro, originalmente pintado de azul, ahora descolorido a gris. Pero esa no era la verdadera pared. A doce centímetros de las paredes colgaban redes de

3 Dmitri Vladimirovich Karakozov fue un activista político ruso y el primer revolucionario del Imperio ruso en intentar contra la vida de un zar. Su intento de asesinar al zar Alejandro II fracasó y Karakozov fue ejecutado. [N. T.]

alambre de hierro, cubiertas con lino grueso y papel amarillo descolorido. Esto era para impedir que los prisioneros golpearan las paredes y se comunicaran entre sí. El lugar apestaba a humanidad. Pero lo más opresivo era el calor, que provenía de las grandes estufas fuera de las celdas. Se mantenían encendidas constantemente para evitar que se formara humedad en las paredes. Pero el calor era insoportable, y los humos del carbón podían asfixiar a un hombre. Era como ser un trozo de carne colgado en un baño turco.

El zar Nicolás I lo había encarcelado en este lugar el 23 de mayo de 1851. Esa era una fecha que jamás olvidaría. Había sido liberado por el sucesor de Nicolás, Alejandro II, después de casi siete años, y exiliado de por vida a Siberia. La fecha de su liberación había sido el 8 de marzo de 1857. La dieta de la prisión le había hecho padecer hemorroides y escorbuto. Había perdido casi todos los dientes. Sufría dolores de cabeza constantes, dificultad para respirar y zumbido en los oídos, como el de agua hirviendo.

Siete años aquella vez. ¿Y cuánto durará esta vez? ¿Para siempre?

O hasta que cediese, traicionase todos los principios que había defendido y se convirtiera en esclavo de Martin.

Bakunin yacía en el suelo y lloraba.

Simms apartó la mirada de la imagen holográfica de la diminuta figura vestida de negro, acurrucada en la antigua celda que había simulado. —¿De verdad piensas dejarlo allí, Martin?

“Ya se le pasará. De todas formas, ¿qué más da? No es *él* quien está en ese tanque. Bakunin y Cicero no son personas reales, Simms. No son más que datos, datos inteligentes. Tú mismo me lo dijiste.”

“En cierto modo”, dijo Simms, “nosotros también no somos más que datos”.

“Te lo estás tomando demasiado a pecho. Los simulacros parecen personas, pero los tribunales han dictaminado que deben clasificarse como imágenes. No se pueden violar los derechos civiles de una imagen.”

“Esa sentencia está en apelación.”

“La apelación es frívola. Los simulacros no poseen ninguno de los atributos de los seres humanos vivos.”

“Excepto la consciencia. La inteligencia. La capacidad de sentir placer... y dolor.”

«Doctor, me estás rompiendo el corazón. Hasta luego». Simms llevaba casi dos años al frente del equipo científico del Proyecto Resurrección, como a veces se llamaba al programa de simulacros, desde que Richardson se había

tomado una excedencia para dedicarse a nuevas líneas de desarrollo. Había visto muchas cosas extrañas durante su mandato, pero ninguna lo había preparado para Martin Murchison, el nuevo director a cargo de la implementación. El hombre era un ignorante en informática y un sádico.

Sin embargo, tenía razón. No existía Bakunin. Solo una brillante colección de datos electrónicos.

Pero se preguntaba qué estaría pensando ese brillante conjunto de datos. ¿Qué estaría sintiendo?

Cicerón levantó la vista y sonrió cuando Murchison apareció repentinamente en la habitación.

“¡Martin! Te estaba esperando. Siéntete como en casa. Me gustaría ofrecerte algo de beber, pero sospecho que no hay vino de Faleria disponible, e incluso si lo hubiera, nuestra incorporeidad (que percibo que compartimos) hace que la ingesta de comida y vino, si no imposible, sea al menos un mero ritual.”

El simulacro de Murchison flotó por la habitación y se sentó en uno de los sofás deformes con los que estaba amueblada la casa de Bakunin.

—Hablas mucho —dijo Murchison—. ¿Te sientes solo ahora que Bakunin se ha ido?

—No hay nada que no pueda solucionar —dijo Cicerón—. Por cierto, ¿adónde lo has llevado?

“No querías saberlo”, dijo Murchison.

—Oh, *ese* lugar —dijo Cicerón—. Pero veo que el tema te resulta desagradable. Dime, ¿has logrado descifrar mis escritos recientes?

“No, no lo hemos hecho.”

—Qué lástima —dijo Cicerón—. Tenías tanta confianza en ti mismo.

Murchison se puso de pie de repente. "Escucha, hijo de puta, con una sola orden podría hacerte desaparecer".

—Pobre Martin —dijo Cicerón—. La extinción es tu única amenaza real, y tiene poca fuerza contra alguien que ya ha muerto. Supongo que esa es mi verdadera situación.

“Podría intentar pensar en algo mejor que la muerte”, dijo Martin.

¿Para qué molestarse? Quiero cooperar, Martin. Estoy deseoso de hacerlo. Y tengo algunas ideas que, creo, aumentarían considerablemente mi valor para ustedes.

“Si eres tan cooperativo, ¿por qué no me traduces tus escritos?”

“Lo haré, a su debido tiempo. Pero primero, lleguemos a un acuerdo.”

“No tienes nada de qué preocuparte.”

“No tengo poder, pero tengo algo que deseas, incluso más allá de mis escritos.”

“¿Cómo lo sabes?”

Cicerón permaneció sentado, erguido, con la mirada altiva fija en la de Murchison. «Primero, responde a un par de preguntas. Estoy en el futuro, ¿no es así?, y tú, o aquellos a quienes representas, han logrado recrear las imágenes de figuras del pasado. Estas imágenes, de las cuales formo parte, existen con la autoconciencia y la percepción de sí mismos propias de los hombres, pero sin cuerpos reales y sin posibilidad alguna de experimentar un cambio físico verdadero. ¿Estoy muy equivocado?»

—Lo tienes bastante claro —dijo Murchison a regañadientes.

«En este nuevo mundo vuestro, no solo las palabras escritas, sino también la presencia de lo que vosotros llamaríais autores arcaicos, podrían ser de gran valor. Es como si en la Roma de mi época pudiéramos entrevistar a Sócrates, a Sófocles o al mismísimo Homero. ¿Acaso mi situación no es comparable?». Cuando Murchison no lo negó, Cicerón continuó: «Escribiré nuevas obras, Martin, que reportarán grandes beneficios, por no hablar del prestigio académico. ¿Qué te parece?».

Murchison ya lo veía venir: *CICERO HABLA A LOS ESTADOUNIDENSES MODERNOS*. Sobre moral, sexualidad, las lecciones de la historia, lo que sea, Cicerón te daría un discurso al respecto. Y, por supuesto, un Cicerón dispuesto a colaborar sería un excelente entrevistado para apariciones especiales en diversos programas de televisión. Cicerón tenía el don de la palabra. ¿Y se lo imaginan apareciendo en las noticias de televisión vestido con su toga? Podría valer millones, miles de millones. Las posibilidades eran infinitas. Una película, por ejemplo, basada en la visión de Cicerón sobre César y Marco Antonio...

Como si leyera la mente de Murchison, Cicerón dijo: «Y recuerda también, Martin, que no soy simplemente un ensayista de derecho. También fui poeta y dramaturgo. ¿No se podría sacar algo de eso?».

Si Cicerón hubiera estado dispuesto a hacer todo eso, podría haber sido una mina de oro y su obra podría haberse comercializado en todo el mundo.

“Marco, viejo amigo, ¿qué quieres?”

Cicerón tardó en responder. Finalmente dijo: «Martin, quiero un cuerpo. Uno de verdad. Quiero volver a vivir, pero en carne y hueso, no como un espíritu».

Eso pilló a Murchison desprevenido. No se lo esperaba. "¿Cómo sabías que podíamos hacer eso?"

“No lo sabía. Pero es lo único que quiero.”

“No estoy seguro de que la tecnología esté preparada para la clonación todavía.”

“Sea lo que sea que eso signifique. Pero entiendo el sentido general. No temas, Martin, puedo esperar hasta que tú y tus amigos puedan prepararme un cuerpo adecuado. Y nuestros diversos negocios lucrativos también pueden esperar.”

Martin tuvo que admitirlo, el viejo cabrón lo tenía contra las cuerdas. Pero eran unas cuerdas de platino macizo, y podían estar rebosantes de diamantes.

—Me pondré en contacto con usted —dijo Murchison, y desapareció.

Cicerón se acomodó en su escritorio y continuó escribiendo en su impenetrable código mnemotécnico. Necesitaría esta escritura para cumplir con su parte del trato, después de que Murchison convenciera a sus representantes de que convertir a Cicerón en un hombre íntegro redundaría en su mayor beneficio personal.

—¿Y qué hay de Bakunin? —preguntó Simms.

“Sigue sin cooperar. Dice que es una cuestión de principios. ¿Te lo imaginas? ¿Un anarquista —en realidad una *simulación electrónica* de un anarquista— afirmando tener principios?”

“Sí”, dijo Simms, “es un infierno cuando las imágenes empiezan a ponerse insolentes. Martin, creo que deberíamos sacarlo de ahí”.

Murchison lo miró fijamente. «Simms, me dijeron que eras un científico informático de primera. Quizás lo seas. Pero creo que tienes un problema de actitud».

Simms abrió la boca para hablar, pero luego lo pensó mejor.

“En fin, Cicerón está colaborando de maravilla. Ese tipo es el rey del espectáculo del mundo antiguo. Va a hacer que nuestro proyecto sea rentable. Pero necesito darle una recompensa.”

“¿Quieres que simule ser uno de sus amigos?”

Murchison negó con la cabeza. «Cicerón quiere volver a vivir en carne y hueso. Lo que necesito ahora es un cuerpo clonado para él».

¡Claro jefe! ¡Un cuerpo clonado, marchando!”

“No me trates así. Me dijiste que podías imprimir un simulacro en un cuerpo clonado.”

“También te dije que el proceso aún está en desarrollo.”

“Lo quiero en una semana.”

“¿Y qué hay de Bakunin? ¿Puedo sacarlo de la prisión?”

“Puede salir cuando quiera”, dijo Murchison. “Lo único que tiene que hacer es cooperar. ¿Podrías proporcionarle algún estímulo sensorial? Quiero que *sienta* esa celda y que huela. Quiero que sea capaz de experimentar malestar físico”.

“¿Quieres decir dolor?”

“Sí, si quieres llamarlo así. Necesito convencerlo rápidamente. Hay gente de la televisión y de las revistas esperando para entrevistarle.”

Murchison se marchó, y Simms volvió a mirar dentro del tanque holográfico, donde Bakunin estaba acurrucado en un rincón de su celda. Simms pensó: «POBRE *desgraciado, ni siquiera con la muerte podrías escapar de gente como Murchison*».

Simms se sentó frente a su terminal y abrió un programa de codificación. Jugó con él, con la mente puesta en otra parte. En Murchison y en lo harto que estaba de él. Era evidente que había llegado el momento de dimitir. Antes de que lo despidieran, claro.

¿Y los simulacros?

A Cicerón parecía irle bien. Pero Bakunin... Lo que ese desgraciado hijo de puta realmente necesitaba era *un salvoconducto* para salir de la cárcel...

Para que pudiera moverse libremente por todo el sistema informático.

Pero eso jamás podría suceder. Simms era un científico demasiado brillante como para dejar suelto en el sistema a un ser impredecible: una inteligencia y personalidad autosuficientes. Era imposible predecir el daño que podría causar.

Era impensable.

Mientras pensaba en esto, Simms descubrió que sus dedos habían activado las instrucciones de programación para un descriptor de acceso.

Los nervios de Bakunin siempre intentaban traicionar sus principios. Su condición fantasmal no le impedía torturarse mentalmente. Se preguntaba si la paz podría encontrarse al otro lado de esta agonía. ¿Cómo podía algo durar para siempre? Y, sin embargo, seguía así. Sus enemigos lo perseguían hiriéndolo. Ni siquiera en la muerte estaba a salvo de los revisionistas. Seguían intentando doblegar su voluntad. No comprendían que, tras la muerte, la voluntad es todo lo que le queda a un hombre, todo lo que le permite considerarse un hombre.

Fue durante esta reflexión poco alegre que un hombre entró en la celda de Bakunin, atravesando el grueso muro como si fuera aire. Bakunin levantó la vista, pero no reaccionó. Tenía muchos trucos la policía científica del zar. El hombre no era Martin, y no parecía ser un guardia de prisión. Iba vestido de civil. Un alto funcionario a la última moda, eso lo explicaría.

«Sé que habéis venido a torturarme», dijo Bakunin, «pero quisiera recordaros que los golpes son ineficaces contra la insustancialidad. Aun sin cuerpo, seguimos sujetos a la dialéctica de Hegel».

El hombre sonrió. “Hola, Mijail. Para ser alguien que está sentado en la fortaleza de Pedro y Pablo, tal vez por toda la eternidad, todavía puedes dar un discurso bastante inspirador”.

—Eso es porque soy Bakunin —dijo él—. Y como soy Bakunin, habéis venido a pedirme algo.

El hombre sonrió. “¡Te equivocas, Mijail! He venido a darte algo.”

“No te creo. Esto es una artimaña diabólica de los capitalistas o de los comunistas. Da igual quién sea, ambos me odian.”

“Si no quieres mi ayuda, me iré.”

“¿Por qué debería confiar en ti?”, preguntó Bakunin.

“Simplemente tienes que arriesgarte.”

—¿Quién eres? —preguntó Bakunin.

“Me llamo Simms. Soy una de las personas que te devolvió a tu estado actual.”

“¿Por qué has venido?”

“En mi opinión, es injusto someter incluso a la simulación de un hombre a tortura, especialmente si esa simulación es capaz de percibir y sentir.

Se podría decir que tal simulación está viva en algún sentido, y sus derechos deben ser respetados. Me opuse a someterte a esta celda. No pude impedirlo. Mi renuncia no serviría de nada. De todas formas, voy a renunciar, pero antes de irme, haré una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó Bakunin.

“Te voy a dar esto.”

La simulación de Simms metió la mano en su pecho y sacó lo que Bakunin vio como una carta de póker, pero un poco más grande y gruesa. La carta brillaba. Bakunin tuvo la impresión de que de ella emanaban cables casi invisibles, como una telaraña tan fina que apenas se distinguía.

"¿Qué es?"

“Podríamos llamarlo un salvoconducto para salir de la cárcel.”

“No entiendo. ¿Qué significa?”

“Es una tarjeta maestra. Con ella puedes acceder a cualquier lugar dentro del dominio de esta computadora.”

“¿Qué dominio?”

“No puedo explicarte todo lo que necesitas saber. Tendrás que arriesgarte y aprender sobre la marcha.”

“Es un truco”, dijo Bakunin.

“Depende de ti si la tomas o no”. Bakunin extendió la mano y tomó la tarjeta.

Dio la vuelta al rectángulo brillante que tenía en la mano. Luego levantó la vista, presentiendo que algo había cambiado.

Las paredes de su celda se volvieron transparentes para él. La carta cambió su perspectiva. Podía ver a través de su celda las fortificaciones exteriores. A través de las paredes podía ver dónde debería haber estado el Bastión Trubetskoi⁴. Pero no estaba allí. Tampoco la Catedral ni la Casa de la Moneda. No existía nada más que su celda y la muralla exterior que había visto desde el otro lado del Neva.

“¡Es como un decorado teatral!”, dijo.

“En efecto”, dijo Simms, “eso es lo que es. Solo nos molestamos en simular tu celda y la pared exterior”.

Bakunin tocó la pared de su celda. Su mano la atravesó por completo.

—¿Qué hago ahora? —preguntó.

4 El Bastion Trubetskoy es una estructura de cinco lados dentro de la fortaleza de Pedro y Pablo que contiene dos pisos de pequeñas celdas carcelarias organizadas en filas. Los muros gruesos y los pasillos estrechos crean el aspecto sombrío que caracteriza a este lugar. [N. T.]

“Sal de aquí mientras puedas.”

Los planes de Murchison para clonar a Cicerón tuvieron que suspenderse temporalmente cuando se enteró de que Simms había liberado a Bakunin en el sistema informático. Murchison ni siquiera tuvo el placer de despedir a Simms, ya que el muy canalla había renunciado antes de que se descubriera su engaño. Simms les había dicho en la recepción que se iba a una cabaña en Oregón a beber cerveza artesanal y leer cómics como un relax necesario tras largos años de sobrepensamiento.

Mientras tanto, le había facilitado un descriptor de acceso a Bakunin.

Murchison tuvo que pedirle a un par de científicos que le explicaran qué era un descriptor de acceso y qué significaba que una inteligencia autoprogramada anduviera libremente por un sistema informático.

Los científicos le hablaron de espacios de acceso y dominios de direcciones. Le hablaron de las rutas especiales que existen en la memoria de la computadora entre los espacios de direcciones. Le hablaron de rutas de acceso

autorizadas, espacios en cuadrícula, fibras, canales, bits, conexiones al almacenamiento central de datos. Hasta que Murchison pensó que le iba a estallar la cabeza.

—¿No me lo puedes explicar en un lenguaje sencillo? —preguntó.

—Lo intentaré —dijo uno de los informáticos—. Imagina un gran mar de datos. Los procesos que existen en la memoria de esta computadora acceden a los datos en busca de nueva información. Surgen nuevos procesos, desaparecen los antiguos. Algunos están estrechamente acoplados. Otros son independientes bajo ciertas condiciones. Los más grandes son una constelación de pequeños procesos estrechamente acoplados. Ese es el estado normal de las cosas. Todo está bien controlado. Hasta que le das a un programa inteligente un descriptor de acceso.

“Si tuvieras el descriptor de acceso adecuado, podrías atravesar las barreras que rodean cada dominio de protección. Podrías ir a donde quisieras dentro de los bancos de memoria del ordenador. Podrías viajar a cualquier otro ordenador al que este estuviera conectado, desplazándote por las líneas telefónicas como un fantasma en un gigantesco sistema de metro mundial.”

—Muy bien —dijo Murchison—, desactiva ese maldito error.

Pero no podían hacer eso. El descriptor de acceso tenía vínculos bidireccionales rígidos que lo conectaban con los códigos fundamentales que eran el corazón del sistema informático. Si se cambiaba el código, el descriptor de acceso lo registraba y se adaptaba al cambio. Habría que desconectar el hardware para deshacerse del programa Bakunin. E incluso eso no sería una solución real. Bakunin vivía en una existencia paralela con el software del sistema. Tenía libre acceso a cualquiera de los discos y bases de datos de cualquier componente y tenía acceso a la computadora central a la que estaba conectada, lo que significaba que podía acceder a cualquier computadora del mundo. Quizás no sabía cómo escapar de esta computadora central, pero era posible. Bakunin era un programa inteligente, autónomo y con una cohesión interna, cuyas motivaciones eran desconocidas. Podía ser una amenaza.

En cuanto oyó eso, Murchison quiso saber cómo pensaban deshacerse de ese hijo de puta anarquista ruso. Los científicos hablaron de trampas de direcciones, bucles de contención autosostenibles, campos de datos persistentes y otras tonterías similares. Entonces alguien mencionó el programa cazador/asesino desarrollado el año pasado en Caltech con el propósito expreso de controlar cualquier programa de inteligencia artificial que no obedeciera órdenes.

Se lo soltarían a Bakunin.

Murchison lo autorizó de inmediato. Solo deseaba poder ver qué sucedería. ¿Cómo sería un programa de caza y destrucción dentro de la computadora? ¿Cómo eliminaría una entidad electrónica?

Mientras esperaba a que su equipo recibiera una copia del programa de Caltech, Murchison conversó con Cicero. Cicero tenía una idea para un musical. Quería titularlo *Lo que el Foro se llevó*. Murchison tuvo que admitir que sonaba a éxito de taquilla.

Floto libre en el espacio ilimitado. Incluso mi ilusión de un cuerpo ha desaparecido. Soy pura voluntad, voluntad incorpórea. Veo delante de mí lo que parecen tapices vaporosos. Me doy cuenta de que son las enormes murallas de la fortaleza de Pedro y Pablo donde antes estuve prisionero. Pero para mí son como telarañas. Los atravieso y veo, ante mí, una maraña de túneles que se ensancha. Creo que son mil caminos que conducen a destinos inimaginables.

¡Estaba muerto, pero ahora vivo!

¡No me volverán a atrapar!

Mijail Bakunin se catapultó a la red.

II

CIUDADANO DEL ESPACIO

Citizen in Space [Spy Story], 1955

Ahora sí que estoy en dificultades; en dificultades mayores de las que había imaginado. Es algo complicado explicar cómo caí en este enredo. Tal vez sea mejor comenzar desde el principio.

Desde mi graduación en la escuela de comercio, en 1991, tenía un buen empleo como armador de válvulas de esfinge, en la Starling, una fábrica de naves espaciales. Yo amaba esos grandes vehículos que partían rugiendo hacia Cygnus, hacia Alfa del Centauro y todos aquellos lugares nuevos. Era un joven con futuro, tenía amigos y hasta contaba con algunas muchachas.

Pero no servía de nada.

El empleo era bueno, pero no podía trabajar bien con esas cámaras ocultas enfocadas sobre las manos. Las cámaras, en sí, no me importaban; lo malo era el ruido que hacían. No me dejaban concentrar.

Me quejé a la oficina de Seguridad Interior. Les dije: «¿Por qué no me ponen cámaras nuevas y silenciosas, como tiene todo el mundo?». Pero estaban demasiado ocupados y no pudieron solucionarlo.

Y entonces empezaron a perturbarme mil pequeñas cosas. El grabador instalado en mi televisor, por ejemplo. El FBI no lo había instalado bien, y zumbaba toda la noche. Presenté cientos de quejas. Decía: «Pero fíjense, a nadie le han instalado un grabador que zumbe así. ¿Por qué a mí?». Pero siempre me endilgaban aquel discurso con respecto a la necesidad de ganar la guerra fría y a la imposibilidad de complacer a todo el mundo.

Esa clase de cosas hacen que uno se sienta inferior. Empecé a sospechar que mi gobierno no se interesaba por mí.

Por ejemplo, tomemos a mi espía. Yo era un sospechoso 18-D (igual que el vicepresidente) y eso me hacía acreedor a una vigilancia parcial. Pero el espía que me habían asignado parecía creerse actor de cine, pues usaba una cazadora manchada y un sombrero gacho encasquetado

hasta los ojos. Era delgado y nervioso, y al seguirme iba pisándome prácticamente los talones, por temor a perderme.

Bueno, hacía cuanto era posible. El espionaje suele ser una tarea de competencia y yo sentía un poco de lástima por él, dada su poca habilidad. Pero andar con él a la rastra era embarazoso. Mis amigos reían a carcajadas cuando yo aparecía con ese tipo respirándome sobre la nuca.

—Bill —me decían—, ¿no puedes desenvolverte mejor?

Y a las muchachas les daba escalofríos.

Naturalmente, me presenté a la Comisión Investigadora del Senado y les dije: «Oigan, ¿por qué no me ponen un espía bien entrenado, como los que siguen a todos mis amigos?». Me respondieron que harían todo lo posible, pero mi importancia, por lo visto, no justificaba la molestia.

Todas esas cosas me ponían de mal humor. Cualquier psicólogo puede atestiguar que no hace falta gran cosa para acabar chiflado. Ya estaba harto de que me ignoraran, de que me hicieran a un lado.

Fue entonces cuando empecé a pensar en el Espacio Profundo. Había millones de kilómetros cuadrados de nada, salpicados con incontables estrellas. Había al menos un planeta similar a la Tierra por cada hombre, mujer o niño. En algún sitio debía existir un lugar para mí.

Compré una Lista Universal y un Piloto Galáctico usado. Leí entero el libro de las Mareas Gravitatorias y las Cartas del Piloto Interestelar. Por fin supe tanto como debía saber.

Invertí todos mis ahorros en un viejo coche estelar Chrysler. Esta antigüedad perdía oxígeno por todas las juntas; contaba con una pila atómica quisquillosa y un sistema de dirección que podía llevarme a cualquier parte. Era arriesgado, pero la única vida en peligro era la mía. Al menos, eso creía yo por ese entonces.

Por lo tanto, conseguí el pasaporte, el permiso azul, el permiso rojo, el certificado de números, las vacunas contra el mareo espacial y los papeles de contra-ratificación. Cobré en la fábrica mi último día de trabajo y agité la mano ante las cámaras en señal de despedida. En el departamento, empaqué mis ropas y dije adiós a los grabadores. Ya en la calle, estreché la mano de mi pobre espía y le deseé buena suerte.

Ya había quemado las naves a mis espaldas.

Solo me quedaba la autorización final y me dirigí de prisa a la Oficina de Autorización Final. Un empleado de manos blancas y rostro bronceado a fuerza de lámpara me echó una mirada dubitativa.

—¿Adónde quiere ir? —me preguntó.

—Al espacio —respondí.

—Por supuesto, pero ¿a qué punto del espacio?

—Todavía no lo sé —dije—. Al espacio, es todo. Al Espacio Profundo. Al Espacio Libre.

El empleado dejó escapar un suspiro fatigado.

—Tendrá que ser más explícito, si quiere una autorización. ¿Piensa instalarse en un planeta del Espacio Americano? ¿O desea emigrar al Espacio Británico? ¿O al Alemán? ¿O al Francés?

—No sabía que el espacio tenía dueños —observé.

—En ese caso, usted no está al día —me replicó, con una sonrisa de superioridad—. Los Estados Unidos han reclamado todo el espacio comprendido entre las coordenadas 2XA y D2B, con excepción de un segmento pequeño y de importancia relativa, sobre el cual México afirma tener derechos. La Unión Soviética posee todo entre las coordenadas 3DB a L02, una región muy poco hospitalaria, se lo aseguro. Además están las concesiones belga, china, ceilanesa, nigeriana...

—¿Dónde está el Espacio Libre? —pregunté.

—No lo hay.

—¿Nada? ¿Hasta dónde se extienden los límites?

—Hasta el infinito —me dijo con orgullo.

Por un momento, aquello me dejó desorientado. Nunca había considerado la posibilidad de que cada fragmento del espacio infinito tuviera dueño. Pero era natural, después de todo. Alguien tenía que ser el dueño.

—Quiero ir al espacio americano —dije.

En ese momento parecía no tener importancia, aunque más tarde quedó demostrado que no era así.

El empleado asintió, malhumorado. Revisó mis antecedentes hasta la edad de cinco años (no valía la pena seguir más allá) y me otorgó la Autorización Final.

En el espaciopuerto estaba mi nave, ya preparada; logré despegar sin que estallara un solo tubo. Solo cuando la Tierra no era ya sino una punta de alfiler a mis espaldas comprendí que estaba solo.

Cincuenta horas después, cuando efectuaba una inspección de rutina en mis provisiones, noté que uno de los sacos de hortalizas era diferente a todos los demás. Al abrirlo encontré en su interior una muchacha, en vez de los cincuenta kilos de patatas que debía haber allí.

Un polizón. La miré, boquiabierto.

—Bueno —dijo ella— ¿no piensa ayudarme a salir de aquí?
¿O prefiere cerrar el saco y olvidarse de todo?

—Estos sacos de patatas están llenos de bultos —observó.

Lo mismo habría dicho yo de ella y con toda aprobación. Exceptuando ciertas zonas, era delgada, de ojos azules y melancólicos; su pelo rubio tenía el tono rojizo de un eyector encendido; el rostro impertinente mostraba huellas de polvo. En la Tierra me habría sentido feliz de caminar diez kilómetros para conocerla. Allá, en el espacio, la cosa no era tan clara.

—¿Podría darme algo de comer? —preguntó—. Desde que partimos no he comido más que zanahorias crudas.

Le preparé un emparedado. Mientras comía, le pregunté:

—¿Qué hace usted aquí?

—Usted no me comprendería —respondió, entre dos bocados.

—Créame que sí.

Se acercó a una portilla para contemplar las estrellas (estrellas americanas, en su mayoría) que brillaban en el vacío del Espacio Americano.

—Quería ser libre —dijo.

—¿Eh?

Ella se dejó caer en mi colchón, fatigada.

—Usted me tildaría de romántica —dijo, serenamente—. Pertenezco a esa clase de tontos que recitan poesías a solas en la noche oscura y que llora frente a cualquier estatuita absurda. Las hojas amarillas del otoño me hacen temblar y el rocío sobre el prado verde representa para mí las lágrimas de toda la Tierra. El psiquiatra me ha dicho que soy una inadaptada.

Cerró los ojos, con un cansancio que comprendí muy bien. Cualquiera se sentiría exhausto tras pasar cincuenta horas en un saco de patatas.

—La Tierra me estaba destrozando —explicó—. No podía soportar más aquello: el régimen, la disciplina, las privaciones, la guerra fría, la guerra violenta, todo. Quería reír al aire libre, correr por los prados verdes, sin ser perturbada, caminar por los bosques sombríos, cantar...

—Pero ¿por qué me eligió a mí?

—Usted iba hacia la libertad —respondió—. Pero si insiste, me marcharé.

Esa ocurrencia resultaba muy tonta, allá en las profundidades del espacio. Y no podía malgastar combustible en llevarla de regreso.

—Puede quedarse —dije.

—Gracias —murmuró—. Usted sí que me sorprende.

—Claro, claro. Pero tendremos que aclarar unas cuantas cosas. Para empezar...

Pero se había dormido sobre mi cama, con una sonrisa confiada en los labios.

Aproveché para revisarle la cartera. Encontré cinco lápices una polvera, un frasquito de perfume Venus V, un libro de poesía de encuadernación barata y una insignia que decía: FBI, Investigador Especial.

Mis sospechas estaban confirmadas. Ninguna muchacha suele hablar de ese modo; los espías, en cambio, siempre lo hacen.

Me alegró saber que mi gobierno seguía vigilándome. El espacio parecía así menos solitario.

La nave, avanzó en las profundidades del Espacio Americano. Me vi forzado a trabajar quince horas por día para mantener entero mi equipo de dirección, las pilas razonablemente frescas y las juntas selladas. Mavis O'Day (así se llamaba mi espía) se encargaba de las comidas y de la limpieza; mientras tanto, escondía innumerables cámaras por todas partes. Zumbaban de un modo detestable, pero yo fingía no darme cuenta.

Sin embargo, dadas las circunstancias, mis relaciones con la señorita O'Day eran muy correctas.

La nave avanzaba normalmente, casi podría decir que con toda felicidad, hasta que un día ocurrió algo inesperado.

Yo estaba a cargo de los controles. De pronto, una luz intensa cruzó frente a la proa. Salté hacia atrás y tropecé con Mavis, que estaba colocando un nuevo rollo de película en su cámara número tres.

—Perdón —dije.

—¡Oh!, no es nada, atropélleme cuanto guste.

La ayudé a levantarse. Su flexible proximidad era peligrosamente agradable, y el aroma tentador de Venus V me cosquilleó la nariz.

—Ya puede soltarme —dijo ella.

—Lo sé —respondí.

Pero no la solté. Con el alma inflamada por su proximidad, me oí decir:

—Mavis, nos conocemos desde hace muy poco tiempo, pero...

—¿Sí, Bill? —me alentó.

En la locura de aquel momento yo había olvidado que nuestra relación era la de un sospechoso con su espía. No sé qué iba a decir. Pero en ese momento, un segundo destello cruzó por delante de la nave. Solté a Mavis y corrí hacia los controles. Con gran dificultad, detuve al viejo coche Star y miré a mi alrededor.

Fuera, en el vasto vacío del espacio, se veía un solo fragmento de roca. Trepado a ella, una criatura vestida con un traje espacial sostenía en una mano una caja de señales y en la otra un perro diminuto, también vestido con ropas espaciales.

A toda prisa, lo hicimos entrar y desabrochamos su traje espacial.

—Mi perro... —dijo.

—Está bien, hijito —le aseguré.

—Siento molestarlos en esta forma —dijo el muchachito.

—No importa —dije—. ¿Qué hacías allí fuera?

—Señor —empezó con voz temblorosa—, tendré que empezar desde el principio.

»Mi padre era piloto espacial de pruebas y murió valientemente, tratando de quebrar la barrera de la luz. Mamá volvió a contraer matrimonio hace poco tiempo. Su

esposo actual es un moreno corpulento de ojos pequeños y huidizos y labios apretados. Hasta hace poco estaba empleado como empaquetador en un gran supermercado.

»Desde el principio le molestó mi presencia. Supongo que yo le recordaba a mi padre muerto, por mis rizos rubios, mis grandes ojos almendrados y mi temperamento expansivo y alegre. Nuestra relación era una llama constante. Pero al fallecimiento de un tío suyo (bajo circunstancias muy sospechosas), heredó unas acciones sobre el Espacio Británico.

»Por lo tanto, partimos en nuestra nave espacial. No bien hubimos llegado a nuestra zona desierta, él dijo a mi madre: “Raquel, tu hijo es lo bastante mayor como para defenderse por sí mismo”. Mi madre respondió: “¡Es tan jovencito, Dirk!”. Pero esa mujer tierna y riente no era adversario digno de ese hombre de voluntad férrea, a quien jamás podré llamar padre. Me lanzó dentro del traje espacial, dándome una caja de señales y puso a Flicker en el suyo. “Un muchacho puede arreglarse muy bien solo en el espacio, en estos tiempos”, dijo. “Señor”, observé, “no hay planeta alguno en doscientos años luz a la redonda”. “Ya verás qué haces”, dijo, con una amplia sonrisa y me arrojó sobre este fragmento de roca.

El niño hizo una pausa para tomar aliento y Flicker, su perro, me miró con sus ojos ovales y húmedos. Di al perro un tazón de leche y pan y contemplé al muchacho, que comía un

emparedado de manteca de maní y mermelada. Mavis llevó al pequeño al camarote y lo acostó tiernamente.

Yo volví a los controles, puse la nave en marcha y encendí el intercomunicador.

—¡Despierta pequeño idiota! —oí decir a Mavis.

—Déjeme dormir —farfulló el muchacho.

—¡Despierta! ¿Por qué te envió aquí la Investigación del Congreso? ¿No saben que es un caso del FBI?

—Lo han reclasificado como Sospechoso 10-F —dijo el muchacho—. Eso requiere vigilancia permanente.

—Para eso estoy yo aquí —exclamó Mavis.

—Usted no se desempeñó muy bien en el último caso —observó el niño—. Lo siento señora, pero la Seguridad está antes que nada.

—Así te enviaron a ti —sollozó Mavis—. Un chico de doce años.

—Dentro de siete meses tendré trece.

—¡Un chico de doce años! ¡Con lo mucho que me he esforzado! He estudiado, he leído libros y tomado clases nocturnas, he asistido a conferencias...

—Es difícil —dijo el muchacho, en tono de simpatía—. Por mi parte, quiero ser piloto de pruebas. A mi edad, esta es la única forma de conseguir horas de vuelo. ¿Cree que él me dejará conducir la nave?

Apagué el intercomunicador. Podía sentirme muy orgulloso. Tenía dos espías de jornada completa dedicados a mí. Eso significaba que yo era alguien importante; alguien a quien debía vigilarse.

Sin embargo, mis espías eran solo una muchacha y un niño de doce años. El gobierno debía estar tocando fondo para haber enviado a esos dos.

El gobierno, a su modo, seguía ignorándome.



Nos fue bastante bien en el resto del vuelo. El joven Roy (así se llamaba el niño) se hizo cargo de la conducción de la nave, mientras el perro ocupaba el asiento del copiloto, siempre alerta. Mavis siguió cocinando y haciendo la limpieza. Yo pasaba el tiempo emparchando juntas. Éramos el grupo más feliz de sospechoso y espías que se puede encontrar.

Encontramos un planeta deshabitado, muy similar a la Tierra. A Mavis le gustó porque era pequeño y bonito, lleno de praderas verdes y bosques sombríos como los que describían sus libros de poesía. A Roy le agradaron sus lagos

transparentes y las montañas, que eran perfectas para escalar. Aterrizamos y comenzamos a instalarnos. El joven Roy se interesó inmediatamente por los animales que saqué del Congelador. Se designó a sí mismo guardián de vacas y caballos, protector de patos y gansos, defensor de cerdos y pollos. Eso lo mantuvo tan ocupado que fue espaciando más y más sus informes al Senado, hasta que dejó de enviarlos. ¿Qué otra cosa cabe esperar en un espía de su edad?

Una vez que hube instalado las cúpulas y sembrado unos cuantos acres, Mavis y yo dimos en pasear largamente por los bosques sombríos y por las praderas verdes y amarillas que los bordeaban.

Un día preparamos un cesto con provisiones y almorzamos a la orilla de una pequeña cascada. El pelo suelto de Mavis caía sobre sus hombros y en los ojos se le veía una mirada distante y encantada. En verdad, su aspecto no era en absoluto el de un espía y tuve que forzarme para recordar nuestros respectivos papeles.

—Bill —dijo, después de un rato.

—¿Sí?

—Nada.

Arrancó una brizna de pasto. No supe qué hacer. Pero su mano estaba cerca de la mía y nuestros dedos se rozaron,

entrelazándose de inmediato. Por largo rato guardamos silencio; nunca me había sentido más feliz.

—¿Bill?

—¿Sí?

—Querido Bill, ¿podrías?...

Jamás sabré qué iba a decirme, ni qué pude haberle contestado. En ese momento, el silencio se quebró en un rugir de cohetes y una nave espacial descendió desde el cielo.

■

Ed Wallace, el piloto, era un anciano de cabellos blancos; vestía una cazadora manchada y un sombrero gacho. Era vendedor de Clear-Flo, artefacto para purificar el agua de todo el planeta. Puesto que no lo necesitábamos, me dio las gracias y se marchó.

Pero no llegó muy lejos. Casi de inmediato, sus motores se detuvieron irremediablemente.

Al revisar el mecanismo de dirección, descubrí que había estallado una válvula de esfinge. Me llevaría un mes fabricar una nueva con herramientas comunes.

—Qué cosa molesta —murmuró—. Tendré que quedarme.

—Así parece —dije.

—No me explico cómo pudo suceder —balbuceó, contemplando con pena la nave.

—Tal vez la válvula se debilitó cuando usted la cortó con la sierra —dije, mientras me alejaba.

Había visto las marcas. El señor Wallace fingió no oírme. Esa noche, desde lejos, pude oír el informe que pasaba por la radio interestelar; esta funcionaba perfectamente. Cosa extraña, no trabajaba a las órdenes de Clear-Flo, sino de la CIA.



El señor Wallace se convirtió en un buen horticultor, aunque pasaba la mayor parte del tiempo trajinando con su cámara y su anotador. Ante su presencia, el joven Roy se vio forzado a esmerarse. Mavis y yo dejamos de caminar por los bosques sombríos y no tuvimos tiempo de volver a los prados amarillos y verdes, para concluir algunas frases empezadas.

Pero nuestra pequeña colonia prosperaba. Tuvimos otros visitantes. Llegó un matrimonio enviado por Inteligencia Regional, haciéndose pasar por recolectores de fruta. Los siguieron dos muchachas fotógrafas, secretas representantes de la Oficina de Informaciones del Ejecutivo y después un joven periodista, que pertenecía en realidad al Consejo de Moral en el Espacio, originario de Idaho.

Cada uno de ellos sufrió el estallido de una válvula de esfinge en el momento de partir.

Yo no sabía si sentirme avergonzado u orgulloso. Tenía a mis talones seis espías; pero todos eran de segundo orden. Invariablemente, tras pasar unas pocas semanas en mi planeta, se dedicaban a las labores de granja y olvidaban sus esfuerzos como espías.

Hubo momentos amargos para mí. A veces creía ser un ejemplar de ensayo para novicios, un caso sobre el cual afilar los dientes. Era el sospechoso que se asignaba a los espías demasiado ancianos o demasiado jóvenes, poco eficientes, medio aturdidos o simplemente inútiles. Tal vez se me consideraba como una especie de semijubilación, el sustituto de una pensión por retiro.

Pero eso no me preocupaba demasiado. Al fin y al cabo, tenía cierta posición, aunque difícil de definir. Me sentía más feliz de lo que había sido nunca en la Tierra y mis espías eran gentes agradables y dispuestas a cooperar.

Nuestra pequeña colonia progresaba en paz y felicidad. Creí que sería para siempre.

Pero una noche fatal se produjo una actividad inusitada. Todas las radios funcionaron al mismo tiempo, como si estuvieran recibiendo mensajes muy importantes. Fue

necesario pedir a los espías que compartieran sus aparatos, a fin de no quemar el generador.

Por fin, todas las radios se apagaron y los espías se dedicaron a conferenciar. Los oí susurrar hasta las primeras horas de la madrugada. A la mañana siguiente los encontré reunidos en la sala, carilargos y sombríos. Mavis se adelantó, a modo de delegada.

—Ha ocurrido algo terrible —me dijo—. Pero en primer lugar debo revelarte algo, Bill: ninguno de nosotros es lo que aparenta ser. Todos somos espías enviados por el gobierno.

—¿Eh? —balbuceé, por no herir sus sentimientos.

—Es verdad —insistió—. Te hemos estado espiando, Bill.

—¿Eh? —repetí—. ¿Tú también?

—También yo —afirmó Mavis, en tono desdichado.

—Y ahora se terminó —intervino el joven Roy. Eso me sorprendió de veras.

—¿Por qué? —pregunté.

Se miraron entre sí. Por último, El señor Wallace explicó, doblando el ala de su sombrero con las manos callosas:

—Bill, una investigación acaba de revelar que este sector del espacio no es propiedad de los Estados Unidos.

—¿Y de qué país es?

—Ten calma —dijo Mavis—. Trata de comprender. Todo este sector fue pasado por alto cuando se hizo la investigación internacional y ahora ningún país puede reclamarlo. Como has sido el primero en establecerte aquí, este planeta y los millones de kilómetros que lo rodean te pertenecen, Bill.

Me sentí demasiado atónito como para responder.

—Dadas las circunstancias —continuó Mavis—, no tenemos autorización para permanecer aquí y nos iremos enseguida.

—¡No podrán! —exclamé—. ¡Todavía no he reparado las válvulas de esfinge!

—Todos los espías llevamos válvulas de esfinge y hojas de sierra de repuesto —dijo ella con suavidad.

■

Mientras los veía salir en tropel hacia las naves, pude imaginar la soledad que me aguardaba. Ningún gobierno me vigilaría. Ya no escucharía ruido de pasos en mitad de la noche, ni vería al volverme el abnegado rostro de un espía detrás de mí. No volvería a oír el zumbido de una cámara vieja controlando mi trabajo, ni me dormiría con el siseo de un grabador defectuoso.

Sin embargo, me sentía apenado aún por ellos mismos. Esos pobres espías, entusiastas, torpes, chapuceros, debían volver a un mundo veloz, eficiente, competitivo. ¿Dónde encontrarían otro sospechoso como yo, otro sitio como mi planeta?

—Adiós Bill —dijo Mavis, tendiéndome la mano. Se marchó hacia la nave del señor Wallace. Solo entonces comprendí que ya no era mi espía.

—¡Mavis! —grité, corriendo tras ella. Mavis apretó el paso hacia la nave, pero la tomé por el brazo.

—Espera. En la nave empecé a decirte algo. Quise decirlo otra vez el día del pícnic.

Ella trató de alejarse. En el tono menos romántico que se pueda imaginar, grazné:

—Mavis, te amo.

Cayó en mis brazos. Nos besamos y le dije que nuestro hogar era ese, todo ese planeta con sus bosques sombríos y sus praderas verdes y amarillas. Allí, conmigo.

Su felicidad era demasiado grande, y no respondió.

Puesto que Mavis se quedaba, Roy también se echó atrás. Las hortalizas del señor Wallace empezaron a madurar y él

quería atenderlas. Y todos los otros tenían algo entre manos que no deseaban abandonar.

Y aquí estoy: gobernante, rey, dictador, presidente, lo que quiera ser. Los espías han empezado a llegar provenientes de otros países y no solo de los Estados Unidos. Para alimentar a todos mis súbditos, pronto me veré forzado a importar comida. Pero los otros gobernantes han dado en rehusarme ayuda. Creen que he sobornado a sus espías para que abandonen sus puestos.

Juro que no es así. Vienen, eso es todo. Y no puedo renunciar, pues soy el dueño de todo esto. Podría enviarlos de regreso, pero me da pena. Ya no se que hacer.

Puesto que toda mi población consiste en exespías; gubernamentales, cualquiera imaginaría que me sería muy difícil formar un gobierno propio. Pero no, ninguno se presta a cooperar. Soy el gobernante absoluto de un planeta habitado por granjeros, pastores, criadores de ganado y horticultores, supongo que después de todo, no moriremos de hambre. Pero no es el problema. El problema. El problema es como diablos gobernar.

Porque ninguno quiere ser espía a mis órdenes.

III

LOS MONSTRUOS

The Monsters, 1953

De pie sobre la cima rocosa de la montaña, Cordovir y Hum contemplaban el nuevo acontecimiento. Ambos estaban satisfechos. Era, sin lugar a dudas, lo más novedoso de los últimos tiempos.

Hum fue el primero en hablar:

—Por la forma en que refleja los rayos solares diría que está hecho de metal.

—Supongamos que así es —aclaró Cordovir—; en ese caso, quisiera saber cómo se mantiene en el aire.

Ninguno de los dos podía apartar la vista de aquel extraño fenómeno: un objeto puntiagudo flotaba sobre el valle; de uno de sus extremos fluía una sustancia semejante al fuego.

—El fuego lo mantiene suspendido —afirmó Hum—. Hasta tus viejos ojos deberían verlo.

Cordovir se irguió un poco, ayudado por su gruesa cola, para ver mejor aquello.

En aquel momento el objeto se apoyó en el suelo y el fuego desapareció.

—¿Por qué no nos acercamos para verlo mejor? —preguntó Hum.

—De acuerdo. De todas maneras tenemos tiempo. Aguarda un momento. ¿Qué día es hoy? Hum hizo una pausa para calcularlo.

—El quinto día de Luggat —respondió después.

—¡Maldición! —exclamó Cordovir—. Tengo que ir a casa; hoy tengo que matar a mi mujer.

—Faltan varias horas para el crepúsculo —dijo Hum—. Tienes tiempo para hacer las dos cosas.

Pero Cordovir no se mostró muy convencido.

—No me perdonará si llego tarde.

—Eso tiene solución —replicó Hum—. Soy más veloz que tú, ¿verdad? Si se nos hace tarde correré a tu casa y la mataré por ti. ¿Te parece bien?

—¡Qué gentil de tu parte! —exclamó Cordovir, agradecido por tan bello gesto, mientras se deslizaban juntos por la empinada cuesta de la montaña.

Se detuvieron frente al objeto metálico, ambos erguidos sobre las colas.

—Es más grande de lo que yo calculaba —dijo Cordovir, midiéndolo con la vista.

Parecía un poco más largo que la aldea; el ancho equivalía casi a la mitad de ella. Al describir un círculo en torno al objeto para examinarlo mejor, observaron que el metal estaba trabajado, posiblemente por arte de tentáculos humanos.

El sol pequeño se había puesto a lo lejos.

—Convendría regresar —dijo Cordovir, notando que la luz se tornaba escasa.

—Tengo tiempo de sobra —respondió Hum, y flexionó los músculos, satisfecho.

—Es cierto, pero a uno le gusta matar por sí mismo a su mujer.

—Como quieras.

Y ambos se dirigieron hacia la aldea a paso vivo.

La mujer de Cordovir estaba acabando su cena de espaldas a la puerta, según la costumbre. El marido la mató con un golpe seco asestado con la cola. Después de arrastrar el cuerpo afuera se sentó a cenar.

Terminada la comida dedicó unos minutos a la meditación y se dirigió a la Asamblea. Hum ya estaba allí, impaciente como todo joven, contándole a todos la novedad del objeto metálico. Probablemente habría engullido su cena, según pensó Cordovir con cierto desagrado.

Cuando el joven hubo terminado él expuso sus propias observaciones. En realidad, no aportó más novedad que una ocurrencia extraña: el objeto metálico podía albergar seres inteligentes.

—¿Qué te hace pensar así? —preguntó Mishill, otro de los ancianos.

—Del objeto surgía fuego mientras iba descendiendo —respondió Cordovir—. Ese fuego se apagó cuando el objeto se posó sobre el suelo. Se me ocurre que dentro había un ser viviente encargado de apagarlo.

—No necesariamente —observó Mishill.

Los hombres de la aldea discutieron el asunto hasta bien entrada la noche. Después procedieron a enterrar las diversas mujeres asesinadas y regresaron a sus hogares.

Cordovir, tendido en la oscuridad, se sentía acosado por diversos interrogantes con respecto al nuevo objeto. En el caso de que en él se alojaran seres inteligentes, ¿tendrían éstos una moral? ¿Sabrían distinguir entre el bien y el mal? Al fin se quedó dormido, a pesar de toda su intranquilidad.

A la mañana siguiente todos los hombres de la aldea corrieron a ver el nuevo objeto. Era lo debido: a los hombres correspondía investigar las cosas novedosas y controlar el crecimiento de la población femenina. Todos formaron un círculo en torno al objeto, tratando de dilucidar qué podía contener.

—Creo que debe haber seres humanos —afirmó Esktel, el hermano mayor de Hum.

Cordovir sacudió todo el cuerpo en expresión de desacuerdo.

—Monstruos, más probablemente —dijo—. Considerando que...

—Puede no ser así —replicó Esktel—. Es necesario tener en cuenta la lógica de nuestra estructura física: un solo ojo para enfocar...

—Pero es posible que en el gran Exterior haya muchas razas extrañas —prosiguió Cordovir—; la mayoría de ellas puede no ser humana. En lo infinito.

—Aun así —interrumpió Esktel—, según la lógica de nuestra...

—Como decía —continuó Cordovir—, las remotas posibilidades de que se parezcan a nosotros son muy escasas. Consideremos el vehículo, por ejemplo. ¿Acaso nosotros construiríamos...?

—Pero desde un punto de vista estrictamente lógico —intervino Esktel—, está a la vista que...

Era la tercera vez que interrumpía a Cordovir. Este lo aplastó contra el objeto metálico con un movimiento de la cola. Esktel cayó muerto al suelo.

—Muchas veces pensé que mi hermano era demasiado cargoso —dijo Hum—. ¿De qué hablábamos?

Pero Cordovir sufrió una nueva interrupción. Un trozo de metal colocado sobre el objeto metálico giró con un chirrido y se levantó, para dejar paso a un extraño ser.

De inmediato se vio que Cordovir estaba en lo cierto. Lo que había salido del agujero tenía dos colas y estaba cubierto de pies a cabeza con algo que parecía mitad metal

y mitad piel. ¡Y su color! Cordovir no pudo evitar un escalofrío. Tenía un color de carne húmeda y desollada.

Todos los aldeanos dieron un paso atrás, esperando que la extraña criatura hiciera algo. En un primer momento no se movió. Estaba inmóvil sobre la superficie metálica; el objeto bulboso que la coronaba el cuerpo se movía de un lado a otro, pero no había ademanes corporales que prestaran significado a ese gesto. Por fin el ser levantó ambos tentáculos y comenzó a emitir ciertos sonidos.

—¿Estará tratando de comunicarse? —preguntó Mishill en voz queda.

Del agujero surgieron otras tres criaturas que llevaban en los tentáculos unas varillas metálicas. Los cuatro comenzaron a intercambiar ruidos extraños.

—No son seres humanos, no me quedan dudas —afirmó Cordovir—. Pero hay algo que me intriga: ¿serán seres provistos de moral?

Una de las criaturas se deslizó por la cobertura metálica hasta alcanzar el suelo, mientras las demás apuntaban hacia abajo con sus varillas metálicas. Aquello parecía una especie de ceremonia religiosa.

—¿Cómo puede tener moral un ser tan repulsivo? —preguntó Cordovir, con la piel contraída por el desagrado.

Tras una inspección más minuciosa descubrieron que las criaturas eran más horribles de lo que cabía esperar. Cordovir llegó a la conclusión de que esos objetos bulbosos bien podían ser las cabezas, aunque no se parecieran en nada a las cabezas que viera hasta entonces. ¿Y qué tenían en el medio? En vez de una superficie lisa, indicadora de carácter, presentaban una elevación en forma de loma. A ambos costados, dos intersticios redondos, y debajo dos perillas. En la mitad inferior de la cabeza, si así podía llamársela, se abría una hendidura pálida y rojiza. Con un poco de imaginación era posible considerarla como una boca.

Eso no era todo. Cordovir observó que los seres revelaban una estructura ósea. Los movimientos de sus extremidades no tenían la suave gracia de los seres humanos; por el contrario, se parecían a las ramas de un árbol que se quiebran abruptamente.

—¡Santo Cielo! —susurró Gilrig, un macho de edad mediana—. Deberíamos matarlos para evitarles tanto sufrimiento.

Por lo visto, muchos eran de la misma opinión, pues los aldeanos comenzaron a avanzar lentamente. Pero uno de los jóvenes los detuvo con un grito.

—¡Aguarden! —exclamó—. Tratemos de comunicarnos con ellos, si es posible. Tal vez se trate de seres con moral. Recuerden que el Exterior es vasto y todo es posible.

Cordovir estaba a favor de la exterminación inmediata, pero los aldeanos se detuvieron para discutir el asunto entre todos.

Haciendo gala de su habitual bravata, Hum se deslizó hasta el ser que estaba en el suelo.

—¡Hola! —le dijo.

El ser respondió algo ininteligible.

—No comprendo —dijo Hum, retrocediendo a gatas.

La criatura agitó uno de sus tentáculos (si tentáculo era) y señaló uno de los soles emitiendo un sonido.

—Claro, es caliente, ¿verdad? —comentó Hum alegremente.

La criatura apuntó hacia el suelo y profirió otro sonido.

—Este año las cosechas no han sido muy buenas —observó Hum, con ganas de entablar conversación.

La criatura se señaló a sí misma y emitió otro sonido.

—Estoy de acuerdo —declaró Hum—: eres más feo que el cuco.

Pasado un tiempo los aldeanos empezaron a sentir hambre y volvieron a la aldea. Hum se quedó atrás, escuchando a aquellos seres que hacían ruidos extraños. Cordovir lo aguardaba con impaciencia. Al fin el joven se acercó a él:

—¿Sabes una cosa? —dijo—. Creo que quieren aprender nuestro idioma o que yo aprenda el de ellos.

—Ni se te ocurra —le advirtió Cordovir, que entreveía los contornos brumosos de un gran mal.

—Creo que lo intentaré —respondió Hum.

Y juntos subieron los acantilados para volver a la aldea.

Esa misma tarde Cordovir se encaminó hasta el gineceo donde estaban las hembras disponibles. De acuerdo con las normas establecidas, propuso a una de las jóvenes reinar en su casa; aceptó agradecida.

En el trayecto de regreso se encontró con Hum, que iba también hacia el gineceo.

—Acabo de matar a mi mujer —dijo.

La explicación era superflua. ¿Acaso había otra razón para ir al gineceo?

—¿Volverás mañana al sitio dónde están las criaturas? —preguntó Cordovir.

—Tal vez, si no ocurre nada nuevo.

—Es preciso averiguar si son seres morales o monstruos.

—Sí —dijo Hum.

Y siguió su camino.

Esa noche, después de la cena, los aldeanos se reunieron en asamblea. La opinión general decidió que los seres no eran humanos. Cordovir sostuvo hasta el cansancio que el mismo aspecto de esos seres revelaba claramente que no pertenecían a la raza humana. Ningún ente tan repulsivo podía responder a reglas morales, distinguir entre el bien y el mal y, por sobre todo, poseer el sentido de la verdad.

Sin embargo los jóvenes no se mostraban de acuerdo, posiblemente porque en los últimos tiempos se habían producido muy pocos acontecimientos nuevos. Sostenían que, según las apariencias, el objeto metálico era producto de la inteligencia. Axiomáticamente la inteligencia implica cierta aptitud para diferenciar. Diferenciar, a su vez, implica la aplicación de nociones en cuanto al bien y el mal.

Fue una discusión magnífica. Olgoel se mostró en desacuerdo con Arast y éste lo mató. Mavrt, en un despliegue de cólera desacostumbrado en temperamento tan plácido, mató a los tres hermanos Holia y pereció a su vez víctima de Hum, que estaba sumamente quisquilloso. Hasta las mujeres disponibles se unieron a la discusión general desde su lejano encierro, en el otro extremo de la aldea.

Al fin todos se retiraron a descansar, cansados pero contentos.

La discusión se prolongó durante las semanas siguientes, aunque la vida continuaba con su ritmo acostumbrado, justo es decirlo. Las mujeres salían por la mañana a recoger los alimentos, los preparaban y ponían huevos. Las mujeres disponibles se encargaban de empollarlos. Como siempre, por cada macho nacían ocho hembras. Para mantener el equilibrio de la población el hombre mataba a su compañera en el vigésimo quinto día de cada matrimonio, o a veces un poco antes.

Los machos se acercaron a la nave para observar los progresos de Hum, que intentaba aprender el idioma de los recién llegados. Cuando se aburrieron de eso volvieron al hábito de vagar por los bosques y las sierras en busca de cosas nuevas. Los monstruos permanecían cerca de la nave y sólo salían para recibir a Hum.

Veinticuatro días después de la llegada, Hum anunció que podía comunicarse con ellos hasta cierto punto. Esa noche dio algunos detalles a los otros aldeanos.

—Dicen venir desde muy lejos. Y son bisexuados, como nosotros. También afirman ser humanos. Según dicen, su aspecto diferente obedece a ciertas causas, aunque no pude entender esa parte.

—Si los reconocemos como humanos —dijo Mishill— tendremos que aceptar como verdad cuanto dicen.

El resto de los aldeanos sacudió el cuerpo en señal de aprobación.

—Dicen que no quieren perturbar nuestro modo de vida; sólo han venido a observar. Quieren venir a la aldea a mirar un poco.

—No veo motivos para impedírselo —dijo uno de los machos más jóvenes.

—¡Nada de eso! —gritó Cordovir—. Eso sería dar entrada al mal. Esos monstruos son seres insidiosos. Los creo muy capaces de decir no-verdades.

Los demás ancianos estuvieron de acuerdo con él. Sin embargo Cordovir no pudo basar su acusación en el menor argumento.

—Después de todo —intervino Sil—, el que parezcan monstruos no quiere decir que piensen como tales.

—Para mí, sí —afirmó Cordovir.

Pero la votación reveló una oposición abrumadora.

Entonces Hum agregó:

—Me han ofrecido (a mí o a todos nosotros, no lo sé bien) varios objetos metálicos con los que se pueden realizar diversas cosas, según dicen. Pasé por alto esta falta a las reglas de etiqueta, pensando que no están al tanto de ellas.

Cordovir asintió. El joven estaba madurando. Por fin daba muestras de conocer los buenos modales.

—Quieren venir mañana mismo a la aldea.

—No —se opuso Cordovir.

Una vez más la votación estuvo en contra de él.

Cuando la Asamblea se estaba dispersando, Hum comentó:

—¡Ah! Olvidaba decirles que tienen varias hembras. Son las de boca muy roja.

Creo que sería interesante ver cómo las matan. Mañana hará veinticinco días de su llegada.

Al día siguiente los seres se acercaron a la aldea, acercándose lenta y penosamente por los acantilados. Los habitantes tuvieron así oportunidad de observar la extrema fragilidad de sus miembros y la torpeza general de sus movimientos.

—No tienen nada agradable —farfulló Cordovir—. Además son todos iguales.

Ya en la aldea los seres procedieron sin el menor miramiento. Entraban y salían a la rastra de las cabañas. Parlotearon frente al gineceo y recogieron huevos para examinarlos de cerca. Escrutaban a los aldeanos a través de unas cosas negras y brillantes.

Al promediar la tarde, uno de los ancianos, llamado Ranta, consideró que había llegado el momento de matar a su mujer. Sin pensarlo dos veces hizo a un lado al ser que estaba inspeccionando su cabaña y mató a su mujer a golpes. Dos de los seres reaccionaron de inmediato: se alejaron de la cabaña a toda prisa, farfullando entre sí cosas extrañas. Uno de ellos tenía la boca roja característica de las hembras.

—Tal vez esto le recordó que era tiempo de matar a su mujer —comentó Hum.

Todos los aldeanos esperaron los acontecimientos.

—Se me ocurre algo —dijo Ranta—. Quizá espera que otro la mate en su lugar. Esa puede ser la costumbre en su país.

Y sin decir «agua va», apuñaló a la hembra de un poderoso coletazo.

El compañero de la criatura muerta comenzó a proferir unos ruidos horribles.

Apuntó a Ranta con una vara de metal. El anciano cayó muerto.

—¡Qué extraño! —dijo Mishill—. Parece una señal de desacuerdo.

Todos los monstruos, ocho en total, formaron un círculo apretado. Uno de ellos sostenía a la hembra muerta, mientras los demás apuntaban en su torno con las varas metálicas. Hum se acercó para preguntarles qué pasaba. Después de intercambiar algunas palabras explicó a los aldeanos:

—No comprendo. Han pronunciado palabras que no conozco, pero tengo la impresión de que nos reprochan algo.

Los monstruos empezaron a retroceder. En ese momento otro de los aldeanos consideró llegado el momento y mató a su hembra, que estaba de pie a la entrada de la choza. El grupo de monstruos se detuvo y parloteó en una extraña

jerigonza. Después se dirigieron a Hum. Tras hablar con ellos la actitud corporal del joven expresó una completa incredulidad.

—Si mal no comprendo —dijo—, nos ordenan que no matemos más hembras.

—¿Qué? —exclamaron al unísono Cordovir y diez o doce aldeanos.

—Volveré a preguntarles.

Conferenció nuevamente con los monstruos, que seguían agitando sus varas metálicas, y les confirmó:

—Así es.

Y sin más preámbulo sacudió la cola, con lo que uno de los monstruos fue a parar al otro lado de la plaza. Los demás reaccionaron agitando las varillas mientras se batían en retirada.

Cuando se hubieron ido, los aldeanos contaron diecisiete hombres muertos. Por alguna extraña razón Hum no estaba entre ellos.

—¡Ahora me creerán! —gritó Cordovir—. ¡Esas criaturas han dicho deliberadamente una no-verdad! Dijeron que no iban a molestarnos, pero mataron nada menos que a diecisiete de los nuestros. ¡No sólo han cometido una acción

inmoral, sino que han llevado a cabo una verdadera masacre!

Aquello estaba más allá de toda comprensión humana.

—¡Una no-verdad deliberada!

Cordovir parecía escupir aquellas blasfemas palabras, dominado por un sentimiento de repulsión y desprecio. Entre los hombres no era costumbre mencionar siquiera la posibilidad de que alguien cayera en la no-verdad.

Cuando los aldeanos hubieron captado al fin el concepto de un ser mentiroso, la cólera se hizo incontenible. ¡Además habían concentrado sus esfuerzos para matar! Era el colmo, la más espantosa de las pesadillas convertida en realidad.

De pronto comprendían que esas criaturas no tenían la costumbre de matar a sus mujeres. Quizá las dejaran desovar sin el menor control. La sola idea bastaba para revolverle el estómago a cualquiera.

Las hembras disponibles escaparon del gineceo para exigir junto con las esposas que las pusieran al tanto. Cuando estuvieron enteradas su indignación superó en mucho a la de los machos, pues tal es la naturaleza femenina.

—¡Mátenlos! —rugieron las hembras disponibles—. ¡Que no traigan aquí la inmoralidad! No podemos permitir que cambien nuestras costumbres.

—Es verdad —reconoció Hum, entristecido—. Debí haberlo adivinado.

—Hay que matarlos sin demora —gritó una de las hembras.

Aún no tenía nombre, pues estaba en calidad de disponible, pero compensaba esa carencia con una fuerte personalidad.

—Nosotras, las mujeres, no deseamos sino vivir una vida decente, dentro de las normas morales: empollar huevos hasta que nos toque el turno de casarnos. Pensemos en esos veinticinco días de éxtasis. ¿Es posible desear algo más? Estos monstruos están dispuestos a cambiar nuestro modo de vida. Nos convertirán en seres tan detestables como ellos.

—¿Lo ven ahora? —gritó Cordovir dirigiéndose a los hombres—. Yo se lo advertí. Se lo advertí y no me hicieron caso. ¡En los momentos de crisis es preciso que los jóvenes escuchen a los viejos!

Y en su terrible cólera liquidó a dos jóvenes de un solo coletazo. Los aldeanos premiaron su acto con un aplauso.

—¡Expúlsenlos antes de que logren corrompernos!

Todas las mujeres se unieron para matar a los monstruos.

Hum se alarmó:

—¿Saben las hembras que ellos poseen la vara de la muerte?

—No lo creo —dijo Cordovir, ya más calmo—. Será mejor que se lo digas.

—Estoy cansado de tanto traducir —protestó Hum—. ¿Por qué no lo haces tú?

—Vamos juntos —propuso Cordovir.

Se sentía irritado por el humor inestable del adolescente, pero la mitad de los aldeanos se les unió. Todos fueron en grupo en pos de las mujeres.

Las alcanzaron al llegar al borde del acantilado desde donde se divisaba el objeto. Mientras Hum trataba de explicar lo de las varas de la muerte, Cordovir estudió la manera de encarar el problema.

—Arrójenles piedras —dijo a las hembras—. Tal vez así consigan perforar el metal del objeto.

Todas las hembras unieron sus esfuerzos para hacer rodar grandes rocas desde los acantilados. Algunas rebotaban al chocar contra la superficie del objeto. Poco después surgieron de él unos rayos de intenso fuego que mataron instantáneamente a varias hembras. El suelo se estremeció.

—Retrocedamos —dijo Cordovir—. Las hembras están dominando la situación, y estos movimientos del suelo me marean.

Acompañado por los otros machos, se trasladó a un sitio apartado desde donde podían observar las acciones.

Entre las mujeres se producían muchas bajas, pero no tardaron en recibir refuerzos de otras aldeas, a medida que éstas se enteraban del peligro. Se habían comprometido en una lucha destinada a salvar sus hogares y sus derechos; de ahí que mostraran mucho más coraje que los hombres.

El objeto arrojaba fuego sobre los acantilados, pero el calor de las llamas aflojaba muchas piedras, y éstas iban a dar contra el objeto. Por último surgieron grandes llamaradas de un extremo.

En ese momento se produjo una avalancha de tierra suelta. El objeto logró elevarse en el aire con el tiempo justo. Esquivó a duras penas una montaña y siguió ascendiendo hasta convertirse en una mancha oscura contra el sol mayor. Finalmente desapareció.

Esa noche descubrieron que habían muerto cincuenta y tres hembras. Después de todo era una ventaja: eso ayudaría a controlar el exceso de población femenina, agudizado ahora con la muerte de los diecisiete machos.

Cordovir tenía sobrados motivos para sentirse orgulloso de sí mismo. Su mujer había muerto gloriosamente en el campo de batalla, pero no tardó en conseguir otra.

—Por un tiempo será conveniente que matemos a nuestras mujeres antes de los veinticinco días —dijo en una Asamblea nocturna—, al menos hasta que las cosas vuelvan a la normalidad.

Las hembras sobrevivientes, ya vueltas al gineceo, aplaudieron con entusiasmo.

—Quisiera saber adónde se han ido los monstruos —dijo Hum, planteando el interrogante a todos los asambleístas.

—Probablemente a esclavizar alguna raza indefensa —dijo Cordovir.

—Puede no ser así —manifestó Mishill.

Y así se dio comienzo a la discusión de la noche.

IV

EL ESPECIALISTA

Specialist, 1953

La tormenta de fotones surgió tras un banco de gigantescas estrellas rojas y se abatió sobre la Nave sin previo aviso. Ojo tuvo apenas el tiempo de lanzar una advertencia a través de Locutor; un segundo después la tenían encima.

Aquel era el tercer viaje de Locutor por el espacio profundo; por primera vez se veía frente a una tormenta de baja presión. La nave guiñó violentamente, captando toda la fuerza del frente y carenó de punta a punta. Locutor sintió una súbita punzada de pánico, que en seguida cedió su sitio

a una fuerte excitación. ¿Por qué había de tener miedo? ¿Acaso no estaba entrenado para esa clase de emergencia?

La tormenta había interrumpido bruscamente su conversación con Alimentador. Era de esperar que el joven estuviera bien; aquella era la primera vez que viajaba por el espacio profundo.

El cuerpo de Locutor estaba compuesto casi enteramente por filamentos similares a alambres que se extendían a través de toda la Nave. Se apresuró a retirarlos todos, con excepción de los que lo vinculaban con Ojo, Motor y con las Paredes. En eso consistía estrictamente su trabajo en esos momentos. El resto de la tripulación tendría que componérselas por propia cuenta hasta que la tormenta hubiese pasado.

Ojo había aplanado su cuerpo de disco contra una Pared; uno de sus órganos visuales estaba extendido fuera de la Nave. Para mayor concentración mantenía el restó de sus órganos apretados contra el cuerpo.

A través de ese órgano Locutor pudo apreciar la tormenta. Convirtió la imagen puramente visual de Ojo en una indicación para Motor, que hizo girar la nave para enfrentar las olas. Al mismo tiempo, Locutor tradujo esa indicación en velocidad para información de las Paredes, y éstas cobraron rigidez para afrontar el impacto.

La coordinación era rápida y segura: Ojo medía las ondas, Locutor entregaba los mensajes a Motor y a las Paredes, Motor dirigía la nariz de la nave contra las olas y las Paredes se preparaban para resistir el choque.

Locutor olvidó cualquier temor que hubiese podido abrigar con respecto al veloz funcionamiento en equipo. No tenía tiempo para pensar. Como sistema comunicador de la Nave debía traducir y emitir sus mensajes con la máxima celeridad, coordinando las informaciones y dirigiendo las maniobras.

La tormenta pasó en pocos minutos.

—Bien —dijo Locutor—. Veamos si se ha producido algún daño.

Enderezó sus filamentos, que se habían enredado, y los extendió por toda la Nave, conectando cada uno a su circuito.

—¿Motor?

—Estoy perfectamente —contestó Motor.

Aquel vigoroso compañero había humedecido sus planchas mientras duró la tormenta, reduciendo las explosiones atómicas en su vientre. No había tormenta capaz de atrapar desprevenido a un espacionauta tan experimentado como él.

—¿Paredes?

Eso llevó mucho más tiempo, pues las Paredes debían reportarse una a una y eran casi un millar. Se trataba de seres rectangulares y delgados que constituían todo el pellejo de la Nave. Durante la tormenta habían reforzado sus bordes, aumentando la resistencia del vehículo. Sin embargo una o dos estaban gravemente afectadas.

Doctor anunció que estaba bien. Se quitó los filamentos de la cabeza, retirándose del circuito, y pasó a reparar las Paredes en mal estado. Estaba compuesto casi enteramente por manos, y había soportado las sacudidas aferrado a un Acumulador.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo Locutor.

Acababa de recordar que aún no sabía dónde estaban.

Abrió el circuito de los cuatro Acumuladores y preguntó:

—¿Cómo están ustedes?

No hubo respuesta. Los Acumuladores dormían. La tormenta los había sorprendido con los receptores abiertos y estaban ahora hinchados de energía. Locutor retrocedió sus filamentos en torno a ellos, pero no se movieron.

—Permíteme —dijo Alimentador.

Alimentador las había pasado bastante mal hasta que logró adherir sus tazas de succión a una Pared, pero mantenía intacta la confianza en sí mismo. Era el único miembro de la tripulación que nunca necesitaba de Doctor, pues su cuerpo era muy capaz de repararse completamente por propia cuenta.

Avanzó hacia los Acumuladores corriendo sobre diez o doce tentáculos y dio un puntapié al que tenía más cerca. La gran unidad de almacenaje abrió un ojo y volvió a cerrarlo. Alimentador volvió a patearlo sin obtener respuesta. Asió la válvula de seguridad del Acumulador y dejó escapar un poco de energía.

—Deja —dijo el Acumulador.

—Despierta y repórtate —le indicó Locutor.

Los Acumuladores, malhumorados, dijeron que estaban bien, como cualquier tonto podía ver. Se habían anclado al suelo durante la tormenta.

El resto de la inspección se realizó con celeridad. Pensante estaba muy bien, y Ojo había quedado extasiado ante la belleza de la tormenta. Había sólo una desgracia que lamentar: Pujante había muerto.

Puesto que era bípedo no tenía la estabilidad de los otros tripulantes. La tormenta lo había atrapado de pie en el medio de la nave, arrojándolo contra una Pared endurecida;

tenía rotos varios huesos importantes. Doctor no podría repararlo.

Por un instante, todos guardaron silencio. La muerte de cualquier componente era cosa seria en la Nave. Esta era una unidad de cooperación que consistía pura y exclusivamente en la Tripulación. La pérdida de cualquier miembro era una grave pérdida para el resto.

La situación era desesperada. Acababan de entregar una carga en un puerto situado varios miles de años luz con respecto al Centro Galáctico. No había modo de averiguar dónde estaban.

Ojo trepó a una pared y extendió hacia el exterior un órgano visual. Las Paredes lo dejaron pasar y se cerraron en torno a él. El órgano de Ojo se estiró cuanto pudo y le permitió contemplar toda la esfera estelar. La imagen viajó a través de Locutor hasta Pensante.

Pensante era una gran gota protoplasmática informe, situada en un rincón del cuarto. En su interior atesoraba los recuerdos de todos sus antepasados espacionautas. Analizó la imagen, la comparó rápidamente con las que tenía acumuladas en sus células y dijo:

—No hay planetas galácticos al alcance.

Locutor lo tradujo automáticamente a los demás. Era lo que temían.

Ojo, con la ayuda de Pensante, calculó que se habían alejado varios cientos de años luz con respecto a su curso, en la periferia galáctica. Todos los miembros de la tripulación sabían lo que eso significaba. Sin un Pujante que aumentara la velocidad de la nave hasta superar con mucho la de la luz, no les sería posible volver al lugar de origen. El viaje de regreso sin Pujante duraría más que el promedio de sus vidas.

—¿Qué sugieres? —preguntó Locutor a Pensante.

Era una pregunta demasiado vaga para la mente literal de Pensante; éste pidió que la formulara nuevamente.

—¿Cuál es la mejor forma de llegar a un planeta galáctico?

Pensante requirió varios minutos para estudiar todas las posibilidades acumuladas en sus células. Mientras tanto Doctor había emparchado las Paredes y pedía que le dieran algo de comer.

—Comeremos dentro de un rato —dijo Locutor, retorciendo nerviosamente sus zarcillos.

Aunque era uno de los más jóvenes entre la tripulación (sólo Alimentador era menor que él), la responsabilidad recaía sobre todo en su persona. Pero aquella era una emergencia: debía coordinar la información y dirigir las decisiones.

Una de las Paredes propuso que todos se emborracharan. Esta solución tan poco realista, fue vetada de inmediato. Era típico de las Paredes, buenas trabajadoras y excelentes compañeras, pero gente muy despreocupada. Probablemente, en cuanto llegaran a sus planetas de origen gastarían todo lo ganado en una juerga.

—La pérdida de Pujante impide a la Nave alcanzar velocidades mayores que la de la luz —comenzó Pensante, sin más preámbulos— El próximo planeta galáctico está a cuatrocientos cinco años luz.

Locutor tradujo todo esto instantáneamente a través de su cuerpo ondulante.

—Se puede optar por dos cursos de acción. En primer lugar, la Nave puede llegar hasta el planeta galáctico más próximo mediante la energía atómica de Motor. Eso demandará aproximadamente doscientos años. Motor tal vez sobreviva durante ese tiempo, pero no el resto de la tripulación. En segundo lugar: se puede localizar un planeta primitivo en esta región sobre el que haya Pujantes en potencia. Encuentren uno y entrénelo. Hagan que empuje la nave de regreso hasta el territorio galáctico.

Pensante calló: había dado todas las posibilidades que encontrara entre los recuerdos de sus antecesores.

Tras una rápida votación se decidieron por la segunda alternativa. En realidad, no cabía otra elección. Era la única que ofrecía esperanzas de volver a los planetas de origen.

—Está bien —dijo Locutor—. Comamos. Creo que nos lo hemos ganado.

Pusieron el cuerpo del Pujante muerto en las fauces de Motor, que lo consumió de inmediato, convirtiendo los átomos en energía. Motor era el único miembro de la Tripulación que vivía de la energía atómica.

Para proveer al resto, Alimentador corrió a cargarse del Acumulador más cercano. Después transformó ese alimento en las sustancias que consumía cada miembro de la Tripulación. La química de su organismo cambió, alteró, adaptó las distintas comidas.

Ojo vivía sólo de un complejo clorofílico. Alimentador lo reprodujo para él.

Después fue a proporcionar a Locutor sus hidrocarburos y a las Paredes su compuesto de cloro. Para Doctor preparó un facsímil de la fruta silicatada que crecía en su planeta natal.

Al fin todos estuvieron alimentados y la Nave en orden. Los Acumuladores, en un rincón, volvieron a dormir como benditos. Ojo extendió su visión tanto como pudo y colocó su órgano principal en recepción telescópica de alto poder.

Aun en esa emergencia no resistió la tentación de hacer versos. Anunció que estaba preparando un nuevo poema narrativo llamado «Resplandor periférico». Como nadie quisiera escucharlo, Ojo lo suministró a Pensante, que lo archivaba todo, bueno o malo, cierto o erróneo.

Motor jamás dormía. Lleno hasta los bordes con la energía de Pujante, lanzó la Nave a una velocidad bastante superior a la de la luz.

Mientras tanto, las Paredes discutían entre sí, tratando de establecer quién había sido la más borracha en el momento de la partida.

Locutor decidió ponerse cómodo. Soltó su conexión con las Paredes y se balanceó en el aire, con el pequeño cuerpo redondo suspendido por la red de filamentos. Pensó un momento en Pujante. Era extraño: había sido el amigo de todos, pero ya estaba olvidado. Eso no se debía a la indiferencia, sino a que la Nave era una unidad. Siempre se lamentaba la pérdida de un miembro, pero lo importante era que la unidad siguiera adelante.

La Nave corrió por entre los soles de la periferia. Pensante estableció una espiral de búsqueda, calculando las posibilidades de encontrar un planeta de Pujantes: eran aproximadamente de cuatro contra una.

Una semana después hallaron un planeta de Paredes primitivas. Al descender pudieron ver a aquellos seres pellejados y rectangulares tendidos al sol, trepando por las rocas o afinándose para flotar en la brisa. Todas las paredes de la Nave suspiraron de nostalgia. Aquello era como estar en casa.

Las paredes de ese planeta no habían sido aún visitadas por un equipo galáctico y no tenían conciencia de su gran destino: unirse a la vasta cooperación de la galaxia.

En aquella espiral pasaron junto a muchos planetas ya muertos y junto a otros demasiado jóvenes como para albergar vida. Encontraron un planeta de Locutores que habían extendido sus redes de comunicación a través de medio continente. Locutor los contempló ansioso por medio de Ojo.

Invadido por una oleada de autocompasión, recordó su casa, su familia, sus amigos. Pensó en el árbol que compraría cuando estuviera de regreso. Por un momento llegó a preguntarse qué hacía allí formando parte de una Nave, en algún lejano rincón de la galaxia. Se sacudió la nostalgia: había que encontrar un planeta de Pujantes, y lo conseguirían si buscaban durante el tiempo suficiente. Al menos así lo esperaba.

Al pasar la Nave por la periferia inexplorada, fueron descubriendo una larga serie de planetas áridos. Después

pasaron por un mundo lleno de Motores primitivos que nadaban en un océano radiactivo.

—Este territorio es muy rico —dijo Alimentador, dirigiéndose a Locutor—. La Galáctica debería enviar una comisión de Contacto.

—Tal vez lo hagan cuando volvamos.

Ambos eran buenos amigos, más allá de la amistad que unía en general a todos los miembros de la Tripulación. No se debía tan sólo a la similitud de edades, aunque eso tenía algo que ver en el asunto. Pero existía otra vinculación, debida al parecido entre sus funciones. Locutor traducía distintos idiomas; Alimentador Transformaba alimentos. Además había entre ellos alguna semejanza: Locutor era un cuerpo central del que irradiaban filamentos; Alimentador era un cuerpo central del que irradiaban tentáculos.

Locutor pensaba que Alimentador era el ser más consciente de la Nave, si se excluía a sí mismo. En realidad, no lograba entender por completo cómo elaboraban los otros sus procesos de conciencia.

Más soles, más planetas. Motor comenzó a recalentarse. Por lo común no operaba sino durante el despegue y el aterrizaje, o cuando era necesario efectuar maniobras delicadas en un grupo planetario. Ahora llevaba semanas funcionando sin cesar, en ocasiones a velocidades mayores

que la de la luz. El esfuerzo comenzaba a afectarle seriamente.

Alimentador, con la ayuda de Doctor, improvisó para él un sistema de refrigeración; era muy elemental, pero tendría que servir. También recompuso átomos de nitrógeno, oxígeno e hidrógeno para componer un líquido refrigerante.

Doctor diagnosticó un largo descanso para Motor; dijo que aquel valeroso compañero no podría soportar el esfuerzo por más de una semana.

A medida que la búsqueda continuaba, el espíritu de la Tripulación decaía gradualmente. Todos sabían bien que los Pujantes eran raros en la galaxia, comparados con los Motores y las Paredes, tan fértiles.

Estas últimas comenzaban a presentar multitud de perforaciones debido al polvo interestelar, y se quejaban diciendo que necesitarían un tratamiento de belleza completo al volver a su planeta de origen. Locutor les aseguró que la compañía se los pagaría enteramente.

Descendieron hacia otro planeta y proporcionaron sus características a Pensante, que las meditó largamente. Una vez que estuvieron más cerca pudieron distinguir las formas.

¡Pujantes, Pujantes primitivos!

Regresaron al espacio a toda prisa para elaborar sus planes. Alimentador fabricó veintitrés intoxicantes distintos para celebrar el hallazgo. Después de eso la Nave estuvo fuera de funcionamiento durante tres días.

—¿Estamos todos listos ya? —preguntó Locutor con voz algo gangosa.

La resaca le hacía perder todos los extremos neurálgicos. ¡Qué borrachera había atrapado! Tenía una vaga noción de haber abrazado a Motor, invitándolo a compartir su árbol cuando volvieran a casa. La idea lo hizo estremecer.

También el resto de la Tripulación acusaba los efectos del festejo. Las Paredes dejaban filtrar el aire, demasiado inseguras como para sellar debidamente los bordes. Doctor estaba sin conocimiento.

Pero Alimentador era el más afectado. Puesto que su sistema podía adaptarse a cualquier tipo de combustible con excepción de la energía atómica, había probado todas sus mezclas, ya fuera iodo sin balancear, oxígeno puro o éter sobrecargado. Su estado era miserable. Los tentáculos, normalmente transparentes, se veían ahora surcados por líneas anaranjadas. Su organismo trabajaba furiosamente para purgarse de todo eso, y Alimentador padecía los efectos de la purga.

Los únicos sobrios eran Pensante y Motor. Pensante no bebía, cosa poco usual en un espacionauta; Motor, por su parte, no podía.

Pensante enumeró ante sus compañeros varios hechos sorprendentes. Según las imágenes recogidas por Ojo, había detectado la presencia de construcciones metálicas. Por lo tanto, adelantó la alarmante sugerencia de que aquellos Pujantes habían construido una civilización mecánica.

—Es imposible —dijeron tres de las Paredes.

La mayor parte de la tripulación se inclinaba a darles la razón. No conocían más metal que el sepultado en el suelo o el de las chatarras oxidadas y sin valor.

—¿Quieres decir que hacen las cosas en metal? —preguntó Locutor—. ¿Con metal puro y muerto? ¿Qué se puede hacer con eso?

—No se podría hacer nada —dijo Alimentador con firmeza—. Todo se rompería constantemente, porque el metal no sabe cuándo empieza a debilitarse.

Pero parecía ser la verdad. Ojo amplió sus imágenes y todos pudieron ver que los Pujantes habían construido grandes refugios, vehículos y diferentes artículos con materia inanimada. La causa no estaba a la vista, pero no era buena señal. Sin embargo habían logrado lo más difícil:

localizar un planeta de Pujantes. Sólo restaba la tarea relativamente fácil de convencer a uno de ellos.

No podía ser demasiado difícil. Talker sabía que la cooperación era la piedra angular de la galaxia, aun entre los pueblos primitivos.

La Tripulación decidió no descender en una región poblada. No había por qué temer un mal recibimiento, pero el ponerse en contacto con su civilización era tarea de un equipo de Contacto. Por su parte, sólo deseaban convencer a un individuo. Por lo tanto escogieron una zona escasamente poblada y descendieron hacia ella mientras esa parte del planeta estaba en sombras.

Casi de inmediato localizaron a un Pujante solitario. Ojo adaptó su visión para hacerla efectiva en la oscuridad; todos ellos observaron los movimientos del nativo. Tras un rato lo vieron acostarse junto a una pequeña fogata. Pensante les indicó que era un hábito muy común entre los Pujantes en el momento del descanso.

Antes de que amaneciera las Paredes se abrieron; Alimentador, Locutor y Doctor salieron de la Nave. Alimentador se adelantó rápidamente y palmeó la criatura en el hombro. Locutor le siguió con un filamento de comunicaciones.

El Pujante abrió sus órganos visuales, los cerró y volvió a abrir repetidas veces e hizo un movimiento con el órgano de comer. Por último se levantó de un salto y echó a correr.

Los tres miembros de la Tripulación quedaron atónitos: ¡el Pujante no había esperado siquiera a que le explicaran sus intenciones! Locutor se apresuró a extender un filamento y atrajo al Pujante por un miembro antes de que se alejara más de quince metros. El nativo cayó.

—Trátalo con suavidad —dijo Alimentador—. Tal vez le asuste nuestro aspecto.

Los zarcillos de Locutor se retorcieron ante esa idea: precisamente un Pujante (uno de los seres más extraños de la galaxia, lleno de órganos distintos), se asustaba del aspecto ajeno.

Alimentador y Doctor avanzaron hasta el Pujante caído y lo levantaron para llevarlo a la Nave.

Las Paredes volvieron a sellarse. Soltaron al Pujante y se prepararon para hablar con él.

En cuanto estuvo libre, el nativo se irguió sobre sus miembros y corrió hacia el sitio donde las paredes se habían cerrado. Golpeó frenéticamente contra ellas, el órgano de comer totalmente abierto y vibrante.

—Basta —dijo la Pared.

Se curvó bruscamente y el Pujante rodó al suelo. Un instante después había vuelto a levantarse y se lanzaba hacia adelante.

Deténganlo —dijo Locutor—. Puede lastimarse.

Uno de los Acumuladores despertó a tiempo para rodar entre los pies del Pujante. Este cayó, volvió a levantarse y siguió corriendo.

Locutor había extendido sus filamentos hasta la parte frontal de la Nave y lo atrapó en la proa. El Pujante comenzó a tironearle de los zarcillos, y aquél se vio forzado a soltarlo bruscamente.

—¡Conéctalo al sistema de comunicación! —gritó Alimentador—. ¡Tal vez podamos razonar con él!

Locutor adelantó un filamento hacia la cabeza del Pujante y lo balanceó en el gesto universal de la comunicación. Pero Pujante prosiguió con su inexplicable conducta, esquivándolo sin cesar. Tenía en la mano un trozo de metal, y lo agitaba frenéticamente.

—¿Qué pretende hacer? —preguntó Alimentador.

El Pujante comenzó a atacar un costado de la Nave, golpeando una de las Paredes. Esta se endureció instintivamente y el metal se partió.

—Déjenlo solo —dijo Locutor—. Denle una oportunidad de calmarse.

Consultó con Pensante, pero éste no pudo aconsejarle qué hacer con aquel Pujante. No aceptaba la menor comunicación. Cada vez que Locutor extendía un Filamento mostraba todos los síntomas del pánico. Se produjo una pausa.

Alguien propuso buscar otro Pujante en ese mismo planeta, pero Pensante vetó el proyecto. Según su opinión, la conducta de ese Pujante era típica, y nada ganarían con establecer nuevos contactos. Además, se suponía que sólo los Equipos de Contacto podían establecer contacto con un planeta. Si no lograban comunicarse con ese Pujante, jamás podrían hacerlo con otro.

Creo que ya sé en qué consiste el problema —dijo Ojo, trepándose a un Acumulador—. Estos Pujantes han desarrollado una civilización mecánica. Pensemos en cómo lo hicieron. Adquirieron el uso de sus dedos, como Doctor, para dar forma al metal. Emplearon sus órganos visuales, como yo. Y tal vez muchísimos otros órganos.

Hizo una pausa teatral y concluyó:

—¡Estos Pujantes carecen de especialidad!

Discutieron el tema durante varias horas. Las Paredes sostenían que no había criatura inteligente que no se

especializara. Tales casos eran desconocidos en la galaxia. Pero las pruebas estaban ante ellos: las ciudades de los Pujantes, sus vehículos... Aquel individuo, por ejemplo, parecía capaz de muchas cosas. ¡Era capaz de hacerlo todo, menos Pujar!

Pensante proporcionó una explicación parcial:

—Este no es un planeta primitivo. Es bastante parcial; hace milenios que debería haberse unido a la Cooperación. Como no fue así, los Pujantes que lo habitaban han sido privados de su derecho natural. Su habilidad, su especialidad, era Pujar, pero no había qué impulsar. Y así han desarrollado una cultura desviada, anormal. Cómo es esa cultura, sólo podemos suponerlo. Pero sobre la base de la evidencia hay razones para creer que estos Pujantes... no están dispuestos a cooperar.

Pensante tenía el hábito de expresar las afirmaciones más pasmosas en el tono más apacible.

—Es muy posible —prosiguió, inexorable— que estos Pujantes no quieran saber nada de nosotros. En ese caso, nuestras posibilidades de encontrar otro planeta de Pujantes son de una contra 283.

—Pero no estamos seguros de que no querrá cooperar —dijo Locutor—; antes debemos establecer una comunicación.

Parece imposible que la criatura inteligente no cooperase.

—Pero ¿cómo hacerlo? —preguntó Alimentador.

Escogieron un curso de acción. Doctor se aproximó lentamente al Pujante, que retrocedió ante él. Mientras tanto, Locutor extendió un filamento por el exterior de la Nave, la circundó por completo y volvió a introducirlo por detrás del Pujante.

Este retrocedió contra una Pared, y Locutor lanzó el filamento a través de su cabeza, hasta el centro de comunicaciones situado en el medio del cerebro.

El Pujante perdió el sentido.

Cuando volvió en sí Alimentador y Doctor se vieron forzados a sujetarle los miembros para que no rompiera la línea de comunicación. Locutor puso en juego toda su habilidad para aprender su idioma.

No era demasiado difícil. Todos los idiomas de los Pujantes provenían de la misma raíz, y aquél no era una excepción. Pudo captar los suficientes pensamientos como para formarse un esquema. Trató entonces de comunicarse con el sujeto.

El Pujante guardaba silencio.

—Creo que necesita comida —dijo Alimentador.

Recordaron entonces que el nativo llevaba casi dos días a bordo. Alimentador preparó un poco de lo que habitualmente consumían los Pujantes y se lo ofreció.

—¡Dios mío! ¡Un bistec! —exclamó el Pujante.

La Tripulación lanzó gritos de entusiasmo a través de los circuitos de Locutor. ¡El Pujante había pronunciado las primeras palabras!

Locutor examinó las palabras y rebuscó en su memoria. Conocía unos doscientos idiomas Pujantes y muchas variantes simples. Descubrió entonces que aquel ejemplar hablaba una mezcla de otros dos idiomas.

Una vez que el nativo se hubo alimentado echó una mirada a su alrededor. Locutor captó sus pensamientos y los transmitió a la Tripulación. El Pujante se estaba formando un extraño concepto de la Nave; la veía como si fuera una brillante exhibición de colores. Las paredes ondulaban. Frente a él había algo similar a una araña gigantesca en color negro y verde; su tela se extendía por toda la nave y entraba en la cabeza de las demás criaturas. Ojo le pareció un animal extraño y desnudo, una mezcla de conejo desollado y yema de huevo...

Locutor estudió fascinado la perspectiva que la mente del Pujante abría para él. Nunca había visto las cosas de ese

modo, pero ahora que el Pujante se lo señalaba, Ojo era en verdad una criatura de aspecto singular.

Todos se pusieron en comunicación.

—¿Quién diablos son ustedes? —preguntó el Pujante, mucho más calmo de lo que había estado en los últimos dos días—. ¿Por qué me atraparon? ¿Es que he perdido la chaveta?

—No —dijo Locutor—, no estás demente. Somos una nave de tráfico galáctico. Una tormenta nos desvió de la ruta, y nuestro Pujante murió.

—Bueno, ¿y todo eso qué tiene que ver conmigo?

—Nos gustaría que te unieras a nuestra tripulación convirtiéndote en nuestro nuevo Pujante.

Una vez que le hubieron explicado la situación, el nativo lo meditó seriamente. Locutor pudo percibir el conflicto que encerraban esos pensamientos. No había decidido aún si esa situación era real o no. Al fin decidió que no estaba loco.

—Oigan, muchachos —dijo—, no sé quiénes son ustedes ni qué sentido tiene esto. Tengo que salir de aquí. Estoy con permiso, y si no vuelvo pronto el Ejército de los EE. UU. va a hacer averiguaciones.

Locutor pidió al Pujante que le diera más información con respecto a la palabra «ejército» y se la suministró a Pensante. La deducción de éste fue:

—Estos Pujantes se traban en combates personales.

—Pero ¿por qué? —preguntó Locutor.

Entristecido, admitió para sí que Pensante parecía tener razón: el nativo no se mostraba muy dispuesto a cooperar.

—Me gustaría ayudarles —dijo Pujante—, pero no sé de dónde sacaron la idea de que yo podría empujar una cosa de este tamaño. Se necesitaría toda una división de tanques sólo para moverlo.

—¿Apruebas esas guerras? —preguntó Locutor, basándose en una sugerencia de Pensante.

—A nadie le gusta la guerra; por lo menos entre los que debemos enfrentar la muerte.

—En ese caso, ¿por qué luchas?

El Pujante hizo un gesto con su órgano de comer; Ojo lo recogió y lo envió a Pensante.

—Se trata de matar o morir —dijo el individuo—. Ustedes saben qué es la guerra, ¿verdad?

—No tenemos guerras —dijo Locutor.

—¡Qué suerte! —exclamó el Pujante con amargura—. Nosotros sí. A montones.

—Por supuesto —dijo Locutor, mientras recibía la explicación completa por parte de Pensante—. ¿Te gustaría ponerles fin?

—Garó que sí.

—Ven con nosotros. Sé nuestro Pujante.

El Pujante se levantó para dirigirse a uno de los acumuladores. Se sentó sobre él y dobló las puntas de sus miembros superiores.

—¿Cómo demonios voy a ponerles fin?, preguntó. — Aunque me presentara ante los mandamases y les dijera...

—No hace falta —dijo Locutor—, sólo tienes que venir con nosotros. Empújanos hasta la base. La Galáctica enviará un Equipo de Contacto hasta tu planeta, y él se encargará de acabar con las guerras.

—¿Qué diablos dicen? Están varados aquí, ¿eh? Mejor. Así ningún monstruo va a apoderarse de la Tierra.

Locutor, confundido, trató de entender ese razonamiento. ¿Acaso había dicho algo equivocado? ¿Era posible que el Pujante no le comprendiera?

—¿No querías terminar con las guerras? —preguntó.

—Claro que sí. Pero no quiero que nadie nos obligue a hacerlo. Yo no soy ningún traidor. Prefiero ir a la guerra.

—Nadie los obligará a nada... Ustedes dejarán de guerrear porque ya no habrá necesidad de hacerlo.

—¿Saben ustedes por qué guerreamos?

Es obvio.

—¿Sí? ¿Qué explicación dan ustedes?

—Ustedes, los Pujantes de este planeta, han sido separados de la corriente principal de la galaxia. Tienen una especialidad: pujar; pero no tienen nada sobre lo cual aplicarla. Por lo tanto, no hay trabajo verdadero para ustedes. Juegan con las cosas: con el metal y los objetos inanimados, pero no hallan en eso satisfacción real. Privados de la auténtica vocación, luchan entre si debido a la mera frustración que experimentan. Una vez que ustedes encuentren su puesto dentro de la Cooperación galáctica, —y te aseguro que es un puesto importante—, las guerras cesarán. ¿Por qué pelear, que es una ocupación tan poco natural, cuando se puede Pujar? También terminará la civilización mecánica, puesto que ya no será necesaria.

El Pujante meneó la cabeza; Locutor adivinó que era un gesto de confusión.

—¿Qué es eso de Pujar? —preguntó.

Locutor se lo explicó lo mejor que pudo. Puesto que ese trabajo estaba fuera de su radio de acción tenía sólo una idea general de lo que hacían los Pujantes.

—¿Quieres decir que eso es lo que todo terráqueo debería estar haciendo?

—Naturalmente —replicó Locutor—. Es su gran especialidad.

El Pujante meditó durante varios minutos.

—Creo que ustedes necesitan un físico, un vidente o algo así. Yo no podría hacer nada de eso. Soy arquitecto y... Además... Bueno, es bastante difícil de explicar.

Pero Locutor había captado ya la objeción de Pujante. Había visto una Pujante hembra en sus pensamientos. No: dos, tres. Y captó también la sensación de soledad y desarraigo. El Pujante estaba lleno de dudas. Tenía miedo.

—Cuando lleguemos a la Galáctica —dijo Locutor, confiando en que era la mejor respuesta— te encontrarás con otros Pujantes. Y Pujantes hembras, también. Todos ustedes, los Pujantes, tienen el mismo aspecto. Podrás hacer amistad con ellos. Y en cuanto al tiempo que pases en la Nave... la soledad no existe. Aún no comprendes la Cooperación. Nadie está solo en Cooperación.

Pero el Pujante aún estaba asimilando la idea de que había otros como él. Locutor no entendía por qué eso le sorprendía tanto. La galaxia estaba llena de Pujantes, Alimentadores, Locutores y muchas otras especies multiplicadas sin fin.

—No puedo creer en que alguien pueda poner fin a la guerra. ¿Cómo sabré que ustedes no mienten?

Locutor sintió algo así como un golpe en el centro del cuerpo. Pensante tenía razón al decir que esos Pujantes no cooperarían. Ese parecía el fin de la carrera de Locutor; él y el resto de la Tripulación pasarían el resto de la vida en el espacio debido a la estupidez de un puñado de Pujantes.

Aun mientras así pensaba, Locutor sentía pena por el Pujante. Debía ser terrible estar lleno de dudas, vacilar siempre, no creer en nadie. Si esa raza no hallaba su puesto en la galaxia acabarían por exterminarse. Hacía tiempo que necesitaban unirse a la Cooperación.

—¿Qué puedo hacer para convencerte? —preguntó.

En su desesperación abrió todos los circuitos al Pujante. Le permitió ver la gruñona bonhomía de Motor, la despreocupación de las Paredes, el temperamento poético de Ojo y la confianza en sí mismo de Alimentador. Abrió su propia mente y ofreció al Pujante una imagen de su planeta natal, de su familia, del árbol que deseaba comprar al

regreso. Las imágenes contaron la historia de cada uno, de diferentes planetas que representaban distintas éticas unidas por un lazo común: la Cooperación Galáctica.

El Pujante contemplaba todo en silencio.

Un rato después meneó la cabeza. El pensamiento que acompañó a ese ademán fue incierto: débil, pero negativo.

Entonces Locutor indicó a las Paredes que se abrieran. Así lo hicieron. El Pujante las miró sorprendido.

—Puedes marcharte —dijo Locutor—. Quítate la línea de comunicación y vé, si quieres.

—¿Qué harán ustedes?

—Buscaremos otro planeta de Pujantes.

—¿Dónde? ¿En Marte, en Venus?

—No lo sabemos. Sólo nos resta esperar que haya otro en esta región.

El Pujante miró hacia la abertura. Después se volvió hacia la tripulación. Vacilaba. El rostro se le contrajo en una mueca de indecisión.

—¿Es verdad cuanto ustedes me han mostrado?

No hacía falta respuesta.

—Está bien —dijo el Pujante, de pronto—. Iré. Soy un idiota, pero iré. Si esto es como ustedes dicen... ¡Tiene que ser como ustedes dicen!

Locutor comprendió que el Pujante, en su dificultad para tomar una decisión, había acabado por perder contacto con la realidad; creía estar viviendo un sueño donde las decisiones son fáciles y no acostumbran carecer de importancia.

Hay sólo una pequeña dificultad —dijo, con la ligereza de la histeria—. Maldito sea si entiendo lo que es Pujar. Ustedes dijeron algo acerca de viajar más velozmente que la luz. Yo no podría cubrir más de un kilómetro y medio por hora.

—Claro que puedes Pujar —le aseguró Locutor.

¡Ojalá fuera cierto! Sabía cuál era la habilidad de un Pujante, pero aquél...

—Sólo tienes que probar.

—Claro —dijo Pujante—. De cualquier modo, en cualquier momento despertaré de este sueño.

Cerraron herméticamente la nave, preparándose para despegar. Mientras tanto, Pujante hablaba para sí.

—Vaya —decía—, creí que un paseo por el campo sería una bonita forma de pasar el permiso. ¡Y ahora tengo pesadillas!

Motor lanzó la Nave hacia el espacio. Las Paredes estaban selladas. Ojo los guiaba por sobre el planeta.

—Ya estamos en espacio abierto —dijo Locutor, preocupado por los balbuceos de Pujante—. Ojo y Pensante darán una indicación; yo te la transmitiré y tú Pujarás según te lo indiquen.

—Están todos locos —murmuró Pujante—. Deben haberse equivocado de planeta. Me gustaría que esta pesadilla se desvaneciera.

Ya estás en la Cooperación —dijo Locutor, desesperadamente—. Aquí está la indicación. ¡Puja!

El Pujante permaneció inmóvil por un momento. Iba despertando lentamente de su fantasía; ahora comprendía que aquello no era un sueño, después de todo. Sentía la Cooperación. Ojo a Pensante, Pensante a Locutor, Locutor a Pujante; todo interconectado con Paredes y con cada uno de ellos.

—¿Qué es esto?, preguntó Pujante.

Sintió la unidad de la Nave, la gran calidez, la proximidad que sólo se alcanza en la Cooperación.

Pujó.

No ocurrió nada.

—Vuelve a intentarlo —rogó Locutor.

Pujante buscó en su alma. Encontró un pozo profundo, lleno de dudas y temores. Al mirar en su interior pudo ver su propio rostro torturado.

Pensante se lo iluminó.

Los Pujantes llevaban siglos viviendo entre esas dudas y esos temores. Los Pujantes habían guerreado por temor, habían matado por causa de las dudas.

¡Allí, precisamente, estaba el órgano de los Pujantes!

Humano, especialista, Pujante, entró de lleno en la Tripulación, se confundió con ellos, se unió en un abrazo mental con Pensante y Locutor.

De pronto, la Nave se lanzó hacia adelante. Su velocidad era ocho veces mayor que la de la luz, y proseguía acelerando.

V

SE BUSCA CRIMINAL

Permiso para delinquir [Skulking Permit], 1954

Tom Fisher⁵ no tenía la menor idea de que estaba por comenzar su carrera criminal. Era la mañana. El enorme sol rojo asomaba ya por el horizonte, arrastrando a su pequeño colega amarillo. La aldea, diminuta y precisa, centelleaba bajo los dos soles del verano.

Tom despertó en el interior de su cabaña. Era un joven alto y bronceado; había heredado de su padre los ojos ovales y de su madre la actitud tranquila frente al esfuerzo. No tenía prisa; no habría pesca hasta que llegaran las lluvias otoñales y, por lo tanto, el trabajo era escaso para los pescadores.

⁵ En el pueblo, cada uno lleva el nombre de la profesión que ejerce: pintor, pescador, tejedor, carpintero, etc. [Nota del editor]

Hasta el otoño no tenía nada que hacer, salvo haraganear y remendar sus utensilios de pesca.

Desde su cabaña, oyó que Billy Painter gritaba:

—¡El techo tiene que ser rojo!

—¡Las iglesias nunca tienen techos rojos! —gritó a su vez Ed Weaver.

Tom arrugó el ceño. Al no tener en ello arte ni parte, había olvidado los cambios acaecidos en la aldea durante las últimas dos semanas. Se puso unos pantalones y salió camino de la plaza.

Lo primero que vio al llegar fue un gran letrero, en donde se leía: NO SE PERMITE LA PRESENCIA DE EXTRAÑOS DENTRO DE LOS LÍMITES DE LA CIUDAD. No había un solo extraño en todo el planeta de Nueva Delaware. No había sino bosques y esa única aldea. El letrero era solo cuestión de política.

La plaza, en sí, incluía una iglesia, una cárcel y una oficina de correos, todas ellas construidas frenéticamente en las dos últimas semanas y emplazadas en una sola hilera frente al mercado. Nadie sabía qué hacer con esos edificios; la aldea se las había arreglado muy bien sin ellos por más de doscientos años. Pero ahora había sido necesario construirlos.

Ed Weaver, de pie frente a la nueva iglesia, miraba hacia lo alto. Billy Painter mantenía un precario equilibrio en el techo inclinado, con el bigote rubio estremecido por la indignación. Alrededor se había reunido una pequeña multitud.

—Demonios, hombre —decía Billy Painter—, te digo que la semana pasada estuve leyendo algo sobre eso. Techo blanco, va bien. Techo rojo, jamás.

—Te estás confundiendo con otra cosa —dijo Weaver—. ¿Qué opinas, Tom?

Tom se encogió de hombros; no tenía opinión alguna que ofrecer. En ese preciso instante apareció el Mayor, saludando efusivamente, con la camisa flameando sobre la enorme panza.

—Baja —indicó a Billy—. Acabo de averiguarlo. Es la Pequeña *Escuela* Roja, y no la *Iglesia*.

Billy puso cara de enojado. El malhumor era su característica. Todos los Painter eran así. Pero desde que el Mayor lo nombrara jefe de policía, la semana anterior, se había convertido en un caprichoso hecho y derecho.

—Aquí no tenemos escuela —arguyó, bajando por la escalera de mano.

—Tendremos que construir una —dijo el mayor—. Y habrá que darse prisa.

Echó una mirada al cielo y la multitud, involuntariamente, lo imitó. Pero aún no había nada a la vista.

—¿Dónde están estos muchachos, los Carpenter? —preguntó el Mayor—. Sid, Sam, Marv, ¿dónde están ustedes?

La cabeza de Sid Carpenter apareció entre la multitud. Todavía llevaba muletas, pues el mes anterior había caído de un árbol por buscar huevos de pájaros; ninguno de los Carpenter servía para trepar árboles.

—Los demás están en la taberna de Ed Beer —dijo Sid.

—¿Y dónde, si no? —observó Mary Waterman de entre la multitud.

—Bueno, reúnelos —dijo el Mayor—. Tienen que construir una escuela y a prisa. Diles que la ubiquen detrás de la cárcel.

Y volviéndose hacia Billy Painter, que ya había llegado al suelo, agregó:

—Billy, pinta esa escuela en rojo bien brillante, por dentro y por fuera. Es muy importante.

—¿Cuándo me darás la insignia de jefe de policía? —reclamó Billy—. He leído que los jefes de policía siempre tienen insignias.

—Hazte una —indicó el Mayor, secándose la cara con los faldones de la camisa—. ¡Qué calor! Ese inspector podría haber venido en invierno. ¡Tom, Tom Fisher! Te tengo reservado un puesto muy importante. Ven y te lo explicaré.

Rodeó con su brazo los hombros de Tom y ambos se dirigieron hasta la cabaña del Mayor, pasando por el mercado vacío, por la única ruta pavimentada de la aldea. En otros tiempos el camino era de polvo afirmado. Pero los otros tiempos habían acabado hacía dos semanas y ahora la ruta estaba pavimentada con pedregullo. Caminar descalzo por allí era tan incómodo que los aldeanos preferían cruzar a través de las propiedades privadas. El Mayor, en cambio, utilizaba la ruta por cuestión de principios.

—Oiga, Mayor, estoy de vacaciones y...

—Nadie puede tomarse vacaciones en estos momentos —dijo el Mayor—. Ese hombre vendrá cualquier día de estos.

Hizo pasar a Tom al interior de su cabaña y se instaló en el gran sillón, situado muy cerca de la radio interestelar.

—Tom —dijo el Mayor, directamente—, ¿te gustaría ser criminal?

—No sé —respondió Tom—. ¿Qué es un criminal?

El Mayor se agitó incómodo en su sillón, posando una mano sobre la radio como símbolo de autoridad.

—Es así —dijo, y empezó a explicarle.

Tom prestó atención. Pero cuanto más oía, menos le gustaba la cosa. Debía ser culpa de la radio interestelar. ¿Por qué no se habría descompuesto?

Nadie habría creído que estuviera en condiciones de funcionar. Aquel último vínculo con la Madre Tierra había juntado polvo en esa oficina, de Mayor en Mayor, a través de muchas generaciones. Doscientos años atrás, la Tierra hablaba con Nueva Delaware y con Ford IV, o Alfa del Centauro, o Nueva España, o cualquier otra de las colonias que constituían las Democracias Unidas de la Tierra. De pronto, todas las conversaciones se interrumpieron.

El Planeta Madre parecía estar en guerra. Nueva Delaware, con su única aldea, era demasiado pequeña y estaba demasiado lejos para tomar parte. Aguardaron noticias, pero jamás las hubo. Finalmente, una peste asoló la aldea, llevándose las tres cuartas partes de sus habitantes.

Lentamente, la aldea recuperó la salud. Los pobladores adoptaron sus propios modos de hacer las cosas y acabaron por olvidar a la Tierra.

Pasaron doscientos años.

Y de pronto, hacía dos semanas, la antigua radio había surgido a la vida, tosiendo. Durante varias horas, gruñó y escupió estática, mientras todos los aldeanos aguardaban en

torno a la cabaña del Mayor. Por último, se oyeron algunas palabras:

—¿... oírme, Nueva Delaware? ¿Puede oírme?

—Sí, sí, le escuchamos —dijo el Mayor.

—¿Existe aún la colonia?

—Claro que sí —respondió el Mayor, orgulloso. La voz tomó entonces un tono severo y oficial:

—Durante cierto tiempo no ha habido contacto con las colonias exteriores, debido a las condiciones inestables reinantes aquí. Pero eso ha terminado, con excepción de algunos operativos de limpieza. Ustedes, los de Nueva Delaware, son todavía una colonia de la Tierra Imperial y están sujetos a sus leyes. ¿Reconocen esa condición?

El Mayor vaciló. Todos los libros se referían a la Tierra bajo el término de Democracias Unidas. Bueno, en dos siglos los nombres podían cambiar.

—Seguimos leales a la Tierra —dijo el Mayor, con mucha dignidad.

—Magnífico. Eso nos evitará el problema de enviar una fuerza expedicionaria. Les despacharemos un inspector residente desde el punto más próximo, para averiguar si

ustedes responden a las costumbres, instituciones y tradiciones terrestres.

—¿Qué? —dijo el Mayor, preocupado. La voz severa se volvió chillona.

—Como comprenderá, no hay lugar sino para una sola especie inteligente dentro del Universo: ¡el hombre! Todas las demás deberán ser suprimidas, barridas, aniquiladas. No podemos tolerar extraños a nuestro alrededor. No dudo que usted me entiende, general.

—No soy general, solo Mayor.

—Está a cargo de todo, ¿verdad?

—Sí, pero...

—En ese caso es general. Permítame continuar. En esta galaxia no hay lugar para extraños. ¡No hay lugar! Tampoco para culturas humanas pervertidas, las cuales, por definición, son extrañas. Es imposible administrar un imperio donde cada uno hace lo que le da la gana. Tiene que haber orden. No importa el precio a pagar.

El mayor tragó saliva y miró fijamente la radio.

—Asegúrese de tener a su cargo una colonia terráquea, general, sin desviaciones radicales a nuestras normas, como por ejemplo el libre albedrío, el amor libre, las elecciones

libres o cualquiera de las cosas proscriptas. Esas cosas son extrañas y somos muy rudos con lo extraño. Ponga en orden su colonia, general. El inspector lo visitará en dos semanas. Es todo.

Los aldeanos se reunieron inmediatamente en asamblea, para decidir cómo ajustarse a las indicaciones de la Tierra. La única solución era amoldarse inmediatamente a las normas terráqueas que enseñaban sus libros antiguos.

—Pero no veo por qué tiene que haber un criminal —dijo Tom.

—Esa es una parte muy importante de la sociedad terráquea —explicó el Mayor—. En eso, todos los libros se muestran de acuerdo. El criminal es tan importante como el cartero, digamos, o como el jefe de policía. A diferencia de ellos, el criminal se ocupa de la tarea antisocial. Trabaja contra la sociedad, Tom. Si no hubiese gente que trabajara contra la sociedad, no podría haber gente que trabajara a favor de ella y todos ellos quedarían sin trabajo.

—Sigo sin entender —insistió Tom, meneando la cabeza.

—Sé razonable, Tom. Hemos de tener ciertas cosas. Como rutas pavimentadas, por ejemplo. Todos los libros las mencionan. E iglesias y escuelas y cárceles. Y todos los libros nombran a los delincuentes.

—No lo haré —dijo Tom.

—Ponte en mi lugar —rogó el Mayor—. Ese inspector viene y se encuentra con Billy Painter, el jefe de policía. Pregunta por la cárcel. Y después dice: «¿Y los prisioneros?». Y yo contesto: «No hay, por supuesto. Aquí no tenemos delincuentes». Entonces él dice: «Pero en todas las colonias terráqueas hay delincuentes y usted lo sabe». Y yo tengo que responder: «Ni siquiera sabíamos qué es eso, hasta que busqué la palabra en el diccionario, la semana pasada». «Y para qué tienen entonces esa cárcel,» va a preguntar el inspector; «¿Para qué nombran jefe de policía?».

El mayor hizo una pausa para tomar aliento.

—¿Te das cuenta? Todo se vendría abajo. Se daría cuenta enseguida que no somos como los terrícolas, que estamos fingiendo. ¡Que somos extraños!

—¡Hummm! —farfulló Tom, impresionado a pesar de sí mismo.

—De este otro modo —prosiguió el Mayor, con rapidez—, yo podré decirle: «Claro que tenemos delincuentes, igual que en la Tierra. Tenemos una combinación de ladrón y asesino. El pobre muchacho tuvo una mala crianza y está inadaptado. Sin embargo, nuestro jefe de policía tiene algunas pistas y confiamos arrestarlo en el curso de

veinticuatro horas. Lo pondremos en la cárcel, después lo rehabilitaremos».

—¿Y qué es rehabilitar? —preguntó Tom.

—No lo sé muy bien. Ya me preocuparé por eso cuando llegue el momento. Pero ahora, ¿comprendes lo necesario que es el delito?

—Creo que sí. Pero ¿por qué tengo que ser yo?

—Los demás están muy ocupados. Y tú tienes ojos pequeños. Todos los delincuentes tienen ojos pequeños.

—Los míos no son tan pequeños. No más que los de Ed Weaver.

—Tom, por favor —dijo el Mayor—. ¡Cada uno está haciendo lo suyo! Tú también quieres ayudar, ¿no?

—Supongo que sí —repitió Tom, a desgana.

—Bien. Serás nuestro delincuente. A ver, legalicémoslo.

Y así diciendo entregó a Tom un documento en donde se leía: AUTORIZACIÓN PARA DELINQUIR. *Conste por la presente que Tom Fisher está autorizado como Ladrón y Asesino. Por lo tanto, se le permite acechar en callejones oscuros, rondar por sitios de mala reputación y quebrar la ley.*

Tom lo leyó dos veces de punta a punta y preguntó:

—¿Qué ley?

—Ya te lo haré saber en cuanto la haga —respondió el Mayor—. Todas las colonias terráqueas tienen leyes.

—Pero ¿qué debo hacer?

—Debes robar y matar. Eso es bastante fácil.

El Mayor se dirigió a su biblioteca y tomó dos antiguos volúmenes titulados *El criminal y su medio. Psicología del asesino* y *Estudios sobre las motivaciones del ladrón*.

—Aquí encontrarás cuanto debes saber. Roba tanto como quieras. En cambio, con un asesinato bastará. No hay que excederse.

—Bien —asintió Tom—. Creo que he entendido.

Tomó los libros y regresó a su cabaña.

Hacía mucho calor y toda aquella charla sobre el delito lo había dejado cansado y confundido. Se recostó en la cama y empezó a leer los antiguos libros.

Alguien llamó a su puerta.

—Adelante —dijo Tom, frotándose los ojos cansados.

Entró Marv Carpenter, el mayor y más alto de los pelirrojos Carpenter, seguido por el viejo Jed Farmer. Los dos llevaban una pequeña bolsa.

—¿Eres el delincuente de la ciudad, Tom?: preguntó Marv.

—Así parece.

—En ese caso, esto es para ti.

Dejaron la bolsa en el suelo y de allí sacaron un hacha, dos cuchillos, una espada corta y dos cachiporras.

—¿Qué es todo eso? —preguntó Tom, irguiéndose.

—Armas, por supuesto —respondió Jed Farmer—. No hay verdaderos criminales sin armas.

Tom se rascó la cabeza.

—¿De veras? —preguntó.

—Será mejor que empieces a averiguar estas cosas por tu cuenta —indicó Farmer, en tono de impaciencia—. No es cosa de que te lo demos todo hecho.

Marv Carpenter guiñó un ojo a Tom, explicando:

—Jed está resentido porque el Mayor lo nombró cartero.

—Cumpliré con lo mío —dijo Jed—. Pero no me gusta tener que repartir tantas cartas.

—No puede ser tan difícil —observó Marv Carpenter, sonriendo—, si lo hacen los carteros terrícolas, donde hay mucha más gente. Buena suerte, Tom.

Y se marcharon.

Tom se inclinó para examinar las armas. Las conocía, pues los viejos libros las mostraban a montones. Pero nadie había usado nunca un arma en Nueva Delaware. Los únicos animales del planeta eran pequeños y peludos, herbívoros sin lugar a dudas. En cuanto a volver un arma contra otro aldeano, ¿qué motivos había para ello?

Recogió uno de los cuchillos. Era frío. Tocó la punta y la encontró muy aguda.

Sin apartar la vista de las armas, empezó a recorrer la habitación a grandes pasos. Esos objetos le producían una extraña sensación de vacío en la boca del estómago. Tal vez se había apresurado demasiado en aceptar el trabajo.

Pero no servía de nada preocuparse por todo eso. Todavía le faltaba leer todos esos libros. Después, tal vez encontrara algún sentido a todo aquello.

Pasó varias horas leyendo, con una sola interrupción, para tomar un ligero almuerzo. Los libros eran bastante comprensibles; explicaban claramente los diversos métodos delictivos y algunos con diagramas. Pero todo le parecía irrazonable. ¿Qué finalidad tenía el delito? ¿A quién beneficiaba? ¿Qué ganaba la gente con eso?

Los libros no explicaban esa parte. Los hojeó, mirando las fotografías de delincuentes. Parecían muy serios y responsables, extremadamente conscientes de la importancia que su trabajo tenía para la sociedad.

Tom habría querido descubrir cuál era esa importancia. Tal vez así las cosas resultarían más sencillas.

—¿Tom? —le llamó el Mayor, desde fuera.

—Estoy aquí, Mayor.

Se abrió la puerta y el Mayor echó una mirada furtiva al interior. Detrás venían Jane Farmer y Mary Waterman y Alice Cook.

—¿Y bien? —preguntó el Mayor.

—¿Y bien qué?

—¿Cuándo comienzas a trabajar?

Tom sonrió, consciente de su importancia.

—En eso estoy —dijo—. Empecé a leer estos libros, para ver si...

Las tres maduras damas le echaron una mirada intensa y Tom se interrumpió cohibido.

—Te tomas mucho tiempo para leer —dijo Alice Cook.

—Todos los demás están trabajando —dijo Jane Farmer.

—¿Qué tiene de difícil un robo? —preguntó Mary Waterman, desafiante.

—Es verdad —le dijo el Mayor—. Ese inspector puede llegar en cualquier momento y no tenemos un delito que mostrarle.

—Está bien, está bien —musitó Tom.

Sujetó un cuchillo y una cachiporra a su cinturón, se metió el saco en el bolsillo (para guardar el botín) y salió a grandes pasos.

Pero ¿dónde ir? Iba avanzando la tarde. El mercado, que era el sitio más lógico para robar, estaría vacío hasta el anochecer. Además, no quería cometer un robo a la luz del día. Parecía poco profesional.

Desplegó su autorización para delinquir y volvió a leerla. *Se permite rondar por sitios de mala reputación...*

¡Eso! Rondaría por un sitio de mala reputación. Allí podría forjar algunos planes y ponerse en clima. Pero, por desgracia, la aldea no ofrecía mucho para escoger. Estaba el Pequeño Restaurante, de las hermanas Ames, todas viudas; y el Salón de Jeff Hern y por último la taberna de Ed Beer.

Tendría que conformarse con la taberna de Ed.

Era una cabaña muy parecida a las otras que formaban la aldea. Tenía una sala grande para los clientes, una cocina y los dormitorios de la familia. La esposa de Ed se encargaba de la cocina y mantenía el negocio tan limpio como le era posible, considerando que sufría de la espalda. Ed servía las bebidas; era un hombre pálido de ojos soñolientos, cuyo principal talento era crearse problemas por cualquier cosa.

—¡Hola!, Tom —le saludó Ed—. Me he enterado de que eres nuestro delincuente.

—Es cierto —dijo Tom—. Sírveme una perneóla.

Ed Beer le sirvió aquel extracto de raíz sin alcohol y permaneció de pie ante su mesa, con aspecto ansioso.

—¿Y cómo es que no estás robando? —preguntó.

—Estoy haciendo planes —explicó Tom—. Mi autorización dice que debo rondar por sitios de mala reputación. Por eso he venido.

—¿Te parece bien? —observó Ed Beer, entristecido—. Este no es lugar de mala reputación, Tom.

—Sirves la peor comida de la ciudad —indicó Tom.

—Ya lo sé. Mi mujer no sabe cocinar. Pero aquí hay un ambiente de camaradería. A la gente le gusta.

—Todo eso ha cambiado, Ed. Esta taberna será mi reducto.

Ed Beer dejó caer los hombros, murmurando:

—Uno trata de hacer que el lugar sea cómodo para todo el mundo y así le pagan.

Tom se dedicó a cavilar, cosa terriblemente difícil. Cuanto más trataba, menos lo conseguía. Pero se empeñó en ello.

Una hora después, Richie Farmer, el hijo menor de Jed, asomó la cabeza por la puerta.

—¿Todavía no robaste nada, Tom?

—Todavía no —respondió Tom, acodado sobre la mesa y caviloso aún.

La tarde abrasadora transcurrió lentamente. Por las ventanitas de la taberna, cuyos vidrios no estaban muy limpios, asomaron retazos de crepúsculo. Fuera empezó a cantar un grillo y el primer susurro del viento nocturno agitó los bosques cercanos.

El gran George Waterman y Max Weaver entraron para pedir un vaso de glava y tomaron asiento junto a Tom.

—¿Cómo va eso? —preguntó George Waterman.

—No muy bien —dijo Tom—. Parece que no entiendo del todo esto del robo. Si alguien puede hacerlo, ese eres tú.

—Tenemos confianza en ti, Tom —le aseguró Weaver.

Tom les dio las gracias. Los hombres vaciaron las copas y se marcharon. Él continuó pensando con la vista fija en su vaso de perneóla, ya vacío.

Una hora después, Ed Beer se aclaró la garganta, como para pedir disculpas.

—No es cosa mía, Tom, pero ¿cuándo piensas robar algo?

—Ahora mismo —dijo Tom.

Se levantó. Tras verificar que sus armas seguían en su lugar se marchó a paso firme.

En el mercado habían empezado las ventas nocturnas. Las mercaderías se apilaban descuidadamente en los bancos, o estaban esparcidas en el césped, sobre colchones de paja. No había moneda ni valor alguno para el cambio. Diez clavos forjados a mano equivalían a un cántaro de leche o a dos pescados, o viceversa, según lo que cada uno tenía para vender y lo que necesitaba en ese momento. Nadie se molestaba en anotar nada. Aquella era una costumbre terráquea que el Mayor trataba infructuosamente de implantar.

Todo el mundo recibió a Tom con grandes saludos:

—Así que robando, ¿eh, Tom?

—¡Adelante muchacho!

—¡Te sabemos capaz!

Nadie en la aldea había presenciado nunca un auténtico robo. Lo consideraban como una costumbre exótica de la Tierra distante y deseaban ver cómo era. Todos dejaron sus mercaderías y siguieron a Tom por el mercado, observándolo ávidamente.

Tom descubrió que le temblaban las manos. No le gustaba eso de tener tantos espectadores. Sería mejor trabajar con celeridad, mientras todavía le quedara coraje.

Se detuvo abruptamente frente al banco de la señora Miller, cargado de frutas.

—Lindas gifas —observó, en tono despreocupado.

—Son frescas —le dijo la señora Miller.

Era una anciana menuda y de ojos brillantes. Tom recordó cuánto solía charlar esa mujer con su madre, cuando él tenía aún los padres vivos.

—Parecen muy sabrosas —dijo, preguntándose por qué no se habría detenido en otro sitio.

—¡Oh!, lo son —afirmó la señora Miller—. Las recogí esta misma tarde.

—¿Está por robar? —susurró alguien.

—Claro. Observa —respondió otro.

Tom recogió una gifa verde y brillante y la inspeccionó. Entre la multitud se hizo un súbito silencio.

—Parece muy sabrosa, por cierto —dijo Tom y volvió a colocar la gifa en su sitio.

La multitud soltó un suspiro largamente contenido. Max Weaver y su esposa, con los cinco hijos, ocupaban el banco siguiente.

Esa noche exhibían dos frazadas y una camisa. Cuando Tom se acercó, seguido por la multitud le sonrieron con timidez.

—Esta camisa es de tu talla —le informó Weaver. Habría querido que la gente se retirara y dejara trabajar tranquilo al muchacho.

—¡Humm! —murmuró Tom, recogiendo la camisa.

La multitud se agitó, llena de emoción. Una muchacha empezó a reír histéricamente. Tom sujetó con fuerza la camisa y abrió la bolsa del botín.

—¡Un momento!

Billy Painter se abrió paso por entre la gente. Ya llevaba puesta su insignia: una vieja moneda terráquea, lustrada y sujeta al cinturón. Lucía una expresión indiscutiblemente oficial.

—¿Qué ibas a hacer con esa camisa, Tom? —preguntó Billy.

—Vaya..., solamente la estaba mirando.

—Conque solamente mirándola, ¿eh? —Billy se volvió, con las manos a la espalda. De pronto giró sus talones y extendió un índice acusador—. No creo que estuvieses solamente mirándola, Tom. ¡Creo que estabas pensando en robarla!

Tom no respondió. En una mano tenía el famoso saco, que pendía flojamente y en la otra la camisa.

—Como jefe de policía —prosiguió Billy—, tengo el deber de proteger a esta gente. Me resultas sospechoso. Creo que será mejor detenerte y proceder al interrogatorio.

Tom bajó la cabeza. No esperaba eso, pero daba lo mismo. Una vez en la cárcel, todo estaría cumplido. Y cuando Billy lo soltara, podría volver a su pesca.

De pronto, el Mayor se acercó a grandes pasos a través de la multitud, con la camisa flameándole furiosamente en torno a la cintura.

—Billy, ¿qué haces?

—Cumpló con mi deber, Mayor. Tom está actuando de un modo muy sospechoso. El libro dice...

—Ya sé lo que dice el libro —replicó el Mayor—. Fui yo quien te lo dio. Pero no puedes arrestar a Tom. Todavía no.

—¡Pero si no hay otro delincuente en la aldea! —se quejó Billy.

—Eso no tiene remedio —dijo el Mayor. Billy apretó los labios.

—El libro dice que hay una labor policial preventiva. Se supone que debo impedir que los delincuentes actúen.

El Mayor alzó las manos y las dejó caer, con aspecto cansado.

—Billy, ¿no entiendes? La aldea necesita un prontuario policial. Tú también puedes ayudar.

Billy se encogió de hombros.

—Está bien, Mayor. Yo solo trataba de cumplir con mi deber.

Se volvió para retirarse, pero giró otra vez para mirar a Tom.

—Ya te atraparé. No lo olvides: el delito no rinde beneficios.

Y se marchó a paso firme.

—Es demasiado ambicioso, Tom —explicó el Mayor—. Olvídate de esto. Anda y roba algo. Terminemos con este asunto.

Tom dio varios pasos hacia el bosque verde que rodeaba la aldea.

—¿Qué pasa, Tom? —preguntó el Mayor, preocupado.

—Ya no tengo ánimos —dijo Tom—. Tal vez mañana a la noche...

—No, tiene que ser ahora —insistió el Mayor—. No puede seguir postergándolo. Vamos, nosotros te ayudaremos.

—Claro que sí —dijo Max Weaver—. Roba la camisa, Tom. De cualquier modo, es de tu talla.

—¿Qué te parece esta linda jarra de agua, Tom?

—Mira estas nueces de esquije.

Tom paseó la mirada de banco en banco. Mientras extendía la mano para tomar la camisa de Weaver, un cuchillo se deslizó de su cinturón y cayó al suelo. La multitud soltó un murmullo solidario.

Tom volvió a ponerlo en su sitio, transpirando; tenía conciencia de que estaba dando la imagen de un torpe. Alargó la mano, tomó la camisa y la metió en el saco del botín. La multitud aplaudió, alentándolo.

Tom esbozó una débil sonrisa; se sentía algo mejor.

—Creo que ya le voy tomando la mano —dijo.

—Claro que sí.

—Sabíamos que eras capaz de hacerlo.

—Toma algo más, muchacho.

Tom recorrió el mercado y tomó un trozo de cuerda, un puñado de nueces de esquiye y un sombrero de paja.

—Creo que con esto bastará —dijo al Mayor.

—Por ahora sí —replicó este—. En realidad, eso no cuenta. Es lo mismo que si la gente te lo hubiese regalado. Pero te vino bien como práctica.

—¡Oh! —exclamó Tom, desilusionado.

—Ahora sabes cómo se hace. La próxima vez será más fácil.

—Eso creo.

—Y no olvides el asesinato.

—¿Es realmente necesario? —preguntó Tom.

—¡Ojalá no lo fuera! —dijo el Mayor—. Pero esta colonia lleva más de doscientos años establecida aquí sin que hayamos tenido un solo asesinato. ¡Ni uno! Según los registros, las otras los tienen a montones.

—Supongo que necesitamos uno —admitió Tom—. Ya me encargaré de eso.

Y se encaminó hacia su cabaña. La multitud lo despidió con aclamaciones.

Ya en su casa, Tom encendió una lámpara y se preparó la cena. Después de comer permaneció largo tiempo sentado en un gran sillón. No estaba contento consigo mismo. En realidad, no se había desempeñado bien en el robo. Después de vacilar y preocuparse durante todo el día, la gente había tenido que ponerle las cosas en la mano, o poco menos.

¿Qué clase de ladrón era?

Además no tenía excusas. El robo y el asesinato eran un trabajo tan útil como cualquier otro. Que nunca los hubiera ensayado antes, que no les encontrara sentido, no eran razones para chapucear tanto.

Se dirigió hacia la puerta. Era una bella noche, iluminada por diez o doce estrellas cercanas y gigantescas. El mercado había quedado nuevamente desierto, y las luces de la aldea se iban apagando una a una.

¡Aquel era el momento adecuado para robar! Esa idea le provocó un escalofrío. Se sintió orgulloso de sí mismo. Así pensaban los criminales, así debía ser el robo: acechar, noche y día.

Tom verificó rápidamente sus armas, vació el saco del botín y salió de la cabaña.

Las últimas luces se habían extinguido. Tom cruzó silenciosamente la aldea. Llegó a la casa de Roger Waterman. El gran Roger había dejado su pala apoyada contra la pared. Tom la recogió. Calle abajo se veía la jarra de agua de la señora Weaver, en el lugar de costumbre, junto a la puerta principal. Tom la tomó. Al regresar a su casa encontró un caballito de madera olvidado por algún niño y lo unió al resto.

Una vez que las mercancías estuvieron seguras en su casa, experimentó una agradable satisfacción. Decidió hacer otro intento.

En la segunda vuelta regresó con una placa de bronce proveniente de la casa del Mayor, con el mejor serrucho de Marv Carpenter y la hoz de Jed Farmer.

—No está mal —se dijo.

Ya le estaba tomando la mano al trabajo. Con una carga más, se habría ganado la noche.

Esa vez encontró un martillo y un formón en el cobertizo de Ron Stone y un canasto de juncos en la casa de Alice Cook. Cuando estaba por tomar el rastrillo de Jef Hern, oyó un débil ruido y se apretó contra una pared.

Billy Painter hacía lentamente su ronda, con la insignia centelleando bajo la luz de las estrellas. En una mano llevaba una cachiporra corta y pesada; en la otra, un par de esposas

caseras. Su rostro tenía una expresión amenazadora en aquella penumbra. Era el rostro de un hombre que se había armado contra el delito, aunque no sabía muy bien en qué consistía.

Tom contuvo el aliento. Billy Painter pasó a pocos metros de él. Tom, lentamente, retrocedió. El saco del botín soltó un tintineo.

—¿Quién va? —gritó Billy.

Al no obtener respuesta, caminó en círculo, a pasos lentos, tratando de atravesar las sombras con su mirada. Tom se apretó cuanto pudo contra la pared. Era casi seguro que Billy no lo vería; tenía mala vista, debido a los vapores de la pintura. Todos los pintores tienen mala vista; esa es una de las razones de su mal humor.

—¿Eres tú, Tom? —preguntó Billy, en tono amistoso.

Tom iba a responder, pero en ese momento notó que la cachiporra del otro estaba en posición de ataque y guardó silencio.

—Te atraparé —chilló Billy.

—¡Bueno hazlo por la mañana! —gritó Jeff Hern desde la ventana de su dormitorio—. Aquí hay gente que quiere dormir.

Billy se alejó. Cuando se hubo marchado, Tom corrió a su casa y juntó su nuevo botín con el resto, apilado en el suelo para contemplarlo con orgullo. Aquello le daba la satisfacción del deber cumplido.

Tras un vaso de glava fría, Tom se acostó y se durmió tranquilamente de inmediato, sin soñar.

A la mañana siguiente, Tom salió a ver cómo andaba la construcción de la escuela roja. Los Carpenter estaban trabajando fuerte, ayudados por varios aldeanos.

—¿Cómo anda eso? —gritó alegremente Tom.

—Bien —respondió Marv Carpenter—. Pero andaría mejor si yo tuviera mi serrucho.

—¿Tu serrucho? —preguntó él sin comprender.

Tardó un instante en recordar que lo había robado la noche anterior. En aquel momento no parecía pertenecer a nadie. El serrucho, como todo lo demás, era algo a ser robado. No se le había ocurrido siquiera pensar que alguien podría necesitarlo.

Marv Carpenter preguntó:

—¿Crees que podrías devolvérmelo por un rato? Cosa de una hora.

—No sé —dijo Tom, arrugando el ceño—. Ha sido legalmente robado, como sabes.

—Claro, claro. Pero si me lo prestaras...

—Tendrías que devolvérmelo.

—Por supuesto que te lo devolveré —exclamó Marv, indignado—. ¿Cómo voy a quedarme con algo que ha sido legalmente robado?

—Está en mi casa, con el resto del botín. —Marv le dio las gracias y fue a buscarlo. Tom empezó a pasear por la aldea, hasta llegar a la casa del Mayor. Este, de pie en la puerta, contemplaba el cielo.

—Tom, ¿tú te llevaste la placa de bronce? —preguntó.

—Por cierto —respondió Tom, belicoso.

—¡Oh!, preguntaba, nada más.

Y el Mayor señaló hacia lo alto, diciendo:

—¿La ves?

—¿Qué cosa? —preguntó Tom, mirando.

—Esa mota negra, cerca del borde del sol pequeño.

—Sí. ¿Qué es?

—Apostaría a que es la nave del inspector. ¿Cómo anda tu trabajo?

—Muy bien —respondió Tom, algo incómodo.

—¿Has planeado ya un asesinato?

—Tengo algún problema con eso —confesó Tom—. A decir verdad, no he avanzado nada al respecto.

—Entra, Tom, quiero hablar contigo. —Una vez en la fresca penumbra de la sala, el Mayor sirvió dos vasos de glava e indicó una silla a Tom.

—Se nos está acabando el tiempo —dijo, sombrío—. El inspector puede aterrizar en cualquier momento. Y estoy muy ocupado.

Señaló con un ademán la radio interestelar.

—*Esa* estuvo hablando otra vez. Dijo algo sobre una revuelta en Deng IV y que todas las colonias leales a la Tierra deben prepararse para lo que sea. Nunca oí nombrar a Deng IV, pero tendré que empezar a preocuparme de eso, además de todo lo otro.

Y clavó en Tom una mirada severa.

—Los criminales terrícolas cometen diez asesinatos por día sin que se les mueva un cabello. La aldea solo te pide un pequeño homicidio. ¿Es demasiado pedir?

Tom estiró las manos, nervioso.

—¿Crees que es necesario? —preguntó.

—Sabes que sí —respondió el Mayor—. Si vamos a ser terráqueos, tenemos que serlo en todo. Esto es lo único que nos está demorando. Todos los otros proyectos marchan bien.

En ese momento entró Billy Painter, vistiendo una nueva camisa azul de uniforme con botones metálicos brillantes, y se dejó caer en una silla.

—¿Has matado a alguien, Tom?

—Quiere saber si es necesario —dijo el Mayor.

—Claro que lo es —afirmó, el jefe de policía—. Lee cualquier libro. No serás gran cosa como delincuente si no cometes un asesinato.

—¿A quién has elegido, Tom? —preguntó el Mayor. Tom se agitó incómodo en la silla, frotándose los dedos con ademán nervioso—. ¿Y bien?

—¡Oh!, mataré a Jeff Hern —barbotó Tom.

Billy Painter se inclinó hacia adelante, preguntando:

—¿Por qué a él?

—¿Por qué? ¿Y por qué no?

—¿Qué motivos tienes?

—¿No quieren un asesinato? —replicó Tom—. ¿Qué tienen que ver los motivos?

—Los asesinatos falsos no sirven —explicó el jefe de policía—. Hay que hacerlo bien. Y para eso debes tener un motivo adecuado.

Tom caviló por un instante.

—Bueno, Jeff y yo no somos muy íntimos. ¿Sirve ese motivo?

—No, Tom —dijo el Mayor, meneando la cabeza—. Será mejor que elijas a otro.

—A ver... ¿Y George Waterman?

—¿Qué motivos tienes? —preguntó Billy de inmediato.

—¡Oh!... ejem... Bueno, no me gusta su modo de caminar. Nunca me gustó. Y es muy alborotador, algunas veces. —El Mayor asintió, aprobando.

—Me parece bien. ¿Y a ti, Billy?

—¿Cómo voy a deducir un motivo como ese? —observó Billy, enojado—. No, eso estaría bien para un crimen pasional. Pero tú eres un delincuente legal, Tom. Por definición, eres frío, despiadado y astuto. No puedes matar a alguien porque no te guste su forma de caminar. Eso es tonto.

—Será mejor que lo piense bien —dijo Tom, levantándose.

—No tardes demasiado —le dijo el Mayor—. Cuanto antes, mejor.

Tom, asintiendo, se dirigió hacia la puerta.

—¡Ah, Tom! —le llamó Billy—. ¡No te olvides de dejar pistas! Son muy importantes.

—Está bien —dijo Tom y se marchó. Ya en la calle, notó que casi todos los aldeanos miraban al cielo. La mota negra había aumentado considerablemente de tamaño y cubría la mayor parte del sol pequeño.

Tom se dirigió a un lugar de mala reputación para meditar. Ed Beer, por lo visto, había cambiado de idea con respecto a la conveniencia de tener elementos criminales en su establecimiento. La taberna estaba decorada de nuevo y lucía un gran letrero: GUARIDA DEL DELINCUENTE. Las

ventanas tenían cortinas nuevas, cuidadosamente ensuciadas, que no permitían pasar la luz del sol y daban a la taberna todo el aspecto de un sitio tenebroso. En una pared colgaban varias armas, apresuradamente talladas en madera blanda. En otra se veía una gran mancha roja, realmente ominosa, aunque Tom comprendió que era solo la pintura que Billy Painter preparaba con zarzarráices.

Tom sorbió una perricola y empezó a cavilar.

Tenía que cometer un asesinato.

Sacó su autorización para delinquir y la contempló. Era algo desagradable, repulsivo, que habitualmente no haría, pero era su obligación legal.

Tom bebió su perricola y se concentró en el asesinato, diciendo que debía matar a alguien. Tenía que apagar una vida. Alguien cesaría de existir.

Pero las frases no contenían la esencia del acto. Eran solo palabras. Para aclarar sus pensamientos, tomó como ejemplo a Marv Carpenter, el corpulento pelirrojo. Ese día, Marv estaba trabajando en la escuela con el serrucho prestado. Si Tom lo mataba... Bueno, Marv no volvería a trabajar.

Tom sacudió la cabeza, impaciente. Seguía sin captar la idea.

A ver, ahí tenía a Marv Carpenter, el más corpulento, el más simpático de la familia, según muchas opiniones. Se lo impidió colocando un trozo de madera sujetando con firmeza la tabla entre sus manazas pecosas, mirando de reojo la línea que había trazado. Sediento, sin duda, y con ese leve dolor en el hombro izquierdo que *Jan Druggist* venía tratando sin resultado.

Así era Marv Carpenter. Y de pronto.

Marv Carpenter tirado en el suelo, con los ojos abiertos y vidriosos, los miembros tiesos, la boca torcida; sin aire en los pulmones, sin latidos en el corazón. Jamás volvería a sentir ese leve dolor en el hombro, insignificante, en realidad, que *Jan Druggist*...

Por un momento, Tom tuvo una visión de lo que era un asesinato. Aquello pasó, pero dejó en su memoria lo suficiente como para hacerle sentirse mal.

El robo era soportable. Pero el asesinato, aunque fuera en bien de los intereses de la aldea...

¿Qué pensarían las gentes al ver lo que él acababa de imaginar? ¿Cómo podría vivir entre los demás? ¿Cómo viviría consigo mismo, después de aquello?

Y sin embargo, era necesario matar. Todos los de la aldea tenían su trabajo, y ese era el suyo.

Pero ¿a quién asesinar?

El alboroto se produjo más tarde, cuando la radio interestelar se pobló de voces coléricas.

—¿Y a eso llaman colonia? ¿Dónde está la capital?

—Es esta —dijo el Mayor.

—¿Dónde está la pista de aterrizaje?

—Creo que se ha usado como dehesa —respondió el Mayor—. Podría averiguar dónde estaba. Es que no se han producido aterrizajes desde...

—En ese caso, la nave principal permanecerá en el aire. Reúna a sus funcionarios. Bajaré de inmediato.

Toda la aldea se reunió en torno a un terreno abierto designado por el inspector. Tom se ajustó las armas y se ocultó tras un árbol, al acecho.

Una pequeña nave se separó de la grande e inició un rápido descenso. Los aldeanos, conteniendo el aliento, tuvieron la certeza de que se estrellaría en el terreno. En el último instante, los eyectores soltaron una llamarada, chamuscando el pasto y la nave se posó en tierra con toda suavidad.

El Mayor se adelantó, seguido por Billy Painter. Se abrió una puerta de la nave, por ella salieron cuatro hombres a paso de marcha, todos provistos de instrumentos metálicos brillantes que Tom reconoció como armas. Detrás venía un hombre corpulento y de cara rojiza, vestido de negro, con cuatro medallas relucientes. Lo seguía un hombrecito de rostro arrugado, también vestido de negro. Otros cuatro hombres de uniforme cerraban la marcha.

—Bienvenidos a Nueva Delaware —saludó el Mayor.

—Gracias, —dijo el hombre corpulento, estrechando con fuerza la mano del Mayor—. Soy el inspector Delumaine. El señor Grent, mi consejero político.

Grent saludó al Mayor con una inclinación de cabeza, ignorando su mano extendida y contempló a los aldeanos con una expresión de leve disgusto.

—Recorreremos la aldea —dijo el inspector, mirando a Grent por el rabillo del ojo.

Este asintió. Los guardias uniformados cerraron círculo en torno a ellos.

Tom los siguió a una distancia prudente, acechando como un verdadero criminal. Ya en la aldea, se ocultó tras una casa para observar la inspección.

El Mayor les mostró, con justificado orgullo, la cárcel, la oficina de correos, la iglesia y la escuela roja. El inspector parecía desconcertado. El señor Grent, con una sonrisa desagradable, se frotaba la barbilla.

—Tal como pensé —dijo el inspector—. Hemos perdido tiempo y combustible; no valía la pena venir hasta aquí con un crucero de guerra. No tienen nada de valor.

—No estoy tan seguro —dijo el señor Grent y se volvió hacia el Mayor—. ¿Para qué construyeron todo esto, general?

—Vaya, para ser terráqueos —respondió este—. Estamos haciendo lo mejor que podemos, como usted ve.

El señor Grent susurró algo al oído del inspector.

—Dígame —preguntó el inspector al Mayor—, ¿cuántos hombres jóvenes hay en la aldea?

—¿Cómo dice? —inquirió el Mayor, cortés, pero confundido.

—Hombres jóvenes, entre quince y sesenta años —explicó Grent.

—Vea, general —agregó el inspector—, la Madre Tierra Imperial está en guerra. Deng IV y algunas otras colonias han

olvidado su origen y se han rebelado contra la autoridad absoluta de la Madre Tierra.

—Cuánto lo siento —musitó el Mayor, en tono de solidaridad.

—Necesitamos hombres para la flota espacial —dijo el inspector—. Hombres sanos, fuertes, buenos para la batalla. Nuestras reservas están agotadas.

El señor Grent intervino suavemente:

—Deseamos dar a todos los colonos leales a la Tierra la oportunidad de defender a la Madre Tierra Imperial. Ustedes no rehusarán, sin duda.

—¡Oh, no! —dijo el Mayor—, claro que no. Nuestros jóvenes irán con gusto... En realidad, no tienen mucha práctica en todo eso, pero son todos inteligentes y sé que aprenderán.

—¿Ve usted? —dijo el inspector al señor Grent—. Sesenta, setenta, quizá un centenar de reclutas. Después de todo, no hemos perdido tanto el tiempo.

El señor Grent parecía tener sus dudas.

El inspector y su consejero se dirigieron a la casa del Mayor para tomar un refresco, acompañados por cuatro soldados. Los otros cuatro se dedicaron a recorrer la aldea.

Tom se ocultó en los bosques cercanos para cavilar. Al anochecer, la esposa de Ed Beer salió furtivamente de la aldea. Era una mujer de mediana edad, flaca, de pelo rubio ceniciento. Pero avanzaba con bastante celeridad, a pesar de su reumatismo. Llevaba un cesto cubierto con una servilleta a cuadros rojos.

—Aquí tienes la cena —dijo, al encontrar a Tom.

—¡Vaya, gracias! —exclamó Tom, sorprendido—. No tenía por qué tomarse tanta molestia.

—Cómo no. Nuestra taberna es tu sitio de mala reputación, ¿verdad? Somos responsables de tu bienestar. Además, el Mayor te envía un mensaje.

Tom levantó la vista, con la boca llena de comida.

—¿Cuál?

—Dice que te des prisa con el asesinato. Está esquivando el bulto ante el inspector y ese detestable hombrecito, el señor Grent. Pero se lo van a preguntar, no cabe duda.

»¿Cuándo lo harás? —preguntó la señora Beer, inclinando a un lado la cabeza.

—No debo revelarlo.

—Claro que debes —afirmó la señora Beer, acercándose más—. Yo soy tu cómplice.

—Es cierto —admitió Tom, pensativo—. Bueno, lo haré esta noche. Cuando oscurezca. Dígale a Billy Painter que dejaré tantas huellas como sea posible y cualquier otra pista que se me ocurra.

—Está bien, Tom —dijo la señora Beer—. Buena suerte.

Tom aguardó a que oscureciera, sin dejar de contemplar la aldea. Notó que casi todos los soldados habían estado bebiendo y andaban tambaleándose por allí como si los aldeanos no existieran. Uno de ellos disparó su arma al aire, asustando a todos los pequeños herbívoros velludos de varios kilómetros a la redonda.

El inspector y el señor Grent seguían en casa del Mayor.

Llegó la noche. Tom se deslizó hasta la aldea y buscó escondrijo en un callejón abierto entre dos casas. Cuchillo en mano, esperó.

¡Alguien se aproximaba! Trató de recordar sus métodos criminales, pero ninguno le vino a la mente. Tendría que hacer lo que pudiera y pronto.

La persona llegó a su lado, irreconocible en la oscuridad.

—¡Oh!, ¡hola! Tom.

Era el Mayor. Se quedó mirando el cuchillo.

—¿Qué haces?

—Usted dijo que necesitaba un asesinato, así que...

—Pero no me refería a mí —dijo el Mayor, retrocediendo.
No puedes elegirme a mí.

—¿Por qué no?

—Bien, para empezar, alguien tiene que atender al inspector. Me está esperando. Alguien tiene que mostrarle...

—Billy Painter puede encargarse de eso —dijo Tom. Sujetó al Mayor por la pechera de la camisa, levantó el cuchillo y lo dirigió a la garganta.

—En esto no hay nada personal, por supuesto —agregó.

—¡Espera! —gritó el Mayor—. Si no hay nada personal, no tienes motivo.

Tom bajó el cuchillo, sin soltar al Mayor.

—Se me ocurre uno. Me ha molestado mucho que usted me nombrara delincuente.

—Fue el Mayor quien te nombró, ¿verdad?

—Sí, por supuesto.

El mayor sacó a Tom de entre las sombras, llevándolo a la luz de las estrellas, y dijo:

—¡Mira!

Tom dio un salto. El Mayor vestía unos pantalones largos, con la raya bien marcada y una túnica resplandeciente de medallas. En cada hombro llevaba una doble hilera de diez estrellas y su sombrero estaba tachonado por muchos galones de oro en forma de cometas.

—¿Ves, Tom? Ya no soy el Mayor. ¡Soy general!

—¿Y eso qué tiene que ver? Usted es la misma persona, ¿no?

—Oficialmente, no. Te perdiste la ceremonia esta tarde. El inspector dijo que, como yo era general, desde el punto de vista oficial, tenía que usar un uniforme de general. Fue una ceremonia muy simpática. Todos los terráqueos me sonreían y me guiñaban el ojo y se lo guiñaban entre sí.

Tom volvió a levantar el cuchillo como para rematar un pez.

—Mis felicitaciones —dijo, sinceramente—, pero cuando usted me nombró delincuente era Mayor, así que mis motivos siguen en pie.

—¡Pero no matarías al Mayor, sino al general! ¡Y eso no es un asesinato!

—¿Ah, no? ¿Y qué es, en ese caso?

—¡Vaya, matar a un general es motín!

—¡Oh! —musitó Tom, bajando el cuchillo y soltando al Mayor—. Lo siento.

—Está bien, está bien —dijo el Mayor—. Es un error lógico. Yo he leído sobre eso y tú no; claro, no te hacía falta. —Tomó aliento y agregó:

»Será mejor que regrese. El inspector quiere una nómina de los hombres que puede alistar.

—¿Está seguro de que hace falta asesinar a alguien? —preguntó Tom.

—Sí, completamente seguro —respondió el Mayor, alejándose deprisa—. Pero a mí no.

Tom volvió a poner el cuchillo en el cinturón.

A mí no. A mí no. Todos pensarían lo mismo. Sin embargo, alguien tenía que ser la víctima. ¿Quién? No podía matarse a sí mismo. Eso sería suicidio y no serviría.

Empezó a temblar, tratando de no pensar en la fugaz imagen del asesinato que tuviera esa mañana. Había que hacerlo.

¡Alguien venía!

La persona se aproximó. Tom se agachó, con los músculos preparados para el salto.

Era la señora Miller, que volvía a su casa con una bolsa de hortalizas.

Tom se dijo que no importaba si era la señora Miller o cualquier otro. Pero no podía olvidar aquellas conversaciones de su madre con esa mujer. Eso lo dejaba sin motivos.

La señora Miller pasó sin verlo.

Esperó media hora. Otra persona pasó por el callejón oscuro entre las dos casas.

Era Max Weaver.

Tom siempre le había tenido aprecio. Pero eso no significaba que no hubiera un motivo. Sin embargo, solo pudo recordar que Max tenía una esposa y cinco hijos; lo adoraban y lo echarían de menos. No era cosa de que Billy Painter rechazara después ese motivo. Se encogió entre las sombras y dejó que Max pasara sin problemas.

Después fueron los tres Carpenter. Tom ya había tenido una dolorosa experiencia con ellos y los dejó seguir camino.

Más tarde se acercó Roger Waterman. No tenía motivos para matar a Roger, pero nunca habían sido muy amigos. Además, Roger no tenía hijos y la esposa no lo quería. ¿Alcanzaría eso para Billy Painter?

No, no alcanzaba. Y lo mismo sería con cada uno de los aldeanos. Tom había crecido entre ellos, compartiendo la comida, el trabajo, las alegrías y las penas. ¿Qué motivo podía encontrar para matar a cualquiera de ellos?

Pero estaba obligado a cometer un asesinato. Así lo requería su autorización para delinquir. Sin embargo, no podía matar a quienes conocía de toda la vida.

«¡Un momento!», se dijo, súbitamente excitado. ¡Podía matar al inspector!

¿Motivos? Vaya, sería un crimen aún más atroz que asesinar al Mayor (aunque, por supuesto, el Mayor ya era general y eso convertía el asesinato en motín). Pero aunque el Mayor fuera aún Mayor, el inspector sería una víctima mucho más importante. El asesinato lo llevaría a la gloria, a la fama, a la notoriedad. Y demostraría a la Tierra que la colonia era auténticamente terráquea. Todos dirían: «La delincuencia es tan grande en Nueva Delaware que no se puede aterrizar allí. ¡Pero si un criminal mató a nuestro

inspector en el mismo día de su llegada! El peor criminal de todo el espacio».

Sería un crimen realmente espectacular, digno de un asesino magistral.

Por primera vez en largo rato, se sintió orgulloso de sí. Abandonó su escondite en el callejón y se encaminó hacia la casa del Mayor. Allí escuchó la conversación que se desarrollaba en el interior.

—... población muy pasiva —decía el señor Grent—. Parecen ovejitas.

—Así las cosas resultan muy aburridas —respondió el inspector—, especialmente para los soldados.

—Bueno, ¿qué se puede esperar de unos campesinos retrasados? Al menos, conseguiremos algunos reclutas —observó el señor Grent, bostezando en forma audible—. Guardias, ¡de pie! Volveremos a la nave.

¡Los guardias! Tom los había olvidado. Echó una mirada dubitativa a su cuchillo. Aunque saltara sobre el inspector, los guardias lo detendrían antes de que lograra cometer el crimen. Debían estar entrenados para esa clase de cosas.

Pero si tuviera una de sus armas...

Oyó un arrastrar de pies dentro de la casa y emprendió de prisa el regreso a la aldea.

Cerca del mercado, un soldado borracho estaba sentado en un umbral, canturreando para sí. A sus pies había dos botellas vacías y el arma colgaba de su hombro, torcida.

Tom se arrastró por detrás, alzó su cachiporra y tomó puntería.

El soldado debió ver su sombra, pues se levantó de un salto, esquivando el golpe de la cachiporra. Con el mismo impulso asestó un golpe con el rifle a las costillas de Tom, se lo quitó del hombro y apuntó con él. Tom cerró los ojos y lanzó ambos pies hacia adelante.

Alcanzó al soldado en la rodilla, haciéndolo caer. Antes de que este pudiera levantarse, utilizó la cachiporra.

Después tomó el pulso al soldado (no tenía sentido matar a quien no correspondía) y lo halló satisfactorio. Tomó el arma, revisó los botones para saber cuál apretar y corrió en busca del inspector.

Alcanzó al grupo a mitad de camino hacia la nave. El inspector y Grent iban a la cabeza; los soldados marchaban pesadamente detrás.

Tom se escondió entre la maleza y por allí avanzó hasta verse frente a Grent y al inspector. Tomó puntería y su dedo se puso tenso contra el gatillo.

Pero no quería matar a Grent. Se le había ordenado solo un asesinato.

Corrió hasta adelantarse al grupo y salió a la ruta frente a ellos, con el arma apuntándoles.

—¿Qué significa esto? —clamó el inspector.

—Quieto —dijo Tom—. Los demás, suelten las armas y salgan del camino.

Los soldados obedecieron, como si la sorpresa los hubiese alorado. Uno a uno, soltaron las armas y se retiraron hacia la maleza. Grent siguió en su puesto.

—¿Qué haces, muchacho? —preguntó.

—Soy el delincuente de la ciudad —explicó Tom, orgulloso—, y voy a matar al inspector. Por favor, salga del camino.

Grent lo miró fijamente.

—¿Delincuente? ¡Ah!, a eso se refería entonces el general, con tanta cháchara.

—Ya sé que no hemos cometido ningún asesinato en doscientos años —dijo Tom—, pero lo remediaré ahora mismo. ¡Salga del camino!

Grent salió de la línea de fuego. El inspector quedó solo, tambaleándose ligeramente. Tom apuntó, tratando de pensar en lo espectacular de aquel crimen, en su importancia para la sociedad. Pero imaginó al inspector en el suelo, con los ojos vidriosos, los miembros rígidos, retorcida la boca, sin aire en los pulmones ni latidos en el corazón.

Trató de oprimir el gatillo. Su mente podía hablar cuanto quisiera sobre la conveniencia del crimen, pero su mano opinaba de otro modo.

—¡No puedo! —gritó.

Dejó caer el rifle y saltó hacia la maleza.

El inspector quiso enviar un pelotón en busca de Tom, para colgarlo en ese mismo lugar, pero el señor Grent se opuso. Todo era bosques en Nueva Delaware. No bastarían diez mil hombres para atrapar a un fugitivo, si este no quería ser atrapado.

En ese momento apareció el Mayor, acompañado por varios aldeanos, para averiguar a qué se debía la conmoción. Los soldados formaron una muralla compacta en torno al

inspector y al señor Grent, listas las armas, serios y pétreos los rostros.

Y el Mayor lo explicó todo. El atraso de la aldea en cuanto a delitos. El puesto asignado a Tom. La vergüenza de todos al ver que no había sabido cumplir.

—¿Y por qué designó precisamente a ese hombre? —preguntó el señor Grent.

—Bueno —respondió el Mayor—, creí que si había alguien capaz de matar, era Tom. Es pescador, como usted sabe. Trabajo sucio, ese.

—Entonces, ¿ninguno de ustedes es capaz de matar?

—Ni siquiera podríamos llegar tan lejos como Tom —admitió el Mayor, con tristeza.

El señor Grent y el inspector intercambiaron una mirada; los soldados contemplaban a los aldeanos con respeto y admiración, murmurando entre sí.

—¡Atención! —rugió el inspector.

Se volvió hacia Grent, y dijo, en voz baja:

—Será mejor salir de aquí. Tener en nuestro ejército a estos hombres incapaces de matar...

—La moral —dijo el señor Grent, estremeciéndose—. Puede ser contagioso. Un solo hombre, en una posición clave, puede poner en peligro a una nave, quizá a toda una flota, solo porque es incapaz de disparar un arma. No vale la pena correr el riesgo.

Ordenaron a los soldados que regresaran a la nave. Estos obedecieron con más lentitud que de costumbre y se volvieron a contemplar la aldea. Murmuraban entre sí, aunque el inspector seguía vociferando algunas órdenes.

La pequeña nave partió con un frenesí de eyectores. Pronto desapareció en las entrañas de la nave mayor y ambas se marcharon.

El borde del enorme sol rojo y acuoso tocaba ya el horizonte.

—Ya puedes salir —dijo el Mayor.

Tom surgió de entre la maleza, desde donde había observado todo.

—Lo eché todo a perder —dijo, tristemente.

—No te aflijas —le consoló Billy Painter—. Era un trabajo imposible.

—Mucho temo que sí —confirmó el Mayor, mientras volvían a la aldea—. Me pareció que tal vez tú pudieras

hacerlo. Pero no se te puede reprochar nada. Ningún otro en la aldea podría haber igualado siquiera lo que tú hiciste.

—¿Qué haremos con estos edificios? —preguntó Billy Painter, señalando la cárcel, la oficina de correos, la iglesia y la escuela roja.

El Mayor meditó por un instante.

—Ya sé —dijo—: lo convertiremos en una plaza para los niños. Con hamacas, toboganes, cajas de arena y todo eso.

—¿Otra plaza? —preguntó Tom.

—Claro. ¿Por qué no?

Naturalmente, no había motivos para no hacerlo.

—Creo que esto ya no me hará falta —dijo Tom, devolviendo al mayor la autorización para delinquir.

—No, creo que no.

Todos observaron con pena como la rompía.

—Bueno, hicimos todo lo posible. Pero no sirvió.

—Yo tuve la oportunidad —dijo Tom—, y los traicioné a todos.

Billy Painter le dio una palmada tranquilizadora en el hombro, diciendo:

—No es culpa tuya, Tom; no es culpa de nadie. Eso es lo que pasa por no ser civilizados durante doscientos años. Mira lo que ha tardado la Tierra en civilizarse. Miles de años. Y nosotros pretendemos hacerlo en dos semanas.

—Bueno, tendremos que volver a ser incivilizados —dijo el Mayor, con un inútil intento de levantar los ánimos.

Tom bostezó, agitó la mano en señal de despedida y se marchó a su casa, para recuperar el sueño perdido. Antes de entrar echó una mirada al cielo.

En lo alto se habían reunido unas nubes gruesas e hinchadas, cada una con su manto negro. Las lluvias de otoño estaban al llegar. Pronto podría volver a la pesca.

¿Por qué no se había imaginado al inspector como si fuera un pez? Estaba demasiado cansado para estudiar ese posible motivo. Y, de cualquier modo, ya era tarde. La Tierra los había abandonado y la civilización no volvería por muchos siglos, quién sabe cuántos.

Durmió muy mal.



ACERCA DEL AUTOR

ROBERT SHECKLEY (Nueva York, 1928 - Poughkeepsie, NY, EE. UU., 2005)

El día 9 de diciembre de 2005 nos dejaba Robert Sheckley, víctima de una larga enfermedad que arrastraba desde principios de este verano, cuando tuvo que ser hospitalizado durante una visita a un certamen de ciencia-ficción en Ucrania.

Con él se va uno de los grandes, uno de los últimos supervivientes de la época dorada del género y de una forma de entender y escribir la ciencia-ficción que cada vez cuenta, por desgracia, con menos seguidores.

Este parece, pues, un buen momento para hacer un homenaje en forma de repaso a la vida y obra de uno de los últimos maestros del género que aun permanecía en activo.

Ciudadano del Espacio

Robert Sheckley nació en Brooklyn, Nueva York, aunque se crió en New Jersey. Desde muy joven se sintió atraído por lo que él definía como literatura escapista, y en concreto por la obra de autores como Ray Bradbury, Theodore Sturgeon y Henry Kuttner. Tras servir en el ejército americano en Corea entre 1946-48, estudió en la Universidad de Nueva York, empezando a continuación su carrera como escritor profesional de ciencia-ficción.

A partir de 1951 comienza a producir docenas de excelentes relatos, publicados en algunas de las revistas más prestigiosas del género, como *Amazing*, *Astounding*, *If*, *Fantasy and Science Fiction* y *Playboy*. En 1958 publica su primera novela, *IMMORTALITY INC.*, a la que seguirían títulos imprescindibles como *THE STATUS CIVILIZATION* (*MAÑANA SERÁ ASÍ*, 1960); *JOURNEY BEYOND TOMORROW* (*LOS VIAJES DE JOENES*, 1962); *THE TENTH VICTIM* (*LA DÉCIMA VÍCTIMA*, 1965); *MINDSWAP* (*TRUEQUE MENTAL*, 1966); *DIMENSION OF MIRACLES* (*DIMENSIÓN DE MILAGROS*, 1968) o *DRAMOCLES* (1983), entre otros; aunque para muchos el talento de Sheckley se concentra en

su esencia más pura en su obra corta, recopilada en antologías como *CITIZEN IN SPACE* (*CIUDADANO DEL ESPACIO*, 1955); *PILGRIMAGE TO EARTH* (*PEREGRINACIÓN A LA TIERRA*, 1957) o *NOTIONS: UNLIMITED* (*PARAÍSO II*, 1960).

Durante los setenta vivió durante una temporada en la isla española de Ibiza, hasta que regreso a los USA para convertirse en el nuevo editor del magazine *Omni*, cargo en el que permaneció durante dos años. Ya en los ochenta, retomó su serie de la Décima Víctima con nuevas entregas como *VICTIM PRIME* (1987) o *HUNTER/VICTIM* (1988).

Durante los noventa su producción alternó entre las novelas de misterio protagonizadas por el detective Hob Draconian y sus colaboraciones con otros escritores, como Harry Harrison (en la serie protagonizada por Bill, el héroe galáctico, publicada en España por Grijalbo) y Roger Zelazny, o franquicias del estilo de *Aliens* (*THE ALIEN HARVEST*, 1995); *Star Trek* (*DEEP SPACE NINE: THE LAERTIAN GAMBLE*, 1995) o *Babylon 5* (*A CALL TO ARMS*, 1999).

Sheckley pasó sus últimos años en su residencia en Portland, Oregon, alternando su tiempo entre escribir nuevas historias, artículos o introducciones, y asistir a convenciones de ciencia-ficción. En sus últimos trabajos el autor reivindicaba con nostalgia los convencionalismos y clichés del género *pulp* que él mismo subvirtió de forma brillante en su juventud. En el 2002 lo mejor de su

producción fue recopilada en el volumen Ómnibus *DIMENSIONS OF SHECKLEY*. Su obra ha sido traducida a numerosos idiomas y es especialmente popular en países como Italia, Alemania, Polonia o España. Irónicamente, su obra era muy apreciada en la extinta URSS, donde se vendieron miles de ejemplares de sus novelas y antologías, pero dado que el régimen soviético nunca suscribió los acuerdos internacionales sobre derechos de autor, Sheckley no vio un dólar por ello.

Los mundos de Robert Sheckley

Por algún extraño motivo, Sheckley ha sido injustamente olvidado, o cuanto menos infravalorado por las nuevas generaciones de aficionados, como si toda su obra posterior a 1980 no fuese más que los delirios inconexos de un enfermo de alzheimer. Sin embargo, no puede haber enciclopedia o ensayo sobre la ciencia-ficción que se precie que no incluya al menos una referencia a este destacado escritor, uno de los nombres más importantes del género durante los años 50 y siguientes.

Si hubiera que señalar algún rasgo por encima de otros que singularizase a Sheckley ese sin duda sería su sentido del humor. Un humor ácido, sarcástico, que lo hermana con otro

autor contemporáneo suyo y maestro del relato ultracorto: Fredric Brown, otro profeta del absurdo; pero mientras que este último usaba el humor como una cortina para ocultar su pesimismo y falta de fe en la humanidad, Sheckley prefería especular acerca de órdenes sociales alternativos (a veces aterradores, como es el caso de *THE STATUS CIVILIZATION*) y de la indefensión del ser humano ante el universo y los avances científicos. Otro contemporáneo suyo, Damon Knight, definió su estilo como Satírico, sin llegar a ser amargo. Sin embargo, que ese detalle no nos induzca a error. Bajo esa fachada humorística se esconde una de las plumas más mordaces que ha parido el género. Sheckley ha utilizado la sonrisa como excusa para criticar determinados usos y costumbres de la sociedad americana de su época y, por extensión, propias de cualquier ser humano en cualquier momento: la prepotencia, el racismo, el absurdo de la burocracia llevada al límite, la violencia justificada como asunto de estado, y un largo etcétera. De vivir (y escribir) en nuestros días, Sheckley hubiera sido considerado como un escritor políticamente incorrecto y candidato a la censura por el *lobby* conservador y ultranacionalista que rodea al actual presidente norteamericano.

Sheckley comparte, junto con Philip K. Dick y Kurt Vonnegut el mérito de ser uno de los mejores (y más irónicos) investigadores acerca de la naturaleza de la realidad y el papel que el ser humano tiene en ella, ya desde

sus primeros trabajos. En este sentido destacan relatos como *PROTECCIÓN* (cuyo protagonista es advertido de que correrá un peligro mortal, a menos que siga unas instrucciones que nunca le son reveladas) o el mítico *UN PASAJE A TRANAI*, una interesante especulación sobre el concepto de la utopía, revolucionaria por el hecho de que una mujer desempeñe uno de los papeles protagonistas (algo poco corriente en los EEUU de los años cincuenta y sesenta).

Muchos de los argumentos que proponía Sheckley por aquel entonces pueden parecernos hoy demasiado trillados, pero en sus manos eran frescos y novedosos. En su primera novela (*INMORTALITY INC.*), el autor especulaba con una sociedad del futuro tan degradada que robaba personas a punto de morir para utilizarlas como donantes forzados de órganos para las clases sociales más adineradas. En su siguiente trabajo largo, *MAÑANA SERÁ ASÍ* (*THE STATUS CIVILIZATION*, 1960) el protagonista es exiliado por un delito que apenas recuerda haber cometido a un planeta-prisión poblado por criminales que han construido una sociedad regida por unos valores morales a la inversa, en la que el comportamiento criminal no solo es aceptado, sino obligado, ya que es la única forma de sobrevivir y ascender socialmente. *LOS VIAJES DE JOENES* (*JOURNEY BEYOND TOMORROW*, 1962) es un desquiciado recorrido por el lado más oscuro y absurdo de los EEUU, que ha sido comparado con clásicos como *LOS VIAJES DE GULLIVER* de Jonathan

Swift, por su profunda carga crítica y análisis satírico de la sociedad de su época.

Sin embargo, su obra más conocida y que marcó un antes y un después en su carrera es, sin duda, *LA DÉCIMA VÍCTIMA* (*THE TENTH VICTIM*, 1965), una hilarante trama acerca de una pareja inmersa en un juego cuyo objetivo final es que uno de los dos elimine al otro. Inicialmente basada en uno de sus relatos cortos, fue convertido en un guión cinematográfico y llevado a la gran pantalla en un coproducción franco italiana, dirigida por Elio Petri y protagonizada por Marcello Mastroianni y Ursula Andress, encargándose luego el mismo Sheckley de novelizarla. *LA DÉCIMA VÍCTIMA* se convirtió en eso vulgarmente llamado obra de culto y terminó de cimentar la reputación de su autor, especialmente entre la progresía europea del momento, que siempre le ha valorado más que sus compatriotas. Sin embargo, es una obra contra corriente dentro de la producción del autor, ya que se aparta de varios de sus recursos habituales. Por ejemplo, los protagonistas de Sheckley suelen ser sujetos normales, vulgares y anodinos, enfrentados a situaciones que les superan y que sobreviven casi más gracias al azar (o al juego sucio) que a su inteligencia. Nada que ver con los glamurosos protagonistas de esta novela, que deben mucho a los actores que les interpretaron: jóvenes, atractivos y equipados con futuristas *gadgets* en la mejor tradición de James Bond o James Bolivar di Gritz.

En obras posteriores exploró temas tales como el contacto y la relación entre humanos y extraterrestres (*MINDSWAP (TRUEQUE MENTAL)* 1966), la exploración de otras realidades y dimensiones paralelas (*DIMENSION OF MIRACLES (DIMENSIÓN DE MILAGROS)* 1968), o la crítica antibelicista y antimilitarista de *DRAMOCLES* (1983) o *BILL, EL HÉROE GALÁCTICO, EN EL PLANETA DE LOS CEREBROS EMBOTELLADOS* (1990). Tras un breve paréntesis en los setenta dedicado a labores editoriales, se centró (como ya se ha apuntado anteriormente) en escribir secuelas, colaboraciones y franquicias, obras todas ellas amenas, divertidas y de fácil lectura, pero carentes de la chispa y el ingenio satírico que antaño le caracterizó.

Más interesante, quizás, resultan sus novelas policíacas protagonizadas por el detective Hob Draconian (un maduro ex-hippie residente en Ibiza) como *THE ALTERNATIVE DETECTIVE* (1993), *DRACONIAN NEW YORK* (1996) y *SOMA BLUES* (1997), desgraciadamente inéditas en castellano, en las que Sheckley, al igual que otros contemporáneos suyos, como el ya citado Brown o Isaac Asimov, cambia temporalmente la ciencia-ficción por la novela negra.

Una última constante que el escritor mantuvo a lo largo de toda su carrera es su estilo claro y engañosamente sencillo, que no simple, de leer; característica esta que le llevó a ser un tanto menospreciado por la flamante *new wave* que valoraba más los artificios argumentales o estilísticos de autores como J. G. Ballard o Roger Zelazny, ignorando que

para Sheckley el contenido era más importante que la forma, y que su punto fuerte eran sus argumentos. No falta quien, de hecho, analiza su obra desde criterios filosóficos, antropológicos o incluso morales, descubriendo nuevos matices e interpretaciones que enriquecen aun más, si cabe, el conjunto, aunque no por ello debamos olvidar que hasta sus 76 años el autor mantuvo el espíritu de aquel joven que creció leyendo a Bradbury y Sturgeon y solo deseaba ser capaz de escribir literatura escapista, al igual que sus ídolos.

Sheckley también se escribe con Ñ

Hay una larga y estrecha relación entre nuestro país y el autor que nos ocupa. Aparte de la temporada que residió en Ibiza, Sheckley ha regresado ocasionalmente para acudir a convenciones y festivales como la Semana Negra de Gijón. Editorialmente hablando, ya en 1964 apareció su primera novela de ciencia-ficción traducida al castellano: *MAÑANA SERÁ ASÍ*, en el número 16 de la colección *Galaxia*, de ediciones *Vértice*.

Sin embargo, su época dorada coincidió con el *boom* de la ciencia-ficción en España durante los años setenta, gracias sobre todo a la admiración que el equipo directivo de la mítica revista *Nueva Dimensión* sentía por su obra, a la que

dedicaron el ND Extra número tres y los números 4 y 15 de su colección de libros (*PEREGRINACIÓN A LA TIERRA* y *EL ARMA DEFINITIVA*, respectivamente). Por esa misma época, otras editoriales como *Acervo* (*LA DÉCIMA VÍCTIMA* y *LOS VIAJES DE JOENES*, ambas en *Gaudeamus*) o *Edhasa* (que puso en el mercado títulos suyos como *PARAÍSO II*, *CIUDADANO DEL ESPACIO* o *DIMENSIÓN DE MILAGROS*, entre otros, en *Nebulae*) contribuyeron a acercar su producción literaria al lector español. Sin embargo, desde que la extinta *Martinez Roca* publicó *DRAMOCLES* en 1984 con el número 92 de su colección *Súper Ficción* Sheckley ha permanecido prácticamente ausente de las librerías españolas, salvo por la edición que *Plaza & Janés* hizo en 1999 de *TRUEQUE MENTAL*. Más recientemente, la organización de la Semana Negra de Gijón decidió editar este pasado verano un librito con uno de sus relatos más conocidos (*CIUDADANO DE LA GALAXIA*) que se ofreció al público asistente al certamen por el simbólico precio de un euro, y cuya recaudación se destinó íntegramente a sufragar parte de las facturas médicas del escritor. De ese modo, en palabras del organizador, Paco Taibo II, se intentaba eludir El mero donativo, al tiempo que se pone en contacto al autor con su público.

Pese a lo loable de esta y otras iniciativas finalmente el destino ha sido inexorable y Sheckley ha escrito la última página de su biografía. Pero no menos cierto es que un genio como el suyo no desaparece del todo mientras perdure su

legado en forma de todos sus libros y relatos. Quien sabe, tal vez ahora que el autor no está entre nosotros algún editor patrio se anime a reeditar su obra completa o al menos una selección de sus mejores trabajos, al estilo de las recopilaciones de Fredric Brown que recientemente ha publicado *Gigamesh*. Entretanto, siempre podemos consolarnos releendo sus viejos títulos y recordando porque se le consideraba, con justicia, como uno de los clásicos indiscutibles del género.

Extraído de:

<https://www.ciencia-ficcion.com/autores/sheckleyr.htm>